ABRAHAM LEON nació en el "ghetto" de Varsovia y murió asesinado por la barbarie nazi en las cámaras de gas de Auschwitz a los 26 años. Este joven militante revolucionario fue capaz de elaborar, renegando del sionismo, una historia marxista del pueblo judío, en medio de las persecuciones y conmociones de la 2da Guerra. La utilización del concepto de "pueblo-clase", instrumento de un análisis materialista histórico, le ha servido en este trabajo para refutar las concepciones idealistas que prevalecen en la historia judía.

La "Concepción materialista de la cuestión judía", que hoy presentamos al lector, es un libro fundamental para la comprensión científica, no sólo de la historia del judaísmo, sino también de su rol actual y las vías de solución del "problema judío".


CONCEPCION MATERIALISTA DE LA CUESTION JUDIA / ABRAHAM LEON
ABRAHAM LEON
CONCEPCION
MATERIALISTA
DE LA CUESTION
JUDIA
EDICIONES
EL YUNQUE

ABRAHAM LEON

CONCEPCION MATERIALISTA DE LA CUESTION JUDIA

ABRAHAM LEON

CONCEPCION MATERIALISTA DE LA CUESTION JUDIA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la República Argentina

Capítulo I
Bases para un estudio científico de la historia judía

El estudio científico de la historia judía no superó aún la etapa de la improvisación idealista. Mientras que el campo de la historia general fue conquistado en gran parte por la concepción materialista, y los historiadores veraces se atrevieron a comprometerse en el camino señalado por Marx, la historia judía permanece siendo terreno predilecto de los "buscadores de dios" de toda especie. Este es uno de los pocos dominios históricos donde los prejuicios idealistas han llegado a imponerse y sobrevivir en tan alto grado.

¡Cuánto se ha escrito celebrando el famoso "milagro judío"! "Extraño espectáculo el de estos hombres que para conservar el legado sagrado de su fe desafiaban las persecuciones y el martirio", dice Bédarride.[1] Todos los historiadores explican la conservación del pueblo judío como resultado de la fidelidad que han testimoniado a través de siglos a su religión o a su nacionalidad. Las divergencias se manifiestan cuando se trata de definir la razón por la cual se ha conservado, el porqué de su resistencia a la asimilación. Algunos, desde el punto de vista religioso, hablan del "legado sagrado de su fe", otros, como Dubnov, defienden la teoría de la "adhesión a la idea nacional". "Las causas del fenómeno histórico de la conservación del pueblo judío deben buscarse en su fuerza espiritual nacional, en su base ética y en el principio monoteísta", dice la

1 Bédarride: "*Les Juifs en France, en Italie et en Espagne*".

"*Allgemeine Enzyklopedie*" logrando así conciliar los diversos puntos de vista de los historiadores idealistas.[2]

Pero si es posible conciliar las teorías idealistas, entre sí, será inútil intentar armonizar estas mismas teorías con las reglas elementales de la ciencia histórica, pues ésta rechaza categóricamente el error esencial de todas las escuelas idealistas, que consiste en ubicar el problema cardinal de la historia judía —la conservación del judaísmo—, bajo el signo del libre albedrío. Sólo el estudio de su función económica puede contribuir a esclarecer las causas del "milagro judío".

Estudiar la evolución de este problema no presenta un interés meramente académico. Sin un profundo estudio de la historia judía es difícil comprender la cuestión judía en la época actual, pues su situación en el siglo XX se vincula íntimamente a su pasado histórico.

Todo estado social es una etapa del proceso social. El ser no es más que un momento del devenir. Para poder analizar la cuestión judía en su actual estado de desarrollo, es indispensable conocer sus raíces históricas.

En el dominio de la historia judía, como en el dominio de la historia general, el pensamiento genial de Marx indica el camino a seguir. "No busquemos el secreto del judío en su religión, sino busquemos el secreto de la religión en el judío real". Marx coloca de este modo la cuestión judía sobre sus pies. No es necesario partir de la religión para explicar la historia judía, por el contrario la conservación de la religión o de las nacionalidades judías deben explicarse por el "judío real", es decir por el judío en su función económica y social. La conservación de los judíos no tiene nada de milagroso. "El judaísmo se conserva no a pesar de la historia, sino por la historia".[3] Y precisamente, por el estudio de la función histórica del judaísmo puede descubrirse el "secreto" de su supervivencia en la historia. Los conflictos entre el judaísmo y la sociedad cristiana, bajo su apariencia religiosa, son en realidad conflictos sociales. "A las

2 Allgemeine Enzyklopedie (idisch), artículo de Ben Adir sobre el antisemitismo.
3 Carlos Marx: "*La cuestión judía*". Edit. Coyoacán 1961.

contradicciones entre el Estado y una religión determinada, el judaísmo por ejemplo, les damos una expresión humana planteando la contradicción entre el Estado y elementos laicos determinados".[4]

El esquema general de la historia judía se presenta —con sus diversos matices—, más o menos así, según la escuela idealista predominante: hasta la destrucción de Jerusalén, eventualmente hasta la rebelión de Bar Kokheba, la nación judía no se diferencia en nada de otras naciones normalmente contituidas, tales como la nación romana o la griega. Las guerras entre romanos y judíos dan por resultado la dispersión de la nación judía hacia los cuatro puntos cardinales. En la dispersión, los judíos oponen una resistencia indomable a la asimilación nacional y religiosa. El cristianismo no encuentra en su camino adversario más encarnizado y a pesar de todos sus esfuerzos no logra convertirlos. La caída del imperio romano acentúa el aislamiento del judaísmo, que luego del completo triunfo del cristianismo en Occidente, constituye el único elemento heterodoxo.

En la época de las invasiones bárbaras los judíos de la dispersión no constituyen un grupo social homogéneo, por el contrario, la agricultura, la industria y el comercio están ampliamente representados entre ellos. Son las persecuciones religiosas continuas las que los obligan a restringirse cada vez más en el comercio y la usura. Las Cruzadas, por el fanatismo religioso que suscitan, acentúan violentamente esta evolución que transforma a los judíos en usureros y concluye con su reclusión en los ghettos. Naturalmente, el odio contra los judíos también se explica por su función económica, pero los historiadores no atribuyen a este factor más que una importancia secundaria. Esta situación del judaísmo se mantiene hasta la Revolución Francesa que destruye las barreras que la opresión religiosa erigiera frente a ellos.

Muchos hechos importantes demuestran la falsedad de este esquema:

1º La dispersión de los judíos no data en absoluto de la caída de Jerusalén. Muchos siglos antes de este acontecimiento, la gran mayoría de los judíos estaba diseminada por todo el mundo. "Lo cier-

4 Ibídem.

to es que mucho antes de la caída de Jerusalén, más de las tres cuartas partes de los judíos no habitaban ya Palestina". (Ruppin)

Para las grandes masas judías dispersas en el Imperio griego y luego en el Imperio romano, el reino judío de Palestina tenía una significación totalmente secundaria. Su vínculo con la "madre patria" sólo se manifestaba en ocasión de las peregrinaciones religiosas a Jerusalén, cuya significación era semejante a la de la Meca para los musulmanes. Poco antes de la caída de Jerusalén, el rey Agripa decía: "No hay en el mundo un solo pueblo que no contenga algo del nuestro".[5]

La Diáspora no fue pues, en absoluto, un hecho accidental, producido por una acción violenta[6]; la razón esencial de la emigración judía debe buscarse en las condiciones geográficas de Palestina. "En Palestina los judíos son poseedores de un país montañoso que en cierto momento no es suficiente para asegurar a sus habitantes una existencia tan soportable como la de sus vecinos. Un pueblo semejante está obligado a elegir entre el pillaje y la emigración. Los escoceses, por ejemplo, tomaron alternativamente cada uno de estos dos caminos... Los judíos, luego de numerosas luchas con sus vecinos, tomaron el segundo camino... Pueblos que viven en tales condiciones no se dirigen al extranjero como agricultores, sino en carácter de mercenarios, como los arcadios en la antigüedad, los suizos en la Edad Media, los albaneses en nuestra época, o, en carácter de comerciantes, como los judíos, los escoceses y los armenios. Está visto, pues, que un medio similar desarrolla en pueblos de razas diferentes, las mismas características".[7]

2º Es indudable que la inmensa mayoría de los judíos de la dispersión se ocupaban del comercio. Palestina misma, desde tiempos muy remotos constituía una vía de tránsito de mercaderías, un puente, entre el valle del Eufrates y el del Nilo. "Siria fue la gran ruta predestinada de los conquistadores... También era el camino que seguían las mercaderías y por el que circulaban las ideas. Se

5 Josephus Flavius: *Guerre des Juifs*, p. 206.

6 "En principio no conocemos ninguna potencia hostil que haya impulsado a nuestro pueblo a expandirse por toda Asia Menor, Macedonia y Grecia". Rabino Hertfeld, *"Histoire commerciale des Juifs"*, p. 203.

7 Karl Kautsky: *Neue Zeit*.

comprende que en estas regiones se haya establecido rápidamente una numerosa población con grandes ciudades dedicadas, por su misma situación, al comercio".[8]

Las condiciones geográficas de Palestina explican, a la vez, la emigración judía y su carácter comercial. Por otra parte, en todas las naciones al comienzo de su desarrollo, los comerciantes son extranjeros. "La característica de una economía natural, es que cada dominio produce todo lo que consume y consume todo lo que produce. Nada impulsa pues a adquirir bienes o servicios afuera, y como en este tipo de economía se produce lo que se consume, en todos los pueblos encontramos como primeros comerciantes a los extranjeros".[9] Filon menciona las numerosas ciudades donde los judíos se establecieron como comerciantes. Dice que "habitaban una cantidad innumerable de ciudades en Europa, Asia, Libia, en los continentes y las islas, en las costas y en el interior". Los judíos que habitaban en las islas, en el continente helénico y más lejos, al Occidente, se habían instalado en los centros comerciales.[10] Junto con los sirios, se encuentran los judíos, diseminados, o, más bien, agrupados en todas las ciudades. Son marinos, comisionistas, banqueros, cuya influencia ha sido tan esencial en la vida económica de su tiempo, como la influencia oriental que se advierte en la misma época en el arte y las ideas religiosas".[11]

A su posición social debían los judíos la gran autonomía otorgada por los emperadores romanos. "Sólo a los judíos se les permite constituir un Estado dentro del Estado, y mientras los demás extranjeros estaban sometidos a la administración de las autoridades de la ciudad, ellos, hasta cierto punto, se gobernaban a sí mismos... César favoreció los intereses de los judíos de Alejandría y de Roma con mercedes especiales y privilegios, protegiendo especialmente su culto particular contra los sacerdotes y romanos".[12]

8 Lods: *"Israel des origenes au milieu du VIII siècle"*, p. 22.
9 Brentano: *"Die Anfänge des Kapitalismus"*, p. 15.
10 R. Hertfeld, o. c., p. 203.
11 Pirenne: *"Mahomet et Charlemagne"*.
12 Mommsen: *"Histoire romaine"*, tomo VII. Sombart, en su obra de valor tan desigual, *"Les Juifs dans la vie économique"*, donde mezcla los mayores

3º El odio hacia los judíos no nace con el establecimiento del cristianismo. Séneca trata a los judíos de raza criminal. Juvenal cree que los judíos no existen más que para causar males a los otros pueblos. Quintiliano dice que los judíos constituyen una maldición para los demás pueblos.

La causa del antisemitismo antiguo es la misma que la del antisemitismo medieval, la oposición hacia los comerciantes de toda sociedad basada principalmente en la producción de valores de uso.

"La hostilidad medieval hacia los comerciantes no es solamente de inspiración cristiana o pseudo-cristiana; tiene también un origen pagano, igualmente real. Está hondamente enraizada en una ideología de clase: en el desprecio que por su profunda tradición campesina tuvieron las clases dirigentes de la sociedad romana —tanto los senatoriales como los curiales de provincia— por todas las formas

absurdos con hallazgos llenos de interés, dice: "Encuentro en la religión judía las mismas ideas-motrices que caracterizan al capitalismo".

Esta afirmación es justa a condición de sobreentender por capitalismo, el comercio y la usura "precapitalistas". Más adelante veremos que es falso atribuir a los judíos un papel preponderante en la construcción del capitalismo moderno (Ver capítulo IV). En apoyo de su tesis, Sombart cita una cantidad de fragmentos del Talmud y otros libros religiosos judíos que reflejan este cercano parentesco de la religión judía con el espíritu comercial. He aquí, a título de ejemplo, algunas de sus citas:

"Un hombre que ama la alegría, el aceite y el vino, no llega a rico". (Proverbios).

"Tú prestarás a todos los pueblos y no pedirás prestado a nadie". (Deuteronomio).

"La riqueza adornará la casa del prudente y la pobreza la del perverso". R. Eleazar dice: "El justo ama más su dinero que su cuerpo".

Y.R. Izchak subraya esto: "Que el hombre tenga siempre su dinero en uso".

Naturalmente, es difícil tener una visión de conjunto de la maraña de textos escritos y comentados en épocas y países diferentes. Sin embargo, el sello del espíritu comercial se destaca netamente en la mayor parte de estos escritos. El trabajo de Sombart, en este sentido, no es más que una ilustración de la tesis marxista de que la religión constituye el reflejo de una clase social. Pero Sombart, como otros eruditos burgueses, se esfuerza por invertir la relación causal: la religión habría sido el factor primario.

de actividad económica, distintas a las derivadas de la agricultura".[13]

A pesar de que el cristianismo estaba ya fuertemente desarrollado en la sociedad romana, la situación de los judíos, como lo hemos visto, era envidiable. La hostilidad de las clases que vivían de la tierra hacia el comercio, no excluía el estado de dependencia a su respecto. El propietario odiaba y despreciaba al comerciante sin poder prescindir de él.[14]

El triunfo del cristianismo no aportó modificaciones notables a esta situación. El cristianismo, que fuera en sus comienzos la religión de los esclavos y oprimidos, se transformó rápidamente en la ideología de la clase dominante, de los propietarios de la tierra. Es Constantino el Grande quien echa las bases de la servidumbre medieval. La marcha triunfal del cristianismo a través de Europa acompaña la expansión de la economía feudal. Las órdenes religiosas desempeñaron un papel sumamente importante en el progreso de la civilización, que en esa época consistía en el desarrollo de la agricultura, basada en la servidumbre. ¿Por qué extrañarse que "nacido del judaísmo, formado al principio exclusivamente por judíos, el cristianismo, durante los primeros cuatro siglos encuentre sin em-

13 Henri Laurent: Religión et affaires, *"Cahiers du libre examen"*.

Aristóteles dice en su *Política*: "Con mucha razón se tiene gran aversión a la usura, porque procura una riqueza proveniente de la moneda misma y ya no vuelve a aplicarse al empleo por el cual se obtuvo".

"Se la creó sólo para el intercambio, pero la usura la multiplica por sí misma. El interés es el dinero del dinero, y es de todas las adquisiciones la más contraria a la natural.

"Los ciudadanos no deben ejercer ni las artes mecánicas ni las profesiones mercantiles, pues ese género de vida tiene algo de vil y es contrario a la virtud."

14 Contrariamente a la opinión de muchos historiadores la economía antigua, a pesar del desarrollo bastante importante de las transacciones comerciales, se basaba esencialmente en la producción de valores de uso.

"El sistema de economía familiar prevaleció no sólo en las sociedades primitivas, sino también en la antigüedad. Bajo este sistema, cada grupo se bastaba a sí mismo, consumiendo lo que producía y no produciendo casi nada más que lo que consumía". (Charles Gide: *"Principles of political Economy"*).

bargo entre ellos las mayores dificultades para lograr adeptos a su doctrina?".[15]

En efecto, el fondo de la mentalidad cristiana de los diez primeros siglos de nuestra era, en lo que concierne a la vida económica, es "que un mercader difícilmente puede hacer obras agradables a Dios y que todo negocio implica una parte más o menos considerable de engaño".[16] Para San Antonio —que vivía en el siglo IV— resultaba completamente incomprensible la vida de los judíos; despreciaba profundamente sus riquezas y creía firmemente que serían castigados con la eterna condenación.

Esto explica la encarnizada hostilidad de los judíos hacia el catolicismo y su voluntad de conservar la religión que expresaba admirablemente sus intereses sociales. No es pues la fidelidad de los judíos a su fe la razón de su conservación como grupo social diferenciado, sino por el contrario es su conservación en tanto que grupo social diferenciado lo que explica la adhesión a su fe.

Sin embargo, el antisemitismo cristiano, de los diez primeros siglos de nuestra era —al igual que la hostilidad de la antigüedad— no llega a reivindicar el aniquilamiento del judaísmo. Mientras el cristianismo oficial perseguía inexorablemente al paganismo y a las herejías, toleraba la religión judía. La situación de los judíos no cesó de mejorar en la época de la declinación del Imperio Romano, luego del triunfo completo del cristianismo y hasta el siglo XII. Más se acentuaba la decadencia económica, más importancia adquiría la función comercial de los judíos. En el siglo X ellos constituyen el único nexo económico entre Europa y Asia.

4º Es recién a partir del siglo XII, paralelamente al desarrollo económico de Europa occidental, al crecimiento de las ciudades y a la formación de una clase comercial e industrial autóctona, que la situación de los judíos comienza a empeorar seriamente, hasta llegar a su casi total eliminación de la mayor parte de los países occidentales. Las persecuciones contra los judíos toman formas cada vez más violentas. Por el contrario, en los países retardatarios de

15 Juster: *Les juifs dans l'Empire romain*, p. 129.
16 Henri Laurent: o.c.

Europa oriental, su situación continúa floreciente hasta una época bastante cercana.

Por estas simples consideraciones preliminares se ve la falsedad de la concepción general que impera en el dominio de la historia judía. *Los judíos constituyen en la historia, ante todo, un grupo social con una función económica determinada. Son una clase, o mejor aún, un pueblo-clase.*[17]

La noción de clase no contradice en absoluto la noción de pueblo. Porque los judíos se conservaron como clase social conservaron también ciertas de sus particularidades religiosas, étnicas y lingüísticas.[18]

Esa identidad de la clase y el pueblo (o de la raza) está lejos de ser excepcional en las sociedades precapitalistas. Las clases sociales en esa época se caracterizan muy frecuentemente por un carácter más o menos nacional o racial. "Las clases inferiores y las clases superiores ... no son, en muchos países, sino los pueblos conquistadores y los pueblos sometidos en una época anterior. La raza de los invasores formó una nobleza ociosa y turbulenta... La raza sometida no vivía de las armas, sino del trabajo".[19] Kautsky dice también:

[17] "El campesino y el señor de la Edad Media no son productores de mercaderías. Es cierto que cambian sus excedentes cuando es necesario, pero el intercambio es fundamentalmente ajeno a ellos, es una excepción. Por esto ni el señor ni el campesino poseen en general grandes sumas de dinero. La mayor parte de su riqueza consiste en valores de uso, en trigo, ganado, etc. La circulación del capital-dinero, la economía monetaria en general, son en el fondo extrañas a esta forma de sociedad. El capital vive, según la clara expresión de Marx, en los poros de esta sociedad. En estos poros se introduce el judío." Otto Bauer: *"La questión nationale"*.

[18] Pirenne, refiriéndose a la conservación del carácter nacional de los alemanes que habitaban los países eslavos, dice que: "El motivo principal (de esta conservación) se debe a que ellos fueron, primero los iniciadores y durante largos siglos los representantes por excelencia de la cultura urbana, en los países eslavos. Los alemanes introdujeron la burguesía entre los pueblos agrícolas y tal vez se hayan diferenciado más desde el comienzo como clase social que como grupo nacional." (Henri Pirenne: *"Histoire de l'Europe"*, p. 248).

[19] Augustin Thierry: *"Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands"*.

"Clases diferentes pueden adquirir un carácter racial específico. Por otra parte, el encuentro de razas diferentes, cada una especializada en una ocupación determinada, puede dar como resultado que cada una de esas razas ocupe una posición social diferente en el seno de la misma comunidad. Puede suceder que la raza se convierta en clase". ("Rasse und Irdentum", p.26).[20]

Existe evidentemente una interdependencia continua entre el carácter racial o nacional y el carácter de clase. La posición social de los judíos tuvo una influencia profunda y determinante sobre su carácter nacional.

Si no hay contradicción en esta noción de pueblo-clase, es aún más fácil admitir la correspondencia de la clase y la religión. Cuando una clase alcanza un grado de madurez y de conciencia determinados, su oposición a la masa dominante reviste formas religiosas. Las herejías de los albigenses, lolardos, maniqueos, cataros y de las innumerables sectas que abundaban en las ciudades medievales, son las primeras manifestaciones religiosas de la creciente oposición de la burguesía y el pueblo al orden feudal. Estas herejías no alcanza-

[20] Como la obturación entre las diversas clases las mantiene en compartimientos estancos, muy a menudo sucede en la época precapitalista que las diferencias nacionales persistan mucho tiempo, manifestándose preferentemente en la diversidad lingüística. El idioma del pueblo conquistado era degradado a la condición de un dialecto popular menospreciado y la lengua de los conquistadores se transformaba en el idioma de la "buena sociedad". En Inglaterra, durante largos siglos, la aristocracia normanda continuó usando el francés, mientras el pueblo se expresaba en sajón, y de la fusión de estos dos idiomas surgió el inglés moderno. A la larga las diferencias lingüísticas se esfumaban. Los burgundios, los francos y los otros bárbaros no tardaron en hablar la lengua de sus súbditos. Por el contrario, los conquistadores árabes impusieron la suya a los pueblos conquistados.

Estas diferencias lingüísticas entre las clases no desaparecieron completamente hasta el advenimiento de la burguesía al poder.

"...ciertas clases (señores, campesinos, comerciantes) difieren entre ellas por la naturaleza de los elementos étnicos que se fusionaron para constituirlas... La diferencia entre estas clases se mantiene fácilmente porque siendo a la vez antropológica y moral, permite a las clases y castas formarse sobre sí mismas aislándose las unas de las otras." Luis Gumplowicz: *"Précis de sociologie"*, p. 227.

ron en ningún caso la categoría de religión dominante debido a la debilidad relativa de la burguesía medieval. Fueron salvajemente ahogadas en sangre. Recién en el siglo XVII la burguesía, cada vez más poderosa, puede hacer triunfar el luteranismo y sobre todo el calvinismo y sus sucedáneos ingleses.[21]

Mientras el catolicismo expresa los intereses de la nobleza terrateniente y el orden feudal y el calvinismo (o puritanismo) los de la burguesía o el capitalismo, el judaísmo refleja los intereses de una clase comercial precapitalista.[22]

Lo que distingue principalmente el "capitalismo" judío del capitalismo propiamente dicho es que, contrariamente a este último, no aporta un nuevo modo de producción. "El capital comercial tenía una existencia propia y estaba netamente separado de las ramas de producción a las cuales servía de intermediario". "Los pueblos comerciantes de la antigüedad existían como los dioses de Epicuro en las entrañas de la tierra o, mejor aún, *como los judíos, en los poros de la sociedad polaca*". "La usura y el comercio explotan un procedimiento determinado de producción que no crean y al que *permanecen extraños*".[23]

La acumulación del dinero en manos de los judíos no se originaba en una forma especial de la producción capitalista. La plusvalía (o sobreproducto) provenía de la explotación feudal, y los señores estaban obligados a entregar una parte de esta plusvalía a los ju-

[21] Esta concepción científica se ha impuesto ya desde hace mucho tiempo a los historiadores serios.

[22] "El capitalismo judío era un capitalismo especulativo de parias, el capitalismo puritano se identificaba con la organización burguesa del trabajo". Max Weber.

Es cierto que la correspondencia entre clases y religión no es perfecta, no todos los gentilhombres son católicos ni todos los burgueses adhirieron al calvinismo, pero las clases ponen su sello a la religión. Así, "la revocación del Edicto de Nantes hizo huir a fines del siglo XVII cerca de 100.000 protestantes, casi todos habitantes de las ciudades y pertenecientes a las clases industirales y comerciales (los campesinos hugonotes, convertidos solamente en apariencia, se quedaron en su mayor parte)." H. Sée: *"La France Economique au XVII siècle"*, p. 15.

[23] Marx: *"El Capital"*, t. II.

díos. De aquí el antagonismo entre los judíos y el feudalismo, pero de ahí también el vínculo indestructible que existía entre ellos.

Tanto para el señor como para el judío, el feudalismo era su tierra nutricia. Si el señor tenía necesidad del judío, el judío también tenía necesidad del señor. Es en razón de esta posición social que los judíos no han podido llegar en ninguna parte a desempeñar el papel de clase dominante. En la economía feudal el papel de una clase comercial no puede dejar de ser claramente subordinado. El judaísmo no podía ser más que un culto más o menos tolerado.[24]

Ya hemos visto que en la antigüedad los judíos poseían su propia jurisdicción. Lo mismo ocurría en la Edad Media. "En la plástica sociedad de la Edad Media cada clase de hombres —así como vive según sus propias costumbres—, posee su jurisdicción especial. Por encima de la organización judicial del Estado, la Iglesia tiene sus tribunales eclesiásticos, la nobleza sus cortes feudales, los campesinos sus cortes regionales. La burguesía, a su turno, adquiere las regidurías".[25]

La organización específica de los judíos era la Kehila. Cada conglomerado judío estaba organizado en una comunidad (Kehila) que tenía su vida social particular y una organización judicial propia. Es en Polonia donde esta organización logra su mayor perfeccionamiento. A raíz de una ordenanza del rey Segismundo-Augusto, de 1551, los judíos tuvieron derecho a elegir los jueces y rabinos que debían administrar todos sus asuntos. Es solamente en los procesos entre judíos y no-judíos que intervienen los tribunales de los voivodas. En cada conglomerado judío, la población elegía libremente un consejo de la comunidad llamado Kahal, cuyas funciones eran muy amplias; percibía los impuestos para el Estado, distribuía los impuestos generales y especiales, dirigía las escuelas elementales y superiores (Ieschiboth). Reglamentaba todas las cuestiones concernientes al comercio, el artesanado y la beneficencia, y dirimía los

24 Excepto una población mongol (los Kazares) de las márgenes del Mar Caspio, que adopta en el siglo VIII el culto israelita. ¿Existe una relación entre la función comercial de esta población y su conversión al judaísmo?

25 Henri Pirenne: "*Les anciennes democraties des Pays-Bas*".

conflictos entre los miembros de la comunidad. El poder de cada Kahal se extendía a los habitantes judíos de las poblaciones vecinas.

Con el tiempo, los diversos consejos de las comunidades judías tomaron la costumbre de reunirse regionalmente, a intervalos regulares, para discutir cuestiones administrativas, jurídicas y religiosas. Estas asambleas fueron tomando el aspecto de pequeños parlamentos.

En ocasión de la gran feria de Lublin, se reunía una especie de parlamento general donde participaban los representantes de la Gran Polonia, de la Pequeña Polonia, de Podolia y de Volinia. Este parlamento tomó el nombre de "Vaad Arba Aratzoth", el "Consejo de los Cuatro Países". Los historiadores judíos tradicionales no han dejado de ver en esta organización una forma de autonomía nacional. "En la antigua Polonia, dice Dubnov, los judíos constituían una nación con autonomía propia, su administración interior, sus tribunales y una cierta independencia jurídica".[26]

Es evidente que hablar de autonomía nacional en el siglo XVI constituye un grueso anacronismo ya que en esa época se ignoraba en absoluto la cuestión nacional. En la sociedad feudal, sólo las clases poseen sus jurisdicciones especiales. La autonomía judía se explica por la posición social y económica específica de los judíos, y no por su "nacionalidad".

La evolución lingüística también refleja la posición social concreta del judaísmo. El hebreo desaparece muy pronto como lengua viva. En todas partes los judíos adoptan las lenguas de los pueblos circundantes, pero esta adaptación lingüística generalmente se realiza bajo la forma de un dialecto nuevo donde reaparecen algunas locuciones hebreas. En diversos momentos históricos existen los dialectos judeo-árabe, judeo-persa, judeo-provenzal, judeo-portugués, judeo-español, etc., sin hablar del judeo-alemán que se transformó en el actual idish. El dialecto expresa las dos tendencias contradictorias que han caracterizado la vida judía: la tendencia a la integra-

26 Conferencia de Dubnov en la reunión de la Sociedad Histórica Etnografica de San Petersburgo.

ción en la sociedad circundante y la tendencia al aislamiento proveniente de la situación social y económica del judaísmo.[27]

Solamente donde los judíos dejan de constituir un grupo social particular se asimilan completamente a la sociedad que los rodea. "La asimilación no es un fenómeno nuevo en la historia judía", dice el sociólogo sionista Ruppin.[28]

En realidad, si la historia judía es la historia de la preservación del judaísmo, también es la historia de la asimilación de grandes capas del judaísmo. "En el norte de Africa, antes del Islam, muchos judíos se dedicaban a la *agricultura*, pero la mayoría de ellos fue absorbida por la población local.[29] Esta asimilación se explica porque allí los judíos dejaron de constituir una clase y se transformaron en agricultores. "Si los judíos se hubieran entregado a la agricultura, si se hubieran dispersado por todo el país, en algunas generaciones hubieran llegado a su completa asimilación con el resto de la población, a pesar de las diferencias religiosas. Pero dedicados al comercio y concentrados en las ciudades, formaron comunidades separadas, frecuentándose y casándose entre ellos".[30]

Podrían recordarse también las numerosas conversiones de los judíos propietarios de tierras en la Alemania del siglo IV, la completa desaparición de las tribus guerreras judías de Arabia, la asimilación de los judíos en América del Sur, en la Guayana holandesa, etc.[31]

27 Ya en el siglo V a. C. los judíos de la Diáspora hablan el arameo. Más tarde, usan sobre todo el griego: "Los epitafios de los cementerios judíos en Roma son generalmente griegos, redactados en una jerga apenas comprensible. Algunos en latín, pero ninguno en hebreo". Friedländer: *"Sittengeschichte Rome"* II, p. 519.

Sería interesante investigar por qué los judíos que viven en los países eslavos conservaron durante tanto tiempo el dialecto germano (idisch).

28 Ruppin: *"Les Juifs dans le monde moderne"*.

29 Ruppin: o.c.

30 Ruppin: o.c.

31 En la época del desarrollo del capitalismo, del siglo XVI al XIX, la asimilación en Europa Occidental significaba generalmente la integración en la clase capitalista cristiana.

El ingreso de los judíos en la clase capitalista puede ser comparado a la

La ley de la asimilación podría formularse así: allí donde los judíos dejan de constituir una clase, pierden más o menos rápidamente sus características étnicas, religiosas y lingüísticas: se asimilan.[32]

Es muy difícil seguir la historia judía en Europa, en algunos períodos esenciales, pues las condiciones económicas, sociales y políticas eran diferentes en cada país. Mientras que Polonia y Ucrania, a fines del siglo XVIII, se encontraban aún en pleno feudalismo, en esa misma época Europa Occidental asiste a un desarrollo acelerado del capitalismo. Se comprende fácilmente que la situación de los judíos polacos se asemeja más a la situación de los judíos franceses de la época carolingia que a la de sus correligionarios de Burdeos o París. "El judío portugués de Burdeos y el judío alemán de Metz son seres totalmente diferentes", escribía un judío francés a Voltaire. Los ricos judíos burgueses de Francia o de Holanda no tenían casi nada en común con los judíos polacos, que pertenecían a una clase de la sociedad feudal.

A pesar de las considerables diferencias de las condiciones y del ritmo del desarrollo económico de los países europeos habitados por los judíos, un atento estudio permite destacar las etapas esenciales de su historia.

"capitalización" de los propietarios feudales. Aquí también la lucha de la burguesía contra el feudalismo termina en ciertos casos por medio de expropiación total de la clase feudal (Francia), o por la penetración de los señores feudales en la clase capitalista (Inglaterra, Bélgica). El desarrollo capitalista tiene efectos similares para los judíos. En ciertos casos deben asimilarse; en otros, son eliminados.

32 Por regla general, las persecuciones contra los judíos tuvieron un carácter social, pero el retardo de la ideología frente a la infraestructura social puede explicar ciertas persecuciones puramente religiosas. En ciertas regiones los judíos pudieron conservar durante bastante tiempo su religión particular, habiéndose transformado en agricultores. En este caso, las persecuciones habrían tenido por finalidad apresurar su conversión.

Lo que distingue las persecuciones religiosas de las persecuciones sociales (pero con apariencia religiosa), es su carácter menos violento y la poca resistencia que le ofrecen los judíos. Parece ser que en la España visigoda los judíos fueron, en parte, agricultores pero los reyes visigodos no pensaron nunca expulsarlos, como lo hicieron más tarde Fernando e Isabel. Las persecuciones puramente religiosas deben considerarse como excepcionales.

Período precapitalista

Este es también el período de mayor prosperidad para los judíos. El "capital" comercial y usurario encuentra grandes posibilidades de expansión en la sociedad feudal. Los judíos son protegidos por los reyes y los príncipes, y sus relaciones con las otras clases son generalmente buenas.

Esta situación en Europa Occidental se prolonga hasta el siglo XI. La época carolingia, punto culminante del desarrollo feudal, lo es también del apogeo de la prosperidad de los judíos.

Hasta el fin del siglo XVIII la economía feudal continúa dominando Europa oriental, y es hacia allí donde se desplaza cada vez más el centro de la vida judía.

Período del capitalismo medieval

A partir del siglo XI Europa Occidental ingresa en un período de intenso desarrollo económico. El primer estadio de esta evolución se caracteriza por la creación de una industria corporativa y de una burguesía mercantil nativa. La penetración de la economía mercantil en el dominio agrícola determina la segunda etapa.

El desarrollo de las ciudades y de una clase comercial nativa provoca la eliminación completa de los judíos en el comercio. Se transforman en usureros, cuya principal clientela está compuesta por la nobleza y los reyes. Pero la transformación mercantil de la economía agraria socava también estas posiciones.

La relativa abundancia de dinero permite a la nobleza librarse del yugo de la usura. Los judíos son expulsados de un país tras otro, pero algunos se asimilan, integrándose preferentemente en la burguesía nativa.

En ciertas ciudades, principalmente de Alemania y de Italia, los judíos se ocupan sobre todo del crédito para las masas populares, campesinos y artesanos. Transformados en pequeños prestamistas explotadores del pueblo, a menudo son víctima de sublevaciones sangrientas.

En general, el período del capitalismo medieval es el de las persecusiones judías más violentas. El "capital" judío entra en conflic-

to con todas las clases de la sociedad. Pero la desigualdad del desarrollo económico de los países de Europa Occidental influye sobre las formas de la lucha antisemita. En un país es la nobleza quien dirige la lucha contra los judíos, en otros es la burguesía y en Alemania, el pueblo desencadena el movimiento.

El capitalismo medieval es desconocido, o poco más o menos, en Europa Oriental; no existe separación entre el capital comercial y el capital usurario. Contrariamente a lo que sucede en Europa Occidental donde judío llega a ser sinónimo de usurero, allí los judíos son ante todo comerciantes e intermediarios. Mientras que los judíos son progresivamente eliminados de los países de Occidente, en el Este de Europa afianzan constantemente su situación. Es solamente en el siglo XIX cuando el desarrollo del capitalismo (y esta vez no es capitalismo corporativo, sino capitalismo moderno el que entra en escena) comienza a quebrantar la próspera situación de los judíos rusos y polacos. "La miseria de los judíos en Rusia sólo data de la abolición de la servidumbre y del régimen feudal de la propiedad rural. Mientras ambos existieron, los judíos encontraron grandes posibilidades de subsistencia como comerciantes e intermediarios".[33]

Período del capitalismo manufacturero e industrial

El período capitalista, propiamente dicho, comienza en la época del Renacimiento y se manifiesta, en primer lugar, por una formidable expansión de las relaciones comerciales y el desarrollo de las manufacturas.

En la medida en que los judíos permanecen en Europa Occidental —y su proporción es pequeña—, participan en el desarrollo del capitalismo. Pero la teoría de Sombart que les atribuye una acción preponderante en el desarrollo del capitalismo pertenece al dominio de la fantasía. Precisamente porque representaban un capitalismo primitivo (comercial, usurario), el desarrollo del capitalismo moderno no podía menos que ser fatal para su situación social.

33 Sombart: *"L'apogée du capitalisme"*, p. 430.

Este hecho no excluye, de ninguna manera, la participación individual de los judíos en la creación del capitalismo moderno, pero allí donde se integran a la clase capitalista *se produce también su asimilación.* El judío gran empresario o accionista de la Compañía holandesa o inglesa de las Indias está al umbral del bautismo, umbral que generalmente franquea con gran facilidad. Los progresos del capitalismo van a la par con la asimilación de los judíos en Europa Occidental.

Si el judaísmo no ha desaparecido completamente en Occidente se debe a la afluencia masiva de judíos de Europa Oriental. La cuestión judía que se plantea actualmente en escala mundial procede pues, en primer lugar, de la situación del judaísmo oriental.

Esta situación es resultante del retardo del desarrollo económico de esa parte del mundo. Por lo tanto las causas particulares de la emigración judía, también se vinculaban a las causas generales del movimiento de emigración del siglo XIX.

La emigración general del siglo XIX se produjo en gran parte por el insuficiente desarrollo capitalista con respecto al ritmo de desintegración de la economía feudal o manufacturera. Al campesino inglés, expulsado por la capitalización de la economía rural, se agregó el obrero artesanal o manufacturero desalojado por las máquinas. Estas masas campesinas y artesanas eliminadas por el nuevo sistema económico debieron procurarse el sustento más allá del océano. Pero esta situación no se prolonga indefinidamente. A causa del rápido desarrollo de las fuerzas productivas de Europa Occidental, estas capas de la población privadas de sus medios de subsistencia, pronto pudieron encontrar trabajo suficiente en la industria. Por ello, la emigración alemana hacia América, por ejemplo, que fuera muy intensa a mediados del siglo XIX, se detiene casi totalmente a fines del mismo. Lo mismo sucede en Inglaterra y otros países de Europa Occidental.[34]

Pero mientras que en Europa Occidental desaparecía el desequi-

[34] "La expansión económica de los principales países europeos en el último cuarto del siglo XIX detiene esta marea emigratoria, pero muy pronto llega la segunda ola, compuesta principalmente por emigrantes de los países agrícolas de Europa". Woytinski: *"Tatsachen und Zahlen Europas"*, p. 60.

librio entre el hundimiento del feudalismo y el desarrollo del capitalismo, se profundizaba en los países atrasados del Este. En ellos, la destrucción de la economía feudal y de las formas primitivas del capitalismo se efectuaba mucho más rápidamente que el desarrollo del capitalismo moderno. Masas cada vez más considerables, de campesinos y artesanos debieron emigrar para salvarse. A principios del siglo XIX fueron principalmente ingleses, irlandeses, alemanes y escandinavos los que aportaron la mayor parte de la emigración hacia América. Es a fines del siglo XIX, cuando llegan a ser preponderantes los elementos eslavos y judíos, entre las masas que se dirigen hacia América.

Desde principios del siglo pasado las masas judías buscaron nuevos caminos de emigración, pero al comienzo se dirigieron hacia el interior de Rusia y Alemania. Los judíos llegan a introducirse en lo los grandes centros comerciales e industriales donde desempeñan funciones importantes como comerciantes e industriales. Hecho nuevo e interesante, nace, por primera vez después de siglos, *un proletariado judío*. El pueblo-clase comienza a diferenciarse socialmente.

Pero el proletariado judío se concentra principalmente en el sector de los medios de consumo; es principalmente artesanal.

A medida que la gran industria extiende el campo de su explotación declinan las ramas artesanales de la economía. El taller cede su lugar a la fábrica. Se advierte así que la integración de los judíos en la economía capitalista es aún extremadamente precaria. No es solamente el comerciante "precapitalista" quien está obligado a emigrar, sino también el obrero artesanal judío. Masas judías, cada vez más considerables, abandonan Europa Oriental hacia Occidente y América. La solución de la cuestión judía, es decir la integración completa de los judíos en la economía, se convierte así en un problema mundial.

La decadencia del capitalismo

El capitalismo, mediante la diferenciación social del judaísmo, su integración en la economía y la emigración, echa las bases para la solución de la cuestión judía. Pero no la ha resuelto. Por el con-

trario, la formidable crisis del régimen capitalista en el siglo XX agravó la situación de los judíos de una manera inaudita. Los judíos eliminados de sus posiciones económicas en el feudalismo, no pudieron integrarse en la economía capitalista en plena descomposición. En sus convulsiones el capitalismo rechaza incluso a los elementos judíos que todavía no se han asimilado completamente.

En todas partes se desarrolla un antisemitismo feroz de las clases medias, aplastadas bajo el peso de las contradicciones capitalistas. El gran capital utiliza este antisemitismo elemental de la pequeña burguesía para movilizar a las masas tras la bandera del racismo. Los judíos son asfixiados entre dos sistemas: el feudalismo y el capitalismo, en los cuales la descomposición de uno acentúa la del otro.

Capítulo II
De la antigüedad a la época carolingia - En el período de la prosperidad comercial de los judíos

Antes de la conquista romana

Por Siria y Palestina fue donde se efectuaba, desde época muy lejana, el cambio de los productos entre los dos más antiguos focos de cultura del mundo antiguo mediterráneo[1]: Egipto y Asiria. El carácter esencialmente comercial de fenicios y cananeos[2] procede de la situación geográfica e histórica de los países que habitaban. Los fenicios se convirtieron en el primer gran pueblo comerciante de la antigüedad porque se encontraban situados entre aquellos dos grandes centros iniciales de la civilización. Fueron las mercaderías asirias y egipcias las que constituyeron, al comienzo, el objeto principal del comercio fenicio. Ocurrió ciertamente lo mismo con los mercaderes palestinos[3]. Según Herodoto, las mercancías asirias fueron los artículos más antiguos e importantes del comercio fenicio.

1 "En el vocabulario corriente de la ciencia europea, vida antigua es la que se desarrolló principalmente en torno de la cuenca del Mediterráneo". Toutain: *L'Economie Antique*, p. 2.

2 Posiblemente la prosperidad comercial de Palestina la hizo aparecer a ojos de los israelitas como el país "de la leche y de la miel". Es probable que la invasión israelita asestara un grave golpe al comercio palestino. Pero, andando el tiempo, los israelitas reemprendieron en su propio provecho las ventajosas relaciones con los países del Nilo y del Eufrates.

3 Fue por consiguiente una situación geográfica e histórica peculiar la que

No menos antiguo era el vínculo de los fenicios con Egipto. Las leyendas del Canaán bíblico, así como los mitos fenicios, se refieren a constantes relaciones marítimas y terrestres de los habitantes de estos países con Egipto. Herodoto habla también de mercaderías egipcias llevadas a Grecia desde época muy remota por los fenicios[4].

Si bien la situación geográfica de Palestina era tan favorable como la de Fenicia para el tráfico de mercaderías entre Egipto y Asiria[5], carecía en absoluto de las facilidades para la navegación de que disponía Siria. Hallábase Fenicia pródigamente provista de todo lo necesario para los viajes marítimos: los cedros y cipreses del Líbano le suministraban la madera de construcción; el cobre y el hierro también abundaban en las montañas del Líbano y sus alrededores. En la costa fenicia, se brindaban para la navegación numerosos puertos naturales[6]. No hay pues que asombrarse si, temporariamente, barcos fenicios colmados de productos egipcios y asirios comenzaron a surcar las rutas navegables del mundo antiguo. "Las relaciones políticas y mercantiles de Fenicia con los grandes Estados del Nilo y del Eufrates, establecidas más de dos milenios antes de J. C., le permitieron extender su comercio a los países situados a orillas del Océano Indico"[7]. Los fenicios relacionaron a los pueblos y civilizaciones más diversos de la antigüedad[8].

determinó desde el comienzo el carácter comercial de fenicios y judíos. Evidentemente, sólo la proximidad de centros civilizados con una industria relativamente importante, que en arte ya producía para el cambio, podía permitir el crecimiento de pueblos específicamente comerciales como fenicios y judíos. Fue al lado de los primeros grandes centros civilizados en donde se desarrollaron los primeros grandes pueblos comerciales.

4 Movers: *Die Phoenizier*, p. 17.

5 "Antes de llegar los israelitas a Canaán, ya se encontraba el comercio en alto grado de desarrollo. Las cartas que datan del siglo XV a. C. contienen referencias a caravanas que atraviesan Tell-el-Amarna". F. Buhul: *De soziolen Verhaelnisse der Israeliten*, p. 76.

6 Movers, o.c., p. 19.

7 Movers, o.c., p. 18.

8 Movers, o.c.: "Por su inextinguible ardor comercial y su inquebrantable ánimo emprendedor, los fenicios conquistaron la fama de pueblo comercial con el que no pudo equipararse ningún pueblo antiguo. Sólo posteriormente,

Durante largos siglos los fenicios retuvieron el monopolio del comercio entre los países relativamente desarrollados del Oriente y los países incultos de Occidente. En la época de su hegemonía comercial, el estado económico de las islas del Mediterráneo Occidental y los países situados a sus orillas, era todavía muy atrasado. "No quiere esto decir que la sociedad homérica desconociese el comercio, pero para los griegos éste consistía esencialmente en importaciones. Para pagar las materias primas o preciosas y los objetos manufacturados que los navegantes extranjeros iban a ofrecerles, parece que los griegos han entregado, sobre todo, ganado"[9]. Esta situación, muy desventajosa para los naturales, no duró mucho tiempo. El mismo comercio fenicio se convirtió en uno de los principales estimulantes del adelanto económico de Grecia. El surgimiento griego también se vio favorecido por la colonización helénica que cobró gran extensión entre el siglo IX y VII antes de J.C. Los colonos griegos se esparcieron en todas direcciones por el Mediterráneo. Multiplícanse las ciudades griegas. Tucídides y Platón explican la emigración griega por la falta de tierras.

La expansión colonial griega es acompañada por un crecimiento prodigioso (para la época) de la industria y del comercio helénicos. El adelanto económico de Grecia acarreará la declinación comercial de Fenicia. "Antaño, los fenicios descargaban en las radas griegas sus mercancías, que cambiaban por los productos nativos, corrientemente, según parece, cabezas de ganado. En adelante, los mismos marinos griegos[10] llevarían a Egipto, Siria, al Asia Menor, a pueblos de Europa como los etruscos, incluso a los bárbaros como los escitas galos, ligures e íberos, los objetos manufacturados y las obras de arte, tejidos, armas, joyas, vasos pintados, cuya fama es grande y que codician todos los bárbaros"[11]. El período entre los siglos VI y

en la Edad Media, con todas las desfavorables nociones implícitas, pasó a sus vecinos y herederos comerciales, los judíos de la Diáspora".

9 Toutain: *Economie Antique*, págs. 24 y 25.

10 Parece que estos marinos griegos han sido sobre todo metecos, es decir, extranjeros establecidos en Grecia. El papel comercial de los fenicios estuvo ligado al desarrollo de las civilizaciones egipcias y asiria; el ascenso de la civilización helénica originó la prosperidad comercial de los metecos.

11 Toutain, o.c., págs. 40 y 68.

IV, parece haber sido el del apogeo económico de Grecia. "Caracteriza a este nuevo período el hecho de que los oficios se multiplicaron, organizaron y especializaron, llevándose muy lejos la división del trabajo"[12]. En la época de la guerra del Peloponeso, Hiponicas ocupaba 600 esclavos y Nicias 1.000 en las minas.

Este importante desarrollo económico de Grecia ha arrastrado a la mayoría de los sabios burgueses a hablar de un "capitalismo griego". Llegan hasta a parangonar la industria y el comercio helénicos con el vasto movimiento económico de la época industrial.

En realidad, la agricultura constituyó siempre la base económica de Grecia y de sus colonias. "La colonia griega tiene casi siempre, no carácter comercial, sino militar y agrícola"[13]. Así, Estrabón cuenta a propósito de Cuma, una colonia griega de Italia, que sólo a los trescientos años de su fundación se percataron los habitantes que su ciudad se encontraba situada cerca del mar. El carácter esencialmente agrícola de la vida económica del mundo helénico es indiscutible. Tampoco puede hablarse de una industria comparable a la industria moderna. "Los métodos de producción y de organización fueron siempre artesanales"[14]. Sólo las minas parecen presentar, al menos en cuanto a la fuerza de trabajo, un espectáculo semejante al que conocemos actualmente.

El hecho de que, a pesar de su gran extensión, la industria y el comercio quedaran principalmente en manos de extranjeros, los metecos, prueba su rol relativamente secundario en la economía griega. "En el inmenso tráfico de que Atenas es el centro, así como en su industria, la participación de los metecos es preponderante"[15].

12 Toutain, o.c., págs. 40 y 68.

13 Hasebroeck: *Staat und Handel im altem Griechenland*, p. 112.

14 Hasebroeck, o.c., p. 78. La producción de los valores de uso continúa siendo la base de la economía. Sólo puede admitirse que la producción para el cambio adquirió en Grecia la máxima amplitud que permitía el modo de producción antiguo.

15 Pierre Roussel, *La Grece et l'Orient*, p. 301. Ver también Clerc, *Les Méteques athéniens*, p. 396: "El comercio marítimo estaba en gran parte, efectivamente, en manos de los metecos". Francotte, *L'industrie dans la Grece*, I, p. 192: "El comercio marítimo en Atenas aparece sobre todo en manos de los extranjeros".

En Delos, el gran centro comercial, las inscripciones revelan que casi todos los comerciantes son extranjeros[16].

El ciudadano griego desprecia el comercio y la industria; es, por sobre todo, propietario rural. Aristóteles, así como Platón, se oponen a que los comerciantes sean aceptados en la ciudad[17].

Es necesario, pues, cuidarse de no exagerar la importancia del desarrollo comercial e industrial de Grecia. De hecho, la expansión griega fue principalmente agrícola y militar; ésta, no obstante, iba apareada con un desarrollo industrial y comercial muy importante para la época[18]. Los griegos jamás se transformaron en pueblo comercial como los fenicios y los judíos, pero en las colonias griegas y posteriormente en los reinos helénicos, apreciamos un crecimiento comercial e industrial muy importante. Va de suyo que los Estados griegos, sin ser verdaderamente mercantiles, favorecieron con todas sus fuerzas el comercio y la industria, fuentes financieras de las más apreciables.

No debemos atribuir tan sólo al progreso económico de Grecia y de sus colonias la declinación del comercio fenicio; constituye además otra causa importante el creciente antagonismo entre Persia y Grecia. Paralelamente con la expansión de la civilización helénica, verifícase la marcha triunfal de los persas a través de Asia. El imperio persa alcanza su apogeo en el siglo V a. de J.C. Se extiende a una parte de Asia y a Egipto.

Ese desarrollo paralelo de las civilización griega y persa hubo de asestar el golpe de gracia al tráfico fenicio. El comercio entre Asia y

[16] Hasebroeck, o.c., p. 28. "En la época de su prosperidad, Atenas tenía 400.000 esclavos, 20.000 ciudadanos y 30.000 metecos".

[17] "No se puede hablar ya de la comercialización del mundo así como de su industrialización. El carácter de la economía es agrario predominantemente, inclusive en siglo IV..." Hasebroeck, o.c., p. 101.

[18] "Toda comparación entre los puertos de la antigua Grecia y las modernas ciudades de Génova y Marsella, no puede sino provocar el escepticismo y la sonrisa. No obstante, el espectáculo brindado por ese intercambio, esos transportes, esas idas y venidas de mercancías, era nuevo entonces en el Mediterráneo y difería profundamente, por su intensidad y naturaleza, del que había ofrecido el comercio fenicio, simple buhonería marítima, más que verdadero comercio". Toutain, o.c., p. 84.

Europa se tornó ciertamente muy difícil debido a la partición del mundo mediterráneo entre dos sociedades recíprocamente hostiles. Los mundos persa y griego se crearon sendos tráficos comerciales.

Podemos suponer que Palestina, suplantada antes completamente por Fenicia, reasume su importante papel comercial con la decadencia de aquélla y el incremento del comercio interasiático después del período de las conquistas persas; el pasaje entre Egipto y Babilonia recobra toda su valía. Mientras el comercio fenicio pierde cada vez más su antigua importancia, al punto de que en la época de Luciano las salazones constituirán las principales inversiones[19], los judíos desempeñan en el imperio persa un rol de primer plano.

Ciertos historiadores consideran el exilio en Babilonia como causa importante de la transformación de los judíos en comerciantes. "En Babilonia, los judíos se convirtieron en el pueblo comercial que conocemos en la historia económica del mundo; encontraron allí relaciones económicas muy adelantadas. Los textos cuneiformes hallados últimamente, revelan que los judíos exilados participaban activamente en la vida comercial. Ocupábanse en operaciones de crédito, muy desarrolladas entre los babilonios; eran también grandes comerciantes"[20].

Pero la dispersión judía es ciertamente anterior al exilio en Babilonia. "Existen serias razones para admitir la existencia de una diáspora preexílica"[21]. La amplitud del exilio judío bajo Nabucodonosor es muy exagerada; sólo a una parte de las clases dirigentes afectaron las medidas del rey babilonio. La mayoría de los judíos continuaron viviendo en Palestina. Si, pues, en la época persa, encontramos a los judíos diseminados por todas las partes de ese inmenso imperio (y el libro de Esther es muy elocuente al respecto) sería infantil considerar ese hecho como consecuencia del exilio en Babilonia, que en total duró 50 años. También es pueril creer que el pueblo judío retornara a Palestina en la época de Esdrás y Nehemías. La obra de ambos fue, ante todo, de orden religioso. Se trataba de reedificar el templo y de reconstruir una metrópolis religiosa

19 C. Autran: *Les Pheniciens*, p. 51
20 Brentano: *Das Wirtschaftsbelen de antiken*
21 A. Causse: *Les dispersés d'Israel*, p. 7.

para el judaísmo disperso. "La mayoría de los historiadores han exagerado considerablemente el rol del judaísmo palestino en la época persa. Pareciera que, restaurada Jerusalén, toda la historia de Israel se hubiese concentrado alrededor de la montaña santa y como si todo el pueblo hubiese retornado realmente del exilio y habitado sobre una extensión de algunos centenares de kilómetros en Tekia, Nitspa y Jericó. La verdad es que, en esta época, los judíos de Judea representaban sólo una parte, la más pequeña, del judaísmo e, indudablemente, no la más viva"[22].

El edicto de Ciro se dirige en estos términos a los judíos de la Diáspora: "... que todos los otros, donde quiera que habiten, ayuden (a los que vayan a Palestina) con plata, oro, bienes y ganado, además de lo que ofrezcan voluntariamente al templo de Dios en Jerusalén". Todos los que residían en los alrededores, dice el libro de Esdrás, "pusieron en manos de los 42.000 judíos que regresaban a Palestina vasos de plata y de oro, los rebaños y los muebles"[23]. No se trata, evidentemente, de un retorno en masa de los judíos a Palestina sino, sobre todo, de la reconstrucción del templo. En la época persa, las principales colonias de la Diáspora hallábanse en Mesopotamia, Caldea y Egipto; databan del siglo V a. J.C., y proyectan interesante claridad sobre la situación de las colonias judías de la Diáspora en esa época.

De acuerdo con los archivos de una familia judía, "los judíos practicaban el comercio, compraban y vendían casas y terrenos, prestaban dinero, administraba depósitos y eran muy versados en las cuestiones del derecho"[24]. Resulta muy interesante comprobar que incluso las canciones y los cuentos están en arameo, lo cual demuestra que ya en el siglo V a. de J.C., el hebreo no era un idioma usual para los judíos. El arameo es la gran lengua asiática de la época, la lengua comercial[25]. La religión de los judíos de Elefantina no se halla tan evolucionada como la religión oficial codificada en la época de Esdrás-Nehemías. En una petición al gobernador persa so-

22 A. Causse, o.c., p. 54.
23 Libro de Esdrás.
24 Jüdisches Lexicon: *Elephantine.*
25 A. Causse, o.c., p. 79.

licitan autorización para reedificar su templo. Y precisamente, la reforma de Esdrás-Nehemías tiende a concentrar a todos los judíos de la Diáspora alrededor del templo único de Jerusalén. Efectivamente, afluirán a Jerusalén hasta el año 70, los presentes de los judíos dispersos por el mundo.

Probablemente, esa riqueza del templo de Jerusalén constituyó el motivo principal de la empresa de Antíoco contra los judíos. "Simón le anunció que el erario de Jerusalén, estaba colmado de sumas considerables y que había riquezas públicas inmensas"[26]. Posteriormente, Mitrídates confisca, en la pequeña isla de Cos, 800 talentos destinados al templo de Jerusalén. En la época romana, quejábase Cicerón en sus discursos de las sumas inmensas que afluían a Jerusalén.

En el período helenístico alcanza su apogeo económico la Antigüedad. Las conquistas de Alejandro destruyeron las barreras entre el mundo helénico, Asia y Egipto. Las ciudades brotaron como hongos en todo el imperio helénico. Los "más grandes fundadores de ciudades, no sólo de esta época, sino de toda la historia, fueron Seleuco I y su hijo Antíoco I[27]. Los reyes helénicos crean nuevos centros urbanos, cuyo fin es suplantar las antiguas ciudades persas y fenicias. "Sobre las costas de Siria, el puerto de Antioquía relegó al olvido las antiguas ciudades de Tiro y Sidón"[28]. Seleuco crea a orillas del Tigris, a Seleucia, para arrebatar a Babilonia su rol central en el comercio mundial[29]. Este propósito fue plenamente logrado.

En tanto que Babilonia decayó, convirtióse la Seleucia helénica probablemente en la ciudad más grande de esta época. Según Plinio, contaba con 600.000 habitantes. Juntamente con Seleucia, Alejandría y Antioquía llegaron a ser los centros del mundo helenístico; todas ellas conocieron una prosperidad incontrastable durante el período helenístico.

Aún parece haberse afirmado la situación de los judíos después de las conquistas de Alejandro. "Supieron hacerse reconocer privi-

26 Segundo libro de los macabeos, III, 6.
27 Eduardo Meyer: *Blüe und Nidergang des Hellenismus in Asien*, p. 20.
28 Pierre Roussel, *Grecia y Oriente*, p. 486.
29 Eduardo Meyer, o.c., p. 22.

legios especiales tanto, parece, por los Seléucidas como por los Bagidas. Atraídos por Ptolomeo I a Alejandría, donde pululaban, constituían una comunidad aparte, que se administraba a sí misma y hallábase sustraída a la jurisdicción de los tribunales griegos"[30]. "Los judíos obtuvieron en la capital siria, Antioquía, cierta autonomía y una posición privilegiada; así también en Cirene"[31]. Esa situación privilegiada y la posición económica específica de los judíos, ya son causa de graves conflictos, tanto en las ciudades palestinas como en Alejandría, Seleucia, Cirene y Chipre[32]. Estos conflictos nada tienen que ver con los actuales antagonismos nacionales. Por el contrario, en los imperios helenísticos, se verifica una formidable asimilación de los pueblos que lo componen. El nombre de griego se aplica cada vez menos a los miembros de una determinada nación; se lo atribuye a las partes dominantes y cultas de la población. Dice un escritor antiguo que Alejandro ordenó a todos considerar al mundo como su patria, como compatriotas a las personas de bien y como extranjeros a los malvados.

La creciente importancia del judaísmo en la vida comercial del mundo helenístico debe atribuirse también al desplazamiento del eje de la vida económica hacia el Oriente. La prosperidad de Alejandría, de Antioquía y de Seleucia, ofrece un agudo contraste con la pobreza y decadencia de Grecia en la misma época.

Polibio insiste repetidamente en la decadencia de las ciudades griegas. Poco después, en el siglo II, los "visitantes apenas podían creer que esa ciudad en donde faltaba el agua, las calles estaban mal trazadas y las casas eran incómodas, fuese la famosa Atenas"[33]. Atenas fue eliminada como centro del mundo civilizado. Además de la decadencia económica, contribuyeron a la ruina de Grecia las incesantes luchas de clases[34] que, a causa del atrasado modo de produc-

30 Roussel, o.c., p. 480.

31 L. Brentano, *Das Wirtschatsleten des antiken Welt.*

32 Eduardo Meyer, o.c., p. 84.

33 André Piganion: *La conquête romaine.*

34 Esta lucha de clases se limita estrictamente a la población libre de las ciudades griegas. "Una igualdad más o menos extendida en la posesión de los bienes, parece ser necesaria para el mantenimiento de esta democracia políti-

ción, no podían arribar a ningún resultado decisivo. El triunfo de la plebe era efímero; los repartos de riqueza sólo acarreaban nuevas desigualdades, generadoras de conflictos sociales. Así, tornóse ilusorio el triunfo de Grecia después de las conquistas de Alejandro. El desplazamiento del centro económico mundial hacia Oriente que lo siguió, condujo a su rápida declinación[35]. Las clases acaudaladas y aristocráticas, impotentes frente a las revueltas plebeyas, hubieron de buscar el apoyo romano[36]; pero Roma tan sólo dio a Grecia y al helenismo el golpe de gracia. Arrojáronse los romanos sobre el mundo helénico como rica presa para el saqueo y la conquista. "Entre 211 y 208, de acuerdo con los datos muy incompletos que han llegado hasta nosotros, cinco antiguas ciudades de la Hélade fueron saqueadas"[37]. Corinto, la rica ciudad comercial, es destruida. "Allí, dice Polibio, he visto cuadros pisoteados, sobre los cuales se instalaban los soldados para jugar a los dados". Roma asestó también golpes muy rudos al helenismo asiático[38]. El magnífico edificio helenístico se desmoronó bajo el empuje combinado de romanos y partos.

El imperialismo romano y su decadencia

Contrariamente al imperialismo moderno, esencialmente cimentado en el desarrollo de las fuerzas productivas, el imperialismo antiguo se fundó sobre el pillaje de los países conquistados. No se trata para los imperialismos antiguos de franquear caminos para sus

ca. En esto reside el origen de las sangrientas luchas entre ricos y pobres, donde terminó por desembocar la demagogia helénica. Pero nunca toman parte en esas reivindicaciones los esclavos, siervos y metecos...". Jannet: *Les grandes époques de l'Histoire economique*, p. 8.

[35] "Con el helenismo, el centro económico del mundo se desplazó hacia el Oriente". K.J.Belloch: *Geschicht Griechenlands*, p. 232. ("Hellas und Rom")

[36] Ver Fustel de Coulanges: *La Cité Antique*.

[37] Maurice Hollaux: *Roma, Grecia y las monarquías helenísticas*, p. 231.

[38] Piganion: o.c, p. 232.

productos y capitales; sólo buscan despojar a los países conquistados*.

El escaso desarrollo de la producción en la antigüedad no permitía asegurar el lujo de las clases dominantes de los países conquistados; el agotamiento de éstos, las dificultades crecientes para nuevas conquistas y el enervamiento gradual de los conquistadores, debían acarrear tarde, o temprano, la decadencia de los imperialismos antiguos.

Roma constituye el ejemplo clásico del imperialismo antiguo. Ha sido exagerado en demasía el desarrollo comercial e industrial romano. Su comercio siempre fue pasivo[39]. Roma sólo atraía a sí la exportación de las provincias sin devolverles nada en cambio[40]. Las clases dirigentes romanas despreciaban profundamente toda clase de comercio. La ley Claudia prohibió a los senadores, a sus hijos y a toda la aristocracia romana, poseer navíos con capacidad superior a 300 ánforas, lo cual equivale a menos de 80 hectolitros de granos o legumbres. Esto significa vedarles el ejercicio del comercio. César renueva esta prohibición. La política romana nunca se determinó por pretendidos intereses comerciales. La prueba más palpable es que Roma, después de derrotar a Aníbal, todavía permite a los cartagineses denegar la entrada a su mar[41]. "En general, es preciso reconocer que los problemas económicos romanos eran

* En su esfuerzo de síntesis, el autor omite aquí caracterizar suficientemente el imperialismo moderno; éste, como es sabido, se basa en el desarrollo superior de las fuerzas productivas solamente de algunas naciones privilegiadas y en el retraso y la paralización de ese desarrollo en muchas otras. Por otra parte, como el valor de cambio, diríamos, es tan sólo el alma del valor de uso, el pillaje de superplusvalía surte efectos parecidos al pillaje directo antiguo. A este respecto, podemos consultar la historia viva de la moderna opresión colonial, que nos mostrará cómo se traducen en la realidad las refinadas abstracciones y generalizaciones a que nos tiene acostumbrados la economía política. –Nota del traductor.

39 Cunow: *Allgemeine Wirtschaft geschichte*, II, p. 61.

40 Henri Pirenne: *Historia de Europa*. "Los productos afluían hacia el centro sin que hubiera una corriente compensadora de vuelta". Legaret: *Histoire du comerce*, p. 13.

41 Tenney Frank: *An economic history of Rome till the end of the Republic*, p. 108.

muy simples. La conquista gradual de Italia así como de las provincias, ocupaba el sobrante de capital y de población; no se sentía necesidad de la industria y de comercio", dice Tenney Frank[42]. En Roma, los comerciantes eran comúnmente extranjeros y aquí reside, por otra parte, la explicación del continuo crecimiento de la colonia judía desde la época de César. Los negociadores romanos no eran comerciantes, sino usureros que saqueaban las provincias[43] En el imperio romano, el desarrollo del comercio debe atribuirse sobre todo a la creciente ansia de lujo de las clases dirigentes de Roma. Estrabón explica así el gran desarrollo del mercado de Delos: "¿En qué se originaba este incremento del comercio? En que los romanos, enriquecidos por la destrucción de Cartago y de Corinto habíanse acostumbrado a servirse de muy grande número de esclavos"[44].

Lo mismo ocurría con la industria. La industria romana dependía sobre todo de la demanda de lujo de la aristocracia. Tenney Frank, luego de resaltar que durante el siglo IV antes de la era cristiana no se produjo ningún progreso apreciable en el dominio industrial, añade que en los dos siglos siguientes no se registró cambie alguno en la naturaleza de la producción industrial de Roma, "que sin duda la cantidad de objetos fabricados aumenta en razón de crecimiento de la ciudad, pero de ello no resultó exportación alguna y la única evolución visible fue la sustitución del trabajo libre por el servil"[45].

Incluso autores que consideran a Italia como país productor en la época republicana, admiten que deja de serlo en el período imperial. "Italia es cada vez menos un país productor... Varias industrias prósperas a fines del período republicano, están en decadencia... De este modo, el comercio entre Italia y Oriente se hacía en un solo sentido y todavía pasaba cada vez más a manos de los asiáticos alejandrinos y sirios"[46].

42 Idem: pág. 118 y 261.
43 Idem: pág. 118 y 261.
44 Estrabón: *Geografía*, III. p. 167.
45 Toutain: o. c., p. 300. Toutain no comparte esta opinión.
46 Jean Hartzfeld: *Les traficants italiens dans l'Orient Héllenique.*

Italia vivía así sólo de explotar a las provincias. La pequeña propiedad, fuente de fuerza romana, fue sustituida progresivamente por vastos dominios destinados al lujo de los aristócratas romanos y en donde predominaba el trabajo de los esclavos[47]. Todo el mundo conoce la sentencia de Plinio: "*Latifundia perdidere Italiam*".

Cada vez más, el esclavo se va convirtiendo en objeto de lujo en lugar de ayudar a la producción[48]. Horacio, en una de sus sátiras, decía que lo menos diez esclavos hacían falta a un hombre que mereciera tal nombre. Efectivamente, millares de esclavos trabajaban en los vastos "Latifundia". En los dominios de Trísculo y de Tîbur, sobre las riberas de Terracina y de Faïa, en donde los antiguos colonos latinos sembraban y cosechaban, elevábanse ahora, en medio de un vacío esplendor, las villas de nobles romanos; algunas cubrían el espacio de una ciudad de mediano tamaño, con sus jardines, acueductos, viveros de agua dulce y salada para la conservación y multiplicación de los peces de mar y agua dulce, cotos de liebres, conejos, ciervos, corzos, jabalíes y pajareras para faisanes y pavos reales[49].

A medida que el trabajo libre era sustituido por el trabajo servil, transformábase Italia en un inmenso centro de despilfarro de las riquezas extraídas de todo el Imperio.

Terribles impuestos arruinaban las provincias; los costosos y frecuentes armamentos marítimos, las defensas costeras para reprimir la piratería, la obligación de contribuir para las obras de arte, los combates del circo u otras absurdas exigencias de lujo de los romanos para el teatro y la caza, eran casi tan frecuentes como opresivas e incalculables. Una sola circunstancia puede mostrarnos hasta donde llegaron las cosas. Durante los años de la administración de Cayo Verres, en Sicilia, el número de arrendatarios de Leontini disminuyó de 84 a 32; en Motya, de 187 a 86; en Herbita, de 252 a 120; en Argyrium, de 250 a 80; de modo que en los cuatro distritos más fértiles de Sicilia, el 59% de los propietarios preferían dejar baldíos

47 "En la época de Augusto, la desaparición de los campesinos era motivo de constante preocupación en los círculos dirigentes". Rostovtzeff: *Gegellschaft und Wirtschaft im Roemischen Reich*, p. 56.
48 K. Kautsky: *De Corsprong von het Christendom*, p. 359.
49 Mommsen: *Histoire romaine*, tomo VII.

sus campos que cultivarlos bajo ese régimen. "En los Estados clientes, las formas del impuesto eran algo diferente pero la carga todavía más pesada, si es posible, en razón de que a las exacciones romanas se sumaban las de los naturales"[50].

El capitalismo romano, en la medida en que el término capitalismo fuese aplicable, era esencialmente especulativo y no tenía ninguna relación con el desarrollo de las fuerzas productivas.[51]

El comercio y la banca de Roma semejaban una empresa de pillaje organizado. "Pero todavía peor, si es posible, y aun menos sujeto a control, era el mal causado por los intendentes de Italia a los desdichados provincianos. Las partes más productivas de la propiedad rural y todos los negocios comerciales y monetarios se concentraban en su manos... Florecía la usura más que nunca. Todas las ciudades —dice un tratado publicado en 684 (70)— están arruinadas. Ello resulta patente en el caso de España y Galia narbonesa, las provincias que económicamente estaban en igual situación. En Asia Menor, ciudades como Samos y Halicarnaso encontrábanse vacías: la esclavitud parecía un paraíso, comparada con los tormentos bajo los cuales sucumbían los provincianos libres. Hasta los sufridos asiáticos, según las descripciones de los estadistas romanos, estaban cansados de vivir". "Los hombres de Estado romanos convenían pública y francamente que el nombre de romano era increíblemente odiado en toda Grecia y Asia".[52]

Es natural que este sistema de parasitismo y pillaje no pudiera prolongarse indefinidamente. La fuente de riqueza donde abrevaba Roma se agotó.

Mucho antes de que cayese Roma, verifícase un continuo relajamiento del comercio. La base para el pillaje se estrechaba a medida que Roma vaciaba de su sustancia a los países conquistados.

La disminución de la producción de cereales, sobre todo del trigo, mientras que la vid y el olivo conquistaban vastos dominios en el Este y el Oeste, constituye un índice alarmante de esa situación.

Los artículos de lujo eliminan a los productos indispensables pa-

[50] Mommsen: *Histoire romaine*, o. c., tomo VII.
[51] Salvioli: *Der kapitalismus in Altertum*, p. 206.
[52] Mommsen: o. c., tomo VII.

ra la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. "La extensión del cultivo de la vid y del olivo no sólo significaba una agravación de las condiciones económicas para Italia; también podía acarrear la escasez de trigo y el hambre en todo el imperio[53]. Vanamente tratará Trajano de conjurar este peligro obligando a los senadores a adquirir tierras en Italia. Sus sucesores no tendrán más suerte. El lujo aniquila la producción. "Pronto las soberbias mansiones no dejarán tierras para el arado del labrador", se lamenta Horacio.

En el siglo III, se completa la decadencia comercial. Se interrumpen las relaciones con los países lejanos. "No se han encontrado monedas romanas en el siglo II en la India"[54], lo cual comprueba una interrupción del intercambio entre Roma y la India. La decadencia de la agricultura egipcia era tan pronunciada en el siglo II que fue necesario renunciar a una parte de los tributos de trigo de esta provincia, otrora tan rica. Fue menester reemplazar las entregas egipcias por provisiones de trigo de la provincia de Agrica (actuamente Algeria y Túnez)[55]. Commodius tuvo que armar una flotilla destinada al transporte del trigo proveniente de esa provincia.

Hemos visto que en el imperio romano el comercio se basaba principalmente en el consumo de las clases ricas de Roma. ¿Es de extrañar que al agotamiento de las provincias sucediese la decadencia comercial? Cada vez más los emperadores romanos deben recurrir a requisiciones en especie, que por otra parte, sólo agravan el mal que sufren las provincias. "Las requisiciones se multiplican: el trigo, las pieles, la madera y los animales domésticos debían entregarse, y el pago era muy irregular, cuando podía contarse con él"[56].

La economía puramente natural, productora exclusiva de valores de uso substituye lentamente al cambio de productos. "Mientras la paz romana, no hacía mucho, tenía como consecuencia el cambio regular de las cosas y la nivelación de las condiciones de vida entre las distintas regiones del imperio, cada país, durante la a-

53 Rostovtzeff: o. c., I, p. 165.
54 Idem, II, p. 180.
55 Wilhem Schubart: *Aegypten von Alexander dem Grossen bis auf Mahommed*, p. 67.
56 Rostovtzeff: o. c., II, p. 135.

narquía del siglo II, vése condenado a menudo a bastarse a sí mismo, a duras penas y pobremente"[57].

Se ha intentado explicar el paulatino reemplazo de la esclavitud por el colonato, ya por falta de energía de los propietarios, ya por la escasez de esclavos debida a la terminación de las guerras exteriores. Probablemente la razón esencial estriba en la ruina gradual de las colonias y en el cese de los arribos de productos. "Los grandes propietarios, constreñidos cada vez más a vivir sólo del producto de sus tierras, tienen interés en reemplazar el trabajo de los esclavos, relativamente poco productivo, por el sistema del colonato, que se asemeja al sistema de la servidumbre que se desarrollará en la Edad Media. El colono debe a su amo todo aquello que el villano deberá a su señor"[58]. Cada vez más se acrecienta el poder de los propietarios rurales que a menudo disponen de enormes extensiones de tierra. En Egipto, en el siglo V, los campesinos les estarán sometidos por completo. La administración estatal pasa enteramente a sus manos[59].

Es, pues, ciertamente inexacto considerar la economía natural que dominará en la época carolingia como resultado del naufragio del imperio romano y de la destrucción de la unidad económica mediterránea[60]. Indudablemente, las invasiones bárbaras jugaron

57 Albertini: *L'empire romaine*, p. 306.

58 Lavisse: *Histoire generale du IV siècle a nos jours*, I, p. 16.

59 Schubart: *Aegypten von Alexander dem Grossen bis aud Mahommed*, p. 29. (Muy significativa es también la desaparición gradual de la clase de los Caballeros, la clase de los "capitalistas" romanos).

60 "La organización dominial, tal como aparece a partir del siglo IX, es entonces el resultado de circunstancias exteriores; nada se nota en ella que denuncie una transformación orgánica. Esto equivale a decir que se trata de un fenómeno anormal". "El imperio francés pondrá las bases de la Europa medioeval. Pero la misión que cumplió tuvo como condición esencial la transformación del orden tradicional del mundo; nada la hubiese reclamado si la evolución histórica no hubiese sido desviada de su curso y, por así decir, sacada de quicio, por la invasión musulmana. Sin el Islam, el imperio franco indudablemente jamás hubiese existido y Carlomagno, sin Mahoma, sería inconcebible". Pirenne: *Les villes du moyen age*. Para Pirenne, la economía feudal resulta, por tanto, de la destrucción de la unidad mediterránea provocada principalmente por la invasión musulmana.

un papel muy importante en la decadencia del comercio antiguo y en el desarrollo de la economía feudal. Pero la declinación económica del imperio romano comenzó muy anteriormente a la caída de Roma y varios siglos antes de la invasión. Otro índice muy importante de la evolución hacia la economía natural lo constituye la alteración monetaria iniciada ya bajo la dominación de Nerón[61]. El cobre reemplaza cada vez más al oro y a la plata. En el siglo II, falta casi totalmente el oro[62].

El desarrollo de la economía natural, es decir, de la economía esencialmente productora de valores de uso, está, pues, lejos de constituir un "fenómeno anormal", como lo pretende Pirenne. El imperio romano fue arruinado económicamente antes de serlo políticamente; su quebrantamiento político fue posible sólo a causa de su declinación económica. El caos político del siglo III, así como la invasión bárbara, encuentran precisamente su única explicación en la decadencia económica del imperio romano.

A medida que las provincias se arruinan, que cesa el intenso tráfico de mercaderías y se verifica un retroceso a la economía natural, la misma existencia del Imperio pierde todo su valor para las clases dominantes. Cada país, cada región, se repliegan sobre sí mismos. Con su inmensa administración y su ejército tan costoso, el Imperio se convierte en un tumor maligno cuyo peso insoportable gravita sobre todas las clases. Los impuestos devoran la sustancia de los pueblos. Durante el reinado de Marco Aurelio, cuando los soldados, luego de sus grandes triunfos contra los marcomanos, pidieron se aumentase su paga, el Emperador les dio esta significativa respuesta: "Todo lo que recibiréis por encima de vuestro sueldo habitual hubiese debido descontarse previamente de la sangre de vuestros padres".

El Tesoro estaba agotado. Para mantener el aparato administrativo y el ejército, era preciso recurrir a las fortunas privadas. Mientras las clases inferiores no cesan de rebelarse, las clases acaudaladas se apartan del Imperio que las arruina. La aristocracia que aniquiló económicamente al Imperio es ahora arruinada por el Imperio.

61 Rostovtzeff: o. c., I, p. 125.
62 Salvioli: *Le capitalisme antique.*

"Diariamente, uno podía ver personas que todavía ayer figuraban entre los más ricos, tomar el bastón de mendigo", decía Herodiano. El vandalismo de la soldadesca crecía de continuo. No sólo la avidez empujábalos al despojo de los habitantes; el empobrecimiento de las provincias y el mal estado de los medios de transporte, que creaban dificultades para el aprovisionamiento de los ejércitos, obligaba a los soldados a usar de la violencia para encontrar lo necesario a su subsistencia. Caracalla, al otorgar la ciudadanía romana a todos los súbditos del imperio, no busca otra cosa que aumentar los ingresos fiscales. Ironía de la historia: todo el mundo se hizo romano cuando Roma ya no era nada.

Las exacciones de la administración romana y los excesos de la soldadesca incitaban a todos los habitantes del Imperio a desear su destrucción. "La estadía de los soldados tenía consecuencias catastróficas. La población de Siria prefería la ocupación del país por los partos"[63]. Cada día el gobierno romano parecía más odioso a sus súbditos... La severa inquisición de Valentiniano, que confiscaba sus bienes y a menudo los torturaba, determinó que sus súbditos prefiriesen la tiranía menos complicada de los bárbaros. Repulsaban horrorizados el nombre de ciudadanos romanos que sus antecesores tanto respetaban y envidiaban [64]. El escritor cristiano Salviano decía en *De Gubernatione Dei:* "Gran parte de Galia y España pertenecen ya a los godos y todos los romanos anhelan sólo una cosa: no caer nuevamente bajo el dominio de Roma. Me extrañaría que todos los pobres y menesterosos no hubiesen huído ya al país de los bárbaros, a no ser porque no pueden abandonar sus hogares. Y nosotros, romanos, nos asombramos de no poder vencer a los godos, cuando preferimos vivir con ellos".

Lejos de constituir un fenómeno "anormal", la invasión de los bárbaros era el normal corolario de la decadencia económica y política imperial. Probablemente, sin invasiones hubiérase desintegrado el Imperio. "Uno de los caracteres más importantes del desarrollo interno del Asia Menor y de Siria es el retorno progresivo del feudalismo....La rebelión de los isaurianos en Asia Menor, constituye el

63 Rostovtzeff: o. c., II, p. 85.
64 Gibbon: *Decadencia y caída del Imperio romano*, p. 840.

síntoma de la tendencia a formar Estados independientes"[65]. Asimismo, la tentativa de crear un Imperio galo-romano independiente y los intentos de separación, prueban cuán poco sólida era la armazón imperial. Los bárbaros sólo asestaron el golpe de gracia al tambaleante edificio del Estado romano.

La causa esencial de la decadencia del Imperio romano debe buscarse en la contradicción entre el lujo creciente de las clases dominantes, entre el acrecentamiento incesante de la plusvalía y la inmutabilidad del modo de producción. Durante todo el período romano, se registran muy pocos progresos en el dominio de la producción. Las herramientas de cultivo conservaron su forma primitiva. "Los ejemplares de arado, pala, azada, pico, horquilla, guadaña, hoz podadera que han llegado hasta nosotros, son los mismos de una generación a las siguientes"[66]. El lujo creciente de la aristocracia romana y los gastos de la administración imperial se solventaban mediante la desaforada explotación de las provincias, lo cual determinó el descalabro económico, la despoblación y el agotamiento del suelo [67]. Al revés del mundo capitalista, que sucumbirá por la plétora (relativa) de los medios de producción, el mundo romano perece por su insuficiencia.

Las reformas de Diocleciano y de Constantino tienden a asentar el imperio romano en la economía natural. "El Estado se basa ahora sobre el campo de sus habitantes[68]. El campesino fue encadenado a su pedazo de tierra. Todo propietario rural debió responsabilizarse de su dominio y del número de colonos en él afincados; sobre esta base fijose el nuevo impuesto. "Las reformas de Diocleciano en materia impositiva y los edictos de los emperadores que le sucedieron convirtieron al colono en siervo encadenado a sus amos y a su tierra"[69]. Lo mismo ocurrió con otras capas de la población: pequeños propietarios, artesanos y comerciantes, fueron todos sujetos al lugar de su residencia y a su profesión. La época de Constantino

65 Rostovtzeff: o. c., II, p. 141.
66 Toutain: o. c., p. 363.
67 Algunos autores ven en la despoblación y en el agotamiento del suelo las causas esenciales de la decadencia del imperio.
68 Rostovtzeff: o. c., II, p. 213.
69 Rostovtzeff: o. c., II, p. 232.

es la del poderío ilimitado de los grandes propietarios rurales, indiscutidos amos de vastos y principescos dominios. Cada vez más la aristocracia abandona las ciudades, que decaen, y se refugia en las suntuosas villas campestres en donde mora rodeada de sus clientes y siervos.

Las reformas de Diocleciano y de Constantino constituyen tentativas de adaptar el Imperio a la economía natural. Pero hemos visto que sobre esta base el Imperio no tenía ya ninguna justificación. Nada, salvo la tiranía, ligaba ya a sus distintas partes. Y si desde el punto de vista económico y social Constantino inaugura una nueva época histórica, simbolizada por la adopción del cristianismo, políticamente da comienzo al último acto de la historia del Imperio romano.

Judaísmo y cristianismo

La situación lograda por los judíos en la época helenística parece no haber variado fundamentalmente después de la conquista romana. Los privilegios que les otorgaban las leyes helenísticas fueron confirmados por los emperadores romanos. "Gozaban los judíos de una condición privilegiada en el Imperio romano"[70]. Que sólo en Alejandría viviese cerca de un millón de judíos, es un hecho que basta para caracterizar su papel primordialmente comercial en la Dispersión, en la cual se contaba en tres millones y medio los judíos varones, siglos antes de la toma de Jerusalén, mientras que apenas un millón continuaba habitando Palestina. "Alejandría, en Egipto, bajo los emperadores romanos, fue lo que Tiro en la época del esplendor comercial fenicio... Durante el reinado de los Ptolomeos se realizó un tráfico directo entre Egipto y la India. Desde Tebas, las caravanas se dirigían a Meroc, en la Alta Nubia, cuyos mercados asimismo frecuentaban las caravanas provenientes del interior de Africa. Una flota romana iba hasta la desembocadura del Nilo para recoger los objetos preciosos y distribuirlos por el Imperio"[71].

De cinco barrios que tenía Alejandría, dos estaban habitados

70 Jacques Zeiler: *L'empire romaine el l'Eglise*, p. 23.
71 G.B. Depping: *Histoire du Commerce du Levant.*

por los judíos[72]. Su papel en Alejandría era tan importante que un judío, Tibertus Julius Alexander, fue nombrado gobernador romano de esta ciudad.

Culturalmente, estos judíos alejandrinos estaban completamente asimilados y sólo comprendían el griego. Fue para ellos que los libros religiosos hebreos debieron traducirse a ese idioma. Comunidades semejantes a la alejandrina hallábanse diseminadas en todos los centros comerciales del Imperio. Los judíos se esparcieron por Italia, Galia y España. Jerusalén seguía siendo el centro religioso del judaísmo diaspórico. "Los sucesores de David y Salomón apenas teníán más significación para los judíos de esa época que Jerusalén para los de nuestro tiempo. La nación encontraba, sin duda, para su unidad religiosa y cultural, un punto convergente en el pequeño reino de los Hasmoneos, pero en sí misma consistía no sólo en súbditos de los Hasmoneos, sino en una innumerable multitud de judíos dispersos por todo el Imperio y en el imperio romano. En el interior de las ciudades de Alejandría y de Cirene, formaban los judíos comunidades administrativamente y hasta localmente distintas, más o menos semejantes a los "barrios judíos", pero con una posición más libre y vigiladas por un "señor del pueblo" como juez superior y administrador... Incluso en esta época, era el comercio la principal ocupación judía"[73]. En los libros sibiliamos de la época de los macabeos, dícese que "todos los mares están abarrotados de judíos". "Han ido a casi todas las ciudades y sería difícil encontrar un hogar de la tierra en que no se haya visto esta tribu o que no haya sido dominada por ella", dice Estrabón. "Que en la antigüedad la mayoría de los judíos se ocupaban del comercio, es un axioma para los economistas"[74].

Jerusalén era una grande y rica ciudad de 200.000 habitantes, cuya importancia fincaba sobre todo en su templo. Los habitantes de la ciudad santa y de sus aledaños vivían principalmente de la multitud de peregrinos que afluían a ella. Conviertióse Dios para los judíos palestinences, en un medio importante de asegurar su

[72] Schubart: o. c., p. 23.
[73] Mommsen: *Histoire romaine*, tomo VII.
[74] Kautsky: *De corsprong von het Christendom*, p. 223.

subsistencia[75]. No sólo los sacerdotes, también los innumerables tenderos, cambistas de moneda y artesanos vivían de Jehová; inclusive los labradores y pescadores de Galicia encontraban mercado para sus productos en Jerusalén. Sería falsa creencia la de que Palestina estaba íntegramente habitada por los judíos. En el norte, había varias ciudades griegas. "Casi todo el resto de Judea se nos presenta fraccionada entre tribus mezcladas de egipcios, árabes y fenicios", dice Estrabón.

El proselitismo judío alcanza proporciones cada vez más importantes hacia el comienzo de la era cristiana. "Para muchos, fue ciertamente tentador formar parte de una asociación comercial tan floreciente como extendida"[76]. Ya en el año 139 a. J. C. destiérrase a los judíos de Roma por haber reclutado prosélitos. En Antioquía, la mayor parte de la comunidad judía estaba compuesta de conversos.

La posición económica y social de los judíos en la Diáspora fue la que posibilitó, aún antes de la caída de Jerusalén, su cohesión religiosa y nacional. Pero aunque sea evidente que la mayoría de los judíos desempeñan un papel comercial en el imperio romano, no debe creerse por ello que todos sean ricos comerciantes o empresarios; por el contrario, la mayoría de los judíos se compone realmente de personas de humilde condición, de las que una parte obtiene sus medios de vida, directa o indirectamente, del comercio: buhoneros, descargadores, artesanos, etc... Esta multitud humilde es la primera a quien golpea la decadencia del imperio romano y la que más sufre las exacciones. Concentrada en grandes masas en las ciudades, posee mayor capacidad de resistencia que los campesinos dispersos por la campaña; también es mucho más conciente de sus intereses. Por ello, la población judía de las grandes ciudades será fuente perenne de tumultos y motines dirigidos tanto contra Roma como contra los ricos.

Se ha convertido en una tradición hacer de la sublevación judía del 70 una gran "Insurrección nacional". Sin embargo, si bien esta sublevación dirigióse contra las insoportables exacciones de los pro-

[75] Estrabón: *Geographie,* III, 344.
[76] Kautsky: o. c., p. 220.

curadores romanos, era también resueltamente hostil a las clases ricas nativas. Todos los aristócratas se declararon contra la revuelta. El rey Agripa y los demás miembros de las clases acaudaladas utilizaron todos los medios para sofocar el incendio. Fue preciso que los celadores[77] *, hiciesen una matanza con esta "gente de bien" antes de poder atacar a los romanos. El rey Agripa y Berenice, después del fracaso de sus esfuerzos de "conciliación", se encontraron no del lado de los insurrectos sino de los romanos. Los miembros de las clases dirigentes que como Flavio Josefo habían aparentado ayudar a los revolucionarios, se dieron prisa en traicionarlos vergonzosamente. Por otra parte, la revuelta en Judea no fue la única de su género. Varias insurrecciones estallaron en las ciudades griegas durante el reinado de Vespaciano. Tan intensa agitación social realizaban los "filósofos cínicos" que Vespaciano debió expulsarlos de las ciudades. Los alejandrinos también demostraban sus sentimientos hostiles a Vespasiano. "El ejemplo de la Bitinia y los desórdenes en Alejandría, durante el reinado de Trajano, revelan que la lucha de clases jamás cesó en Asia Menor y en Egipto"[78 / 79].

Pero no se limita la conmoción social a las multitudes urbanas, las más afectadas, sin embargo, por la creciente decadencia de la vida económica; también las masas campesinas comienzan a agitarse. Ya es muy mala la condición de los campesinos durante los siglos I y II. "La situación de los colonos se agrava cada vez más en Egipto. Las condiciones de vida de la población egipcia eran muy inferiores al nivel medio. El impuesto era abrumador y el modo de percibirlo brutal y oneroso"[80].

Durante el reinado de Marco Aurelio, el descontento se propaga a todas las provincias. España se rehusa a proporcionar soldados; la Galicia está llena de desertores. Las revueltas se extienden en España, en Galia, en Africa. En una petición al emperador Cómodo, los

77 *Secta judía de Jerusalén en tiempos de Tito.– Nota del traductor.
78 Rostovtzeff: o. c., p. 99.
79 "En Mesopotamia, en Palestina, en Egipto y en la Cirenaica, estallaron sangrientas y peligrosas insurrecciones judías después de la muerte de Trajano. La Cirenaica sufrió grandes desvastaciones". Rostovtzfeld, o. c. II, p. 76.
80 Rostovtzeff: o. c., II, p. 64.

pequeños colonos africanos dicen: "Huiremos a un lugar donde podamos vivir como hombres libres". Durante el reinado de Septimio Severo, el bandidaje cobra proporciones inauditas. Bandas "heimatalos" —sin hogar— asolan diversas partes del Imperio. En una súplica recientemente encontrada, los pequeños colonos de Lidia, en Asia Menor, se dirigen en estos términos a Septimio Severo: "Cuando los recaudadores de impuestos del Emperador aparecen en los pueblos, nada llevan de bueno; atormentan a los habitantes con requisiciones insoportables y multas..." Otras súplicas resaltan la brutalidad y arbitrariedad de estos mismos empleados.

La miseria de las masas urbanas y rurales ofrece un fértil terreno para la propagación del cristianismo. Rostovtzeff tiene razón cuando ve una vinculación entre las revueltas judías y las revueltas populares en Egipto y en Cirenaica durante el reinado de Trajano y de Adriano[81]. En las capas pobres de las grandes ciudades de la Diáspora es donde se expande el cristianismo. "La primera comunidad comunista mesiánica se encontraba en Jerusalén, pero muy pronto se fundaron comunidades similares en las demás ciudades habitadas por un proletariado judío"[82]."Los establecimientos más antiguos del comercio terrestre y marítimo de los fenicios, fueron también los asientos más antiguos del cristianismo"[83]. En la medida en que a las insurrecciones judías siguen insurrecciones de capas populares no judaicas, la religión comunista judía se extiende rápidamente entre las multitudes paganas.

La comunidad cristiana primitiva no se formó en el seno del judaísmo ortodoxo; hallábase en estrecha relación con las sectas heréticas[84]. Estaba bajo el influjo de los esenios, secta comunista judía "que —dice Filón— carece de propiedades, casas, esclavos, tierra o ganado".

Practican la agricultura y el comercio está prohibido. Debe considerarse al cristianismo, en sus comienzos, como una reunión de las masas trabajadoras del pueblo judío contra la dominación

81 Rostovtzeff: o. c., II, p. 65.
82 Kautsky: o. c., p. 330.
83 Movers: *Les pheniciens*, p. 1.
84 Hoolscher: *Urgemeinde und Spatjudentum*, p. 26.

de las ricas clases comerciales. Jesús, echando a los mercaderes del Templo, expresa el odio de las masas populares judías contra sus opresores, su hostilidad contra el papel predominante de los ricos comerciantes. Al principio, los cristianos constituyen pequeñas comunidades sin gran importancia. Pero durante el siglo II, época de la gran miseria del imperio romano, llegan a convertirse en un partido sumamente poderoso. "En el siglo III la Iglesia se reforzó de una manera extraordinaria". "En el siglo III, los testimonios del cristianismo se multiplican en Alejandría"[85].

El carácter popular y antiplutocrático del cristianismo primitivo es indiscutible. "Felices los pobres pues el reino de Dios les pertenece. Felices vosotros, los hambrientos, pues vuestra hambre será saciada..." "Pero desdichados de vosotros, los ricos. Desdichados los que están hartos, pues tendréis hambre", dice el Evangelio de San Lucas. La Epístola de San Juan lo corrobora: "Y ahora, ricos, llorad, lanzad lamentos por las miserias que os esperan. Vuestras riquezas se han convertido en podredumbre y vuestras vestimentas las han comido los gusanos. Vuestro oro y dinero han enmohecido y el moho será un testimonio contra vosotros y os devorará vuestras carnes como un fuego... El salario de los obreros que han cosechado vuestros campos y a quienes habéis defraudado, eleva la voz y su clamor ha llegado hasta el Señor Sabacth".

Pero con el rápido desarrollo del cristianismo, sus dirigentes tratan de embotar su filo antiplutocrático. El Evangelio de San Mateo muestra el cambio producido. Dice: "Felices los pobres de *espíritu*, pues el reino de los cielos os pertenece. Felices quienes tienen sed *de justicia*, ellos serán saciados". Los pobres se han transformado en *pobres de espíritu*; el reino de Dios no es más que el reino de los cielos; los hambrientos no tienen más que *sed de justicia*. La religión revolucionaria de las masas populares se convierte en religión consoladora de esas mismas masas. Kautsky compara este fenómeno con el revisionismo social-demócrata. Más justo sería comparar esta evolución con el fenómeno fascista que conocemos actualmente. El fascismo también procura servirse del "socialismo" para apuntalar el reino del capital financiero. No vacila ante las falsifica-

85 Schubart: o. c., p. 97. Rostovtzeff: o. c., II, p. 232.

ciones más desvergonzadas para engañar a las masas, para presentar el reinado de los magnates de la industria pesada como el "reinado del trabajo".

Sin embargo, la "revolución fascista" tiene también cierto contenido económico y social. Cierra definitivamente la época liberal e inaugura la época de la dominación completa del capital monopolista, antinomia del capitalismo de la libre competencia. Asimismo, no basta decir que el cristianismo se transformó en un instrumento de engaño de las clases pobres. Convirtióse en la ideología de la clase de los propietarios rurales que se apoderó del poder absoluto bajo Constantino, en coincidencia con el triunfo completo de la economía natural. Simultáneamente con el cristianismo, se extiende la economía feudal por toda Europa.

Es ciertamente erróneo hacer responsable al cristianismo de la caída del Imperio. Pero él proveyó la armadura ideológica de las clases que se irguieron sobre sus ruinas. "El clero de Oriente y de Occidente condenaba hasta el más insignificante préstamo a interés"[86]. Tomaba así en sus manos los intereses de la nueva clase poseedora, cuyas riquezas provenían únicamente de la tierra. La causa esencial del fracaso del cristianismo "proletario" y del triunfo del cristianismo "fascista", debe buscarse en el escaso desarrollo de la producción de esa época. Las condiciones económicas no estaban todavía maduras para el triunfo del comunismo. Las luchas de clases de los siglos II y III no condujeron a ningún resultado positivo a las masas populares[87].

No significa ésto que las clases pobres aceptasen sin resistencia el triunfo del catolicismo. El florecimiento de las herejías constituye la mejor prueba de lo contrario. La Iglesia oficial perseguía con tanto furor esas herejías, porque representaban, al menos parcialmente, los intereses de las clases pobres. Escribe un autor del siglo IV sobre Constantinopla: "Esta ciudad está llena de esclavos y de arte-

[86] Gibbon: o. c., tomo II, p. 197.

[87] Fueron la manifestación de la decadencia de la economía romana. Pero las clases inferiores no estaban en condiciones de elevarse hasta el poder. Una nueva clase poseedora se sirvió de su ideología para imponerse. Era menester un cambio; se hizo para su exclusivo provecho. Lo mismo, "mutatis mutandis", ocurrió con la "revolución fascista".

sanos que son profundos teólogos y predican en los negocios y en las calles. Pedid a un hombre que os cambie una pieza de plata y os enseñará en que difiere el Hijo del Padre. Preguntad a otro el precio de un pan y os contestará que El Hijo es inferior al Padre. Tratad de informaros si el baño ya está listo y se os dirá que el Hijo fue creado de la nada".

Como hemos visto, el cristianismo, fue inicialmente la ideología de las masas judías pobres. Las primeras iglesias se constituyeron alrededor de las sinagogas. Los judeo-cristianos tenían su propio evangelio, conocido como el Evangelio según los hebreos. Pero probablemente, los judeo-cristianos se confundieron bastante rápidamente con la gran comunidad cristiana; asimiláronse con la gran masa de conversos.

Desde el siglo II, época de la gran expansión cristiana, no se oye hablar más de la comunidad judía de Alejandría. Probablemente la mayor parte de los judíos alejandrinos ingresaron al regazo de la Iglesia[88]. La Iglesia alejandrina adquiere durante algún tiempo la hegemonía en el seno de la nueva religión: en el concilio de Nicea da la pauta a las demás comunidades cristianas.

Pero si las capas campesinas del judaísmo abrazaron ardientemente las enseñanzas de Jesús, no ocurrió así con sus clases dominantes y comerciantes que, contrariamente, persiguieron con saña la religión comunista primitiva. Cuando el cristianismo se convirtió posteriormente en religión de los grandes propietarios y sus tendencias antiplutocráticas iniciales apuntaron sólo al comercio y la usura, evidentemente, tampoco la oposición de las clases judías elevadas perdió entonces nada de su agudeza. Por el contrario: el judaísmo se tornó cada vez más conciente de su rol propio. No obstante, la decadencia del Imperio, el papel del comercio estuvo lejos de concluir. Las clases dominantes siempre han menester de los artículos de lujo orientales. Si los judíos desempeñaban ya en épocas anteriores un importante papel en el comercio, se convierten ahora en los únicos intermediarios entre Oriente y Occidente. Cada vez más, judío se vuelve sinónimo de comerciante.

El triunfo de la economía natural y del cristianismo permite,

88 Schubart: o. c., p. 46.

pues, rematar el proceso selectivo que transforma a los judíos en clase comercial. Hacia fin del Imperio Romano, existen todavía es verdad, grupos de judíos cuya principal ocupación es la agricultura y la ganadería: en Arabia, Babilonia y Africa septentrional. Los judíos no han desaparecido, ni mucho menos, de Palestina. Opuestamente a la opinión de los historiadores e ideólogos idealistas, los judíos palestinos no fueron dispersados a los cuatro vientos por los romanos. Hemos visto que la Diáspora tuvo otras causas. En 484, los emperadores tuvieron muchas dificultades para reprimir una violenta revuelta de los campesinos samaritanos. Al comienzo del siglo VII, los judíos se lanzan sobre Tiro y hacen una matanza con su población[89]. En 614, los batallones judíos de Tiberíades, de Nazareth y de Galilea, ayudaron al rey persa a conquistar Jerusalén y exterminar a gran cantidad de sus habitantes. Todavía en tiempos de la invasión musulmana constituían los judíos, según Caro, el grueso de la población palestina[90]. La conquista musulmana producirá aquí efectos similares a los que tuvo en todos los países conquistados.

La población sometida se confunde progresivamente con los conquistadores. Así como Egipto perdió completamente su carácter propio durante la dominación mahometana, Palestina fue despojada definitivamente de su carácter judío. Todavía hoy algunos ritos de los campesinos árabes de Palestina recuerdan su origen judío. También en otros países, los grupos de agricultores o de pastores judíos sufren una intensa presión asimilacionista y sucumben tarde o temprano; ese es el fenómeno esencial cada vez más perceptible por la evolución histórica. Unicamente las numerosas comunidades judías de carácter netamente comercial en Italia, Galia, Germania, etc...., se revelan capaces de resistir todas las tentativas de asimilación. ¿Qué resta de las tribus judías pastoriles de Arabia, de los agricultores judíos del Africa septentrional? Nada, salvo leyendas. Por lo contrario, las colonias comerciales de Galia, España y Germania, se desarrollan y expanden.

No es posible, por tanto, decir que los judíos se han conservado

89 Samuel Krauss: *Studien zur byzantish-judichen Geschitche.*
90 Caro: *Sozial und Wirtschaftgeschicht der Juden.*

a pesar, de su dispersión, sino precisamente *a causa* de ella. De no producirse la Diáspora antes de la caída de Jerusalén, de haber permanecido los judíos en Palestina, ninguna razón habría de creer que su destino hubiese diferido del de todas las naciones antiguas. Los judíos, igual que los romanos, griegos y egipcios, se habrían mezclado con las naciones conquistadoras y adoptado su religión y costumbres. Si, inclusive, los actuales habitantes de Palestina hubiesen seguido usando el nombre de judíos, tendrían tanto en común con los antiguos hebreos como los actuales habitantes de Egipto, de Siria y de Grecia con sus antecesores de la antigüedad. Todos los pueblos del imperio romano fueron arrastrados con su derrumbe. Unicamente se conservaron los judíos, porque continuaron llevando en el mundo bárbaro que sucedió a Roma, los vestigios del desarrollo comercial que caracterizó al mundo antiguo. Después que el mundo mediterráneo se hubo dislocado, ellos continuaron vinculando entre sí sus partes dispersas.

Los judíos después de la caída del Imperio Romano

En la transformación de la nación judía en clase se encuentra, por consiguiente, la causa de la "conservación del judaísmo". En la época de la ruina del Imperio Romano, su papel comercial no deja de cobrar importancia. "Los judíos, si bien ya habían participado en el comercio mundial antes de la caída del Imperio Romano, alcanzaron una mayor prosperidad después de ésta"[91]. Probablemente, los mercaderes sirios de que se habla en esta misma época, fuesen también judíos; esta confusión era frecuente en la antigüedad. Ovidio habla, por ejemplo, del "día poco propicio para los negocios en que reaparece todas las semanas, la fiesta celebrada por los Sirios de Palestina"[92].

91 Bretano: *Eine Geschichte der wirtchaftlichen Entwicklung Englands.*

92 Incluso si estos sirios no son judíos, es un hecho que no se habla más de ellos en la época carolingia. Es posible que se hayan confundido con las comunidades comerciales judías, a menos que hayan desaparecido completamente por otras causas. En la época carolingia, *judío* es perfecto sinónimo de *mercader*.

En el siglo IV, los judíos pertenecían a las capas acomodadas y ricas de la población... Crisóstomo dice que poseen grandes sumas de dinero y que los patriarcas acumulan enormes tesoros. Habla de las riquezas judías como de un hecho familiar para sus contemporáneos[93].

Durante largos siglos, los judíos serán los únicos intermediarios comerciales entre Oriente y Occidente. El centro de la vida judía se desplaza cada vez más a España y Francia. El dueño de las postas árabes de España, Ibn Kordabeh (siglo IX), habla en su libro de las rutas de los judíos radamitas, quienes, dice, "hablan persa, romano, árabe, las lenguas franca, española y eslava. Viajan de Occidente a Oriente y de Oriente a Occidente, ya por tierra, ya por mar. Llevan de Occidente eunucos, esclavas, muchachos, sedas, pieles y espadas. Se embarcan en el país de los francos, sobre el Mar Occidental y se dirigen hacia Parame (Pelusio)... Se encaminan hacia el Sind, India y China. A su regreso, se cargan de almizcle, áloe, alcanfor, canela y otros productos de las regiones orientales. Algunos se hacen a la vela hacia Constantinopla a fin de vender allí sus mercaderías, otros vuelven al país de los francos".

Seguramente los versos de Teodulfo sobre la riqueza de Oriente se relacionan con sus importaciones. España es todavía mencionada en el texto de una fórmula de Luis el Piadoso a propósito del judío Abraham de Zaragoza. Los judíos son, pues, los proveedores de especias y de géneros preciosos. Pero apreciamos por los textos de Agoberto que también venden vino. Se ocupan, en las márgenes del Danubio, del comercio de la sal. En el siglo X, poseen salinas cerca de Nuremberg. También comercian con armas. Explotan además las reliquias de las iglesias. Pero su gran especialidad la constituye el tráfico de esclavos. Algunos son vendidos en el país, pero la mayoría se exporta a España. "Judío" y "Mercader" se convierten en palabras sinónimas[94].

93 Rabino Dr. Lucas: *Histoire des Juifs au IV siecle*. C. Jannet: *Les Grandes Epoques de l'Histoire économique*, p. 137: "En Antioquía, San Juan Crisóstomo describe a los judíos en posesión de las principales posiciones comerciales de la ciudad y haciendo suspender todos los negocios cuando celebran sus fiestas".

94 H. Pirenne: o. c., p. 237.

Así, dice un edicto del rey Luis: "Los mercaderes, o sea los judíos y otros mercaderes de dondequiera que vengan, de éste u otros países, deben pagar un arancel justo, ya sea por esclavos o por otras mercaderías, como se acostumbraba bajo otros reyes"[95]. Según el historiador Brutzkus, el nombre de radamitas con que se conocía a parte de los mercaderes judíos proviene del río Ródano, de donde partían sus barcos. En diversas crónicas, encuéntrase igualmente la designación de "nautae rhodanici".

Indudablemente, en la época carolingia, los judíos eran los principales intermediarios entre Oriente y Occidente. Su posición ya predominante en el comercio cuando declinaba el imperio romano, los preparó bien para este papel. Tratábaselos entonces igual que a ciudadanos romanos. El poeta Rutilus se quejaba de que la nación vencida oprimía a los vencedores[96].

A mediados del siglo IV se habían establecido comercialmente judíos en Tongres y en Tournai. Los obispos mantenían las mejores relaciones con ellos y alentaban mucho su comercio. Sidonius Apolinarius rogaba al obispo de Tournai —en 470— acogerlos favorablemente, pues "esa gente hacía habitualmente buenos negocios"[97].

En el siglo VI, Gregorio de Tours menciona colonias judías en Clermont-Ferrand y en Orleans. Lyon poseía igualmente en esta época una numerosa población de comerciantes judíos[98]. El arzobispo de Lyon, Agobardo, se queja en la *Insolentia Judaeorum*, de que los judíos venden esclavos cristianos a España. El monje Aronius, en el siglo VIII, menciona a un judío que habitaba en el país de los francos, el cual traía cosas preciosas de Palestina[99].

Es evidente que en Francia, durante los primeros siglos del Medioevo, los judíos son esencialmente comerciantes[100]. En Flandes, donde los judíos habitaban desde las invasiones de los normandos y

95 Dr. Julius Brutzkus: *Las relaciones comerciales de los judíos occidentales con Kiev.*

96 Depping: *Les Juifs au moyen age.*

97 Ullman: *Histoire des Juifs en Belgique.*

98 Pirenne: *Les villes au moyen age, p. 313.*

99 Schipper: *Les debuts du capitalisme chez les juifs.*

100 Sée: *Esbozo de una historia económica y social de Francia, p. 91.*

hasta la Primera Cruzada, el comercio se encontraba en sus manos[101]. A fines del siglo IV había en Huy una gran comunidad judía. Los judíos ocupaban allí una posición importante ejercían un floreciente comercio... En 1040, en Lieja, tenían todo el comercio en sus manos (Ullman, o.c.). En España, "todo el comercio exterior era explotado por ellos. Este comercio comprendía sobre todo los artículos del país: vinos, aceites y minerales. Recibían las telas y las especias del Levante. Lo mismo ocurría en las Galias"[102].

Los judíos de Polonia y de la Pequeña Rusia, se dirigían igualmente a Europa occidental para vender esclavos, pieles y sal, y para comprar toda clase de géneros. Leemos en una fuente hebraica del siglo XIX, que los judíos compraban en los mercados renanos grandes cantidades de telas flamencas para cambiarlas en Rusia por pieles. El comercio judío entre Maguncia y Kiev, "la plaza comercial más importante de la llanura del sud" (Pirenne), era muy intenso[103].

Había indudablemente una importante colonia comercial judía en Kiev en esta época, pues en una crónica de 1113 se dice que "para decidir a Monómaco a acudir cuanto antes a Kiev, los habitantes le hicieron saber que la población se aprestaba a saquear a los boyardos y a los judíos"[104].

El viajero árabe Ibrahim al Tartuahi atestigua igualmente la amplitud del comercio judío entre Europa y Oriente. Escribe en 973, al visitar Maguncia: "Maravilla que en un mundo de Occidente tan alejado, encuentre uno tales cantidades de especies provenientes del Oriente más remoto". En los relatos de viaje de los judíos españoles Ben Gurión, Cazvini e Ibrahim Ibn Iakov, del siglo X, se menciona el precio del trigo en Cracovia y en Praga y de las minas de sal pertenecientes a los judíos[105]. Según Gumplowicz, o.c., los judíos eran los únicos intermediarios entre las costas del Báltico y Asia. Un vie-

[101] Verhoeven: *Allgemeine Inleiding tot de Belgische Historie,* citado por Ullman, o. c.
[102] Bédarride: *Les Juifs en France, en Italie, en Espagne,* p. 53.
[103] Brutzkus: o. c.
[104] Brutzkus: o. c.
[105] Schipper: *Les debuts du capitalisme chez les juifs.*

jo documento caracteriza así a los kazares, pueblo mongol del mar Caspio convertido al judaísmo: "No tienen esclavos de la tierra porque todo lo compran por medio del dinero"[106]. Itil, la capital de los kazares, era un gran centro comercial de donde partía el tráfico de mercancías que terminaba en Maguncia.

Cuenta el converso Herman en un escrito autobiográfico, que cuando todavía era judío, a la edad de 20 años —más o menos en 1127—, viajaba regularmente de Colonia a Maguncia para ocuparse de negocios, pues "todos los judíos se ocupan del comercio" (siquidem omnes judaei negotiationi inserviunt).

Las palabras de R. Elieser Ben Natan son también características para la época: "El comercio: he aquí nuestro principal medio de vida"[107].

Los judíos constituyen "la única clase cuya subsistencia se debe al comercio. Son al mismo tiempo, por el contacto que conservan entre sí, el único vínculo que subsiste entre Oriente y Occidente"[108].

La situación de los judíos en la primera mitad de la Edad Media es por consiguiente favorable en extremo. Los judíos son considerados como parte de las clases superiores de la sociedad y su situación jurídica no se aleja sensiblemente de la que tenía, la nobleza. Durante el reinado de Carlos el Calvo el Edictum Pistense castiga con el látigo la venta de oro o de plata impuros cuando se trata de siervos o vasallos sujetos a trabajos no remunerados, y con una multa en dinero cuando se trata de judíos u hombres libres[109]. "Los judíos cumplían entonces un papel que respondía a una urgente necesidad económica que nadie sino ellos podían satisfacer: la profe-

[106]Brutzkus: *Histoire des juifs montagnards au Caucase*, "Escritos Históricos" del Instituto Científico Judío.

[107]Schipper: o. c., tomo II, p. 45.

[108]Pirenne: o. c.

[109]Los judíos están incluso mejor protegidos que los nobles por el privilegio de Speyer, de Enrique IV —1090—. El cronista polaco del siglo XII, Vincenti Kadlubek, nos enseña que la misma pena que se fijaba por lesa majestad o por blasfemia —la "septuaginta"— era aplicada a los asesinos de judíos. En 966, el obispo de Verona se quejaba que con ocasión de las querellas entre clérigos y judíos, castigábase a los primeros con una multa tres veces superior a la que debían satisfacer los judíos.

sión comercial"[110]. Los historiadores burgueses no ven generalmente gran diferencia entre el comercio y la usura antiguas o medioevales y el capitalismo de nuestra época. Sin embargo, entre el comercio medioeval y la usura que lo acompaña, hay al menos, tanta distancia como entre el gran propietario capitalista que trabaja para el mercado y el señor feudal, entre el propietario moderno y el siervo o el esclavo. La forma de producción dominante en la época de la prosperidad comercial judía era feudal. Se producían esencialmente valores de uso y no valores de cambio. Cada dominio se bastaba a sí mismo. Unicamente algunos artículos de lujo como especias, telas preciosas, etc., eran objeto de un cambio. Los señores cedían una parte de los productos brutos de sus tierras a cambio de estas raras mercaderías provenientes de Levante.

La sociedad feudal, basada en la producción de valores de uso y el "capitalismo" en su forma primitiva comercial y usuraria, no se excluyen: se complementan. "El desarrollo autónomo y predominante del capital comercial corresponde a un sistema de producción en que el capital no desempeña ningún papel y desde este punto de vista puede decirse que se *halla en razón inversa al desarrollo económico de la sociedad.* Mientras el capital comercial sirve de vehículo al intercambio comercial no sólo aparece como engaño y estafa, sino que deriva en gran parte de esas fuentes. Prescindiendo de que explota la diferencia entre los costos de producción de los diversos países (con lo cual influye sobre la compensación y fijación de los valores de las mercancías), aquellos modos de producción hacen que el capital comercial se apropie de una parte predominante del producto sobrante, ya sea actuando de intermediario entre distintas comunidades que producen esencialmente valores de uso y para cuya organización económica tiene una importancia secundaria la venta por su valor de la parte del producto lanzado a la circulación y por tanto la venta del producto en general, ya sea porque en aquellos antiguos modos de producción los poseedores principales del producto sobrante (el dueño de esclavos, el señor feudal, el estado en el caso del despotismo oriental) representan la riqueza de

[110] W. Roscher: *Die Juden in Mittelalter*, p. 324.

disfrute..."[111]. Mientras que el capital comercial o bancario moderno no es, económicamente hablando, sino un apéndice del capital industrial y no hace otra cosa que apropiarse de una parte de la plusvalía creada en el proceso de la producción capitalista, el capital comercial y usurario realiza sus beneficios explotando la diferencia entre los costos de producción de diversos países, apropiándose de una parte de la plusvalía arrancada a sus siervos por los señores feudales. "Es siempre la misma mercancía en que el dinero se convierte en la primera fase la que, en la segunda se convierte en más dinero"[112].

El comerciante judío no invierte dinero en la producción como lo hará, algunos siglos después, el comerciante de las grandes ciudades medioevales. No compra materias primas, no financia a los artesanos que fabrican los paños. Su capital comercial no es otra cosa que el intermediario entre producciones que no domina y cuyas condiciones no crea[113].

Al comercio se liga estrechamente el préstamo a interés, la usura. Si la riqueza acumulada en manos de la clase feudal implica el lujo y el comercio que lo procura, el lujo tórnase a su vez signo distintivo de riqueza. Al principio, el sobreproducto acumulado permite al señor la adquisición de especias, telas orientales, sedas: luego, todos estos productos se convierten en atributos de la clase dominante. El hábito comienza a hacer al monje. Y cuando los ingresos ordinarios no permiten llevar el tren de vida que se ha tornado habitual a la clase de los propietarios, hay que pedir prestado. Un segundo personaje se agrega al comerciante: el usurero. Generalmente, en esta época el segundo personaje es el mismo que el primero. Sólo el comerciante dispone de los escudos que necesita el rico disipador noble. Pero no sólo el señor tiene que recurrir al usurero. Cuando el rey necesita reunir inmediatamente un ejército y el producto normal de los impuestos no basta, se ve obligado a dirigirse al hombre de los escudos. Cuando el campesino, a consecuencia de una mala cosecha, de una epidemia o del peso exorbitante de los

[111]Marx: *El Capital*, libro III, tomo I, p. 361.
[112]Marx: *El Capital*, libro III, tomo I.
[113]Marx: *El Capital*, libro III, tomo I, p. 361.

tributos, de los impuestos y de las prestaciones, ya no puede liberarse de sus cargas; cuando ha comido sus sementeras, cuando no puede ya renovar los instrumentos de trabajo desgastados, debe pedir prestado lo que necesita el usurero.

El tesoro del usurero es, pues, indispensable en una sociedad basada sobre la economía natural; constituye la reserva a la que recurre la sociedad cuando intervienen diversas circunstancias accidentales. "El capital productor de intereses, el capital usurario, si le aplicamos el nombre que corresponde a su forma primitiva, pertenece, con su hermano el capital comercial, a las formas antediluvianas del capital, a formas muy anteriores a la producción capitalista y contemporáneas de las organizaciones más diversas de la sociedad" –Marx: *El Capital*, Libro III[114].

A menudo, los reyes y grandes señores empeñaban a los judíos el producido de impuestos y tasas. Y así es como vemos aparecer judíos en el papel de arrendadores de impuestos, de perceptores de tributos[115]. Los ministros de finanzas de los reyes de la alta Edad Media, eran a menudo judíos. En España, hasta fines del siglo XIV, los grandes banqueros judíos eran al mismo tiempo quienes arrendaban la percepción de los impuestos. En Polonia, los "reyes confiaban a los judíos las funciones importantes de la administración financiera de sus dominios... bajo Casimiro el Grande y Vladislav Jagiellon no solamente se arrendaba a los judíos los impuestos públicos, sino también fuentes de recursos tan importantes como la moneda y las salinas reales. Así, por ejemplo, se sabe que el "Rots-

114"Que los judíos alemanes efectuaban préstamos hipotecarios antes de la primera cruzada, esto es indiscutible. Cuando, en 1107, el obispo Herman de Praga empeñó a los judíos de Regensbaug magníficas telas eclesiásticas por la suma de 500 marcos de plata, es difícil creer que haya sido ésta la primera operación de crédito de este género. Además, un documento hebraico atestigua que el préstamo prendario era habitual entre los judíos alemanes de ese tiempo. Pero en ese entonces el crédito no constituía todavía una profesión independiente; estaba estrechamente ligado al comercio". Caro: o. c., p. 197.

115"Los banqueros se encargaban también de efectuar la recaudación en las grandes propiedades señoriales. Actuaban en cierto modo como recaudadores y como intendentes". G. d'Avenil: *Histoire economique de la proprieté*, tomo I, p. 109.

child" de Cracovia, Levko, el banquero de tres reyes polacos, arrendó en la segunda mitad del siglo XIV las famosas salinas de Wieliczka y de Bochia y administraba también la Casa de la Moneda de Cracovia"[116].

Mientras dominó la economía natural, los judíos fueron indispensables. Su declinación dará la señal de las persecuciones contra los judíos y comprometerá por mucho tiempo su situación.

[116] Schipper: *Histoire des Juifs,* tomo IV, p. 224.

Capítulo III
1. El período del usurero judío

Hasta el siglo XI, el régimen económico dominante en Europa occidental se caracteriza por la ausencia de producción destinada al intercambio. Las pocas ciudades que subsisten desde la época romana cumplen principalmente funciones administrativas y militares. Toda la producción se destinaba únicamente para el consumo local y los dominios señoriales, bastándose a sí mismos, entraban en contacto con el ancho mundo sólo a través de los mercaderes judíos que se aventuraban en tales parajes[1]. El papel desempeñado por los europeos en el comercio, era, forzosamente, pasivo.

Pero andando el tiempo, con el aumento constante de la importación de mercaderías orientales nace el interés por producir directamente para el cambio. El desarrollo comercial estimula así la producción local. La producción de valores de uso es progresivamente desplazada por la producción de valores de cambio.

No todos los productos locales son solicitados en Oriente. La producción de los valores de cambio se desarrolló primeramente allí donde convergen diversas condiciones para la fabricación o extracción de ciertas mercancías particularmente estimadas en el extranjero. Es decir, *productos de monopolio*. Por ejemplo: las lanas

1 "El dominio debe tener todo lo necesario para la vida. En la medida de lo posible no debe comprar nada afuera y no apelar al intercambio. El sólo es un pequeño mundo y debe bastarse a sí mismo". Fustel de Coulange: *Histoire des Institutions politiques de l'ancienne France*, tomo 4, p. 45.

de Inglaterra, los tejidos de Flandes, la sal de Venecia, los utensilios domésticos de latón de Dinant, etc... En esas comarcas privilegiadas, se desarrollan rápidamente "aquellas industrias especializadas cuyos productos desbordaron en seguida, gracias al comercio, su lugar de origen"[2].

De pasivo, el comercio se torna activo. Los paños flamencos y los tejidos de Florencia parten a conquistar el ancho mundo. Esta rápida acumulación de riquezas posibilita un acelerado desarrollo de la clase comercial autóctona. Así la sal, en manos de los venecianos, fue un poderoso medio para enriquecerse y mantener a los pueblos en la sujeción. Desde su origen, estos insulares habían obtenido de sus lagunas una sal que era objeto de la demanda de todos los pueblos situados en el Adriático y que valió a Venecia privilegios comerciales, favores y tratados.

Mientras Europa vivió bajo el régimen de la economía natural, la iniciativa del tráfico comercial perteneció a los mercaderes que venían de Oriente, principalmente a los judíos. Tan sólo algunos buhoneros, algunos humildes proveedores de los castillos de los nobles y del clero, logran destacarse de las masas humildes de siervos sujetos a la gleba. Pero el desarrollo de la producción autóctona permite la rápida constitución de una poderosa clase de comerciantes nativos. Surgidos de las filas del artesano, la subordinan al poner la mano sobre la distribución de las materias primas[3]. Al revés del comercio realizado por los judíos, netamente separado de la producción, el comercio nativo se basa esencialmente en la industria.

Por todas partes el desarrollo industrial va parejo con la expansión comercial. "Venecia tuvo la ventaja de ser a la vez una de las ciudades más comerciales y más industriales del mundo. Sus fábricas servían maravillosamente a sus negociantes en sus relaciones con Oriente. Venecia y las ciudades vecinas se llenaron de fábricas

2 Pirenne: *"Anciennes Democraties des Pays-Bas"*, p. 276: "Los utensilios domésticos de latón de Dinant y los tejidos flamencos parecen haber tenido una reputación merecida, por haber franqueado el estrecho recinto del mercado urbano".

3 Entre los tejedores de paños que trabajan a veces para mercados lejanos se ven algunos diferenciarse de la masa de artesanos: son los comerciantes de paños. Sée: *Esquise l'une Histoire Economique et Sociale de la France.*

de toda clase"[4]. "En Italia, como en Flandes, el comercio terrestre mediante el cual se prolonga, tiene como consecuencia la actividad de los puertos: Venecia, Pisa y Génova aquí; Brujas allá.

Luego, detrás de ellos, se desarrollan las ciudades industriales: las comunas lombardas y Florencia por una parte; por la otra Gantes, Iprés, Lila, Douai, y más lejos Valenciennes, Bruselas"[5].

La industria lanera se constituyó en la base de la grandeza y prosperidad de las ciudades medioevales. Los paños y las telas constituían las mercaderías más importantes de las ferias medioevales[6]. También aquí aparece la diferencia profunda entre el capitalismo medioeval y el capitalismo moderno: éste, basado en una formidable revolución de los medios de producción; aquél, basado únicamente en el desarrollo de la producción de valores de cambio.

La evolución mercantilista de la economía medioeval se reveló fatal para las posiciones comerciales de los judíos. El comerciante judío, importador de especias a Europa y exportador de esclavos, es reemplazado por respetables comerciantes cristianos a quienes la industria urbana proporciona el principal ramo de su negocio.

Esta clase comercial nativa se enfrenta violentamente con los judíos, detentores de una posición económica caduca, heredada de un período histórico anterior.

La creciente contradicción entre el comercio "cristiano" y judío se reduce a la oposición de dos regímenes: el de la economía mercantil y el de la economía natural. Es pues el desarrollo económico de Occidente el que destruye la función comercial de los judíos, basada en el atraso de la producción[7].

El monopolio comercial judío declinaba a medida que se desarrollaban los pueblos cuya explotación los alimentaba. "Durante siglos, fueron los judíos los tutores comerciales de los pueblos nuevos. Papel cuya utilidad no era menospreciada por ellos. Pero toda tutela llega a ser un estorbo cuando se prolonga. Pueblos enteros se

4 Depping: o. c., p. 184.

5 Pirenne: *Histoire de l'Europe*, p. 166.

6 Max Weber: *Wirtchaftsgeschichte*, p. 142.

7 Roscher dice: "Cuando más se elevaba la cultura económica general, peor era la situación de los judíos". Roscher: o. c., p. 129.

emancipan, como los hombres, y no sin lucha, de la tutela de otros pueblos"[8].

Con el desarrollo de la economía mercantil en Europa, el crecimiento de las ciudades y de la industria corporativa, los judíos son desalojados progresivamente de las posiciones económicas que ocupaban[9]. Acompaña a este desplazamiento una obstinada lucha de la clase comercial nativa contra los judíos. Las Cruzadas, que también fueron expresión del deseo de las ciudades mercantiles de abrirse camino hacia el Oriente, les brindaron la ocasión para violentas persecuciones y sangrientas carnicerías contra los judíos.

Desde esta época, la situación de los judíos en las ciudades de Europa occidental queda definitivamente comprometida.

Al principio la transformación económica sólo alcanza a algunos centros urbanos importantes. Los dominios señoriales son muy poco afectados por este cambio y el sistema feudal continúa allí floreciente. Por consiguiente, la carrera de la riqueza judía aún no ha terminado. Los dominios señoriales ofrecen todavía un campo de acción importante a los judíos. Pero el capital judío, principalmente comercial en la época precedente, se convierte ahora, exclusivamente en usurario. El judío ya no proporciona al señor las mercancías orientales, pero durante cierto tiempo es todavía él quien adelanta el dinero para sus gastos. Si en el período precedente, "judío" era sinónimo de "mercader", ahora comienza a identificarse cada vez más con "usurero"[10].

8 "La ley de acuerdo con la cual el desarrollo autónomo del capital comercial está en razón inversa del desarrollo de la producción capitalista se verifica más claramente entre los pueblos cuyo comercio era un comercio de intermediarios". Marx: *El Capital*, libro III.

9 Schulte en su *Geschichte mittelalterlichen Handels un Verkehrs zwische Italien und Westdeutschland*, pretende que los judíos no trataron de ligarse a los artesanos como lo hicieron los empresarios cristianos, y al perder así sus posiciones comerciales, debieron ocuparse exclusivamente del crédito. Esta observación es muy interesante. Pone en evidencia lo esencial del problema: la vinculación del comercio cristiano con la industria y la falta de vínculo de parte del comercio judío.

10 En un estudio consagrado a los judíos de una ciudad alemana –Halberstadt–, Max Kohler dice que "a partir del siglo XIII, la profesión más impor-

Es innecesario decir que la pretensión de la mayor parte de los historiadores de que los judíos comenzaron a ocuparse del crédito solamente después de su desplazamiento del comercio, es un grosero error. El capital usurario es hermano del capital comercial. En los países de Europa oriental, en donde los judíos no fueron eliminados del comercio, se encuentran también, como lo veremos más adelante, una cantidad respetable de usureros judíos[11]. Realmente, el desplazamiento de los judíos del comercio los llevó a concentrarse en una profesión que ya practicaban con anterioridad.

Que los judíos poseyeran en diferentes épocas, propiedades territoriales, es éste un hecho que no puede utilizarse como serio argumento a favor de la tesis tradicional de los historiadores judíos. Lejos de constituir prueba de la multiplicidad de ocupaciones entre los judíos, la propiedad judía debe considerarse como simple fruto de sus operaciones usurarias y comerciales[12].

En los libros comerciales del judío francés Heliot, del Franco-

tante de los judíos de Halberstadt parece ser la usura". Max Kohler: *Die Juden in Halberstadt und Umgebung bis zur Emanzipation*. Max Cunow dice en la *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte*, tomo III, p. 45: "A pesar de que las condiciones económicas de la nobleza se agravaban constantemente, sus juegos militares, sus orgías, sus fiestas, sus magníficos torneos, no dejaban de extenderse en el siglo XIV. Los caballeros pobres consideraban también su deber participar en ellos. Como los medios pecuniarios necesarios para ello les faltaban, se endeudaban con los judíos, cuya principal ocupación era el préstamo a interés..."

11 El ejemplo de Polonia demuestra la puerilidad del esquema habitual de los historiadores judíos que pretenden explicar la función comercial o usuraria de los judíos por las persecuciones. ¿Quién había prohibido a los judíos polacos ser agricultores o artesanos? Mucho antes de las primeras tentativas de las ciudades polacas de luchar contra los judíos, todo el comercio y toda la banca de dicho país estaba ya en sus manos.

12 Esta falsa concepción de los historiadores judíos es gemela de la afirmación según la cual los judíos debieron abandonar su "profesión agrícola" como consecuencia de prohibiciones legales. "Es falso pensar que estaba prohibido a los judíos poseer tierras. Allí donde encontramos, en las ciudades medioevales, a los judíos ocupándose de los negocios, son también dueños de sus propias casas. Poseen igualmente terrenos en la ciudad. A decir verdad, no parece que hayan cultivado en alguna parte esos terrenos. Tan pronto

Condado, que vivió a comienzos del siglo XIV, encontramos que entre sus propiedades se mencionan viñedos. Pero surge claramente de sus libros que estos viñedos no constituían para Heliot la base de una profesión agrícola, sino que eran el producto de sus operaciones mercantiles. Cuando en 1360, el rey de Francia invitó a los judíos a volver a su territorio, el representante de los judíos, cierto Manassé, planteó el problema de la protección real para los viñedos y animales que pasaran a manos de los judíos como prendas no liberadas. En España, con ocasión de las grandes disputas teológicas entre judíos y cristianos, estos últimos reprochan a los judíos haberse enriquecido gracias a sus operaciones de usura. "Se han apoderado de campos y animales... Poseen las tres cuartas partes de los campos y tierras de España"[13].

Propiedades nobles que pasan a manos de judíos son hecho corriente en esta época. Así la aldea de Strizov, en Bohemia, que había pertenecido a dos nobles y fue adjudicada en pago de deudas a los judíos Fater y Merklin —1382—; la población de Zlamany Ujezd, en Moravia, fue adjudicada al judío Aron de Hradic y la población Neverovo, en Lituania, al judío León Salomic, etc.

En cuanto la propiedad territorial sólo constituía para los judíos un objeto de especulación, no podía tener sino un carácter extremadamente precario, porque la clase feudal llegó muy pronto a imponer la prohibición de hipotecar los inmuebles a los judíos.

Otra cosa ocurrió donde se producía una verdadera transmutación económica y social, allí donde los judíos abandonaban sus negocios para convertirse en verdaderos terratenientes. Era menester

como una parcela de tierra pasaba a sus manos como prenda, se esforzaban por venderla. No porque les estuviese prohibido conservarla, sino simplemente porque no sentían el menor deseo de hacerlo. Sin embargo, encontramos a menudo en los registros viñedos y huertas pertenecientes a judíos. Los productos de estas tierras podían ser fácilmente vendidos". Cunow: *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte*, tomo III, p. 110.

13 Schipper: *Histoire economique des Juifs* (yiddisch). "Los judíos formaban una clase social muy poderosa por las riquezas adquiridas en la industria, el comercio y especialmente en las operaciones bancarias". Ballister: *Histoire d'Espagne*, p. 154.

que, tarde o temprano, cambiasen igualmente de religión.

A principios del siglo XV, habiendo llegado un judío llamado Woltschko, a ser propietario de varias aldeas, el rey de Polonia se esforzaba tenazmente por conducirlo a "reconocer su ceguera y a plegarse a la santa religión cristiana". Este hecho es significativo, pues los reyes polacos protegían solícitamente la religión judía. Jamás se les hubiera ocurrido la idea de convertir al cristianismo a mercaderes o banqueros judíos. Pero un propietario rural judío en la Edad Media constituía una verdadera anomalía.

Esto vale igualmente en lo que se refiere al usurero cristiano.

Este problema, no tiene, naturalmente, nada de común con las tonterías raciales. Es evidente la completa absurdidad de la pretensión de Sombart de que la usura constituye una cualidad específica de la "raza judía". La usura, que como lo hemos visto, tiene un papel importante en las sociedades precapitalistas, es casi tan vieja como la misma humanidad y ha sido practicada por todas las razas y naciones; basta recordar su papel predominante en las sociedades griega y romana[14].

Mas plantear de esta manera la cuestión equivale a invertir los datos del problema; las cualidades "innatas" o la ideología de un grupo social no explican su posición económica. Es por el contrario esta posición económica la que informa sus cualidades e ideología. La sociedad medioeval no estuvo dividida en señores y siervos porque cada uno de estos grupos poseyese originalmente disposiciones específicas para el papel económico que debía desempeñar. La ideología y las cualidades de cada clase se formaron lentamente, en función de sus posiciones económicas.

Ocurre igualmente con los judíos: su pretendida disposición "innata" para el comercio no explica su posición económica, es ésta la que explica sus aptitudes comerciales. Los judíos constituyen, por otra parte, una aglomeración racial muy heterogénea; han absorbido, en el transcurso de su historia, multitud de elementos étnicos no semíticos. En Inglaterra, "el monopolio de la usura les proporcionaba riquezas tales que se conocen cristianos que se convirtieron

14 "Vemos, en las cartas de Cicerón, que el virtuoso Bruto prestaba su dinero, en Chipre, al 48 por ciento". Adam Smith: *Richesse des Nations*, p. 206.

al judaísmo para participar así del monopolio judío del préstamo"[15]. El judaísmo resulta, por consiguiente, de una selección social y no de una "raza con aptitudes innatas para el comercio". Mas la primacía del factor económico y social no excluye, lejos de ello, la influencia del factor psicológico.

Tan pueril como ver en la posición económica del judaísmo el resultado de "inclinaciones de los judíos", es considerarla como fruto de las persecuciones y prohibiciones legales de ejercer otras actividades fuera del comercio o la usura. En numerosos escritos sobre la vida económica judía en la Edad Media, se dice que fueron excluidos desde el principio del ejercicio del artesanado, del tráfico de mercaderías y que pesaba sobre ellos la prohibición de poseer bienes inmuebles. Esto es pura fábula. Verdaderamente, durante los siglos XII y XIII, en casi todas las grandes ciudades de Alemania occidental, vivían, entre los cristianos y gozaban de idénticos derechos cívicos... En Colonia, durante toda una época, los judíos poseyeron, inclusive, la facultad de obligar a un cristiano que tuviese una reclamación contra un judío, a comparecer ante jueces judíos para ser juzgado de acuerdo con el derecho hebraico...

También carece por completo de fundamento la pretensión de que los judíos no podían ser admitidos en los gremios artesanales. Es cierto que varias corporaciones no admitían a los llamados "niños judíos" (Juden kinder), en calidad de aprendices, pero no ocurría así con todas ellas; la existencia de orfebres judíos, incluso en la época en que los reglamentos corporativos se volvieron mucho más severos, lo demuestra suficientemente. Había ciertamente pocos herreros y carpinteros judíos entre los artesanos medioevales, pero los padres judíos que colocaban a sus hijos para el aprendizaje de esos oficios eran muy raros. Incluso los gremios que excluían a los judíos no procedían así por animosidad religiosa u odio racial, sino porque los oficios de usurero y buhonero eran reputados "deshonestos". "Las corporaciónes excluían a los hijos de los negociantes, usureros y buhoneros judíos, del mismo modo que no aceptaban en su seno a los hijos de simples jornaleros, barqueros y tejedores de lino"[16].

15 Brentano: *Histoire economique d'Angleterre.*

16 Cunow: *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte,* tomo III, p. 74.

La sociedad feudal era, esencialmente, sociedad de castas; quería que cada cual "permaneciese en su lugar"[17]. Combatía la usura de los cristianos de la misma manera que imposibilitaba a los burgueses su entrada a la nobleza y miraba despreciativamente al noble que se rebajaba a ejercer un oficio o comercio.

En 1462, es expulsado de la ciudad de Nordlingen el doctor Han Winter porque practicaba la usura por intermedio de un judío. Treinta años después, en la misma ciudad, un burgués llamado Kinkel fue expuesto en la picota y arrojado de la ciudad por haber practicado la "profesión judía". En 1491, el sínodo de Bamberg, amenaza con expulsar de la comunidad cristiana a todo aquel que practique la usura, ya sea personalmente o por intermedio de los judíos. En 1487, en Silesia, se decreta que todo cristiano que practicase la usura será puesto a disposición del tribunal real y castigado ejemplarmente.

Mientras el edificio feudal permanece sólido, la actitud de la sociedad cristiana hacia el préstamo con interés no cambia. Pero las profundas transformaciones económicas que hemos examinado más arriba, invierten las bases del problema. El desarrollo industrial y comercial erige la banca como fusión indispensable para la economía. El banquero que adelanta fondos al comerciante o al artesano se convierte en elemento esencial del desarrollo económico.

El tesoro del usurero cumple, en la época feudal, la misión de una reserva necesaria, pero absolutamente *improductiva*. "Las formas características —en la producción capitalista estas formas son secundarias y no determinan ya el carácter del capital a interés— ba-

[17] Si es pueril creer que la sociedad feudal –cuyo principio era que "cada uno permaneciese en su lugar"– hubiese transformado a los "agricultores judíos" en comerciantes, resulta evidente, por otra parte, que las prohibiciones legales, ellas mismas fruto de las condiciones económicas, tuvieron cierto papel en reducir a los judíos al tráfico comercial, sobre todo en aquellos períodos en los cuales su situación tradicional, a causa de cambios económicos, se encontraba comprometida. Así, por ejemplo, Federico el Grande no era partidario de que los judíos ejerciesen profesiones manuales. Quería "que cada uno permaneciese en su profesión; que se ayudara a los judíos en el ejercicio del comercio, pero que se reservasen las demás profesiones a los cristianos".

jo las cuales funciona el capital usurario en el período precapitalista son dos: primera, la usura mediante préstamos de dinero a los pequeños productores que se hallan en posesión de sus propias condiciones de trabajo, entre los que se cuenta el artesano, pero muy específicamente, los campesinos, que representan en esta época la clase más importante"[18].

El usurero presta a los señores feudales y a los reyes para sus lujos y dispendios bélicos; presta a los campesinos y a los artesanos para permitirles pagar las tasas, los censos, etc. El dinero prestado por el usurero no crea plusvalía; le deja únicamente apoderarse de una parte del sobreproducto ya existente.

La función del banquero es completamente distinta: contribuye directamente a la producción de la plusvalía. Es productivo. El banquero financia las grandes empresas comerciales e industriales. Mientras que el crédito es esencialmente un crédito *de consumo* en la época feudal, se convierte en crédito *de producción y de circulación* en la época del desarrollo comercial e industrial.

Existe, pues, una diferencia esencial entre el usurero y el banquero. El primero es el órgano del crédito en la época feudal, mientras que el segundo es el órgano del crédito en la época de la economía mercantil. El desconocimiento de esta distinción fundamental induce a error a casi todos los historiadores. No vislumbran ninguna diferencia entre el banquero de la Antigüedad, el banquero judío de Inglaterra en el siglo XI y Rotschild o inclusive Fugger. "Newmann dice que la diferencia entre el usurero y el banquero consiste en que el primero presta al pobre y el segundo al rico. No ve que no se trata simplemente de una cuestión de rico y de pobre, *sino de la diferencia entre dos sistemas de producción y entre las organizaciones sociales que a ellos corresponden*" (Marx: "*El Capital*", t. III).

Naturalmente esta distinción se hace visible sobre todo en la época capitalista propiamente dicha. Pero "ya en las formas anteriores, el comerciante tiene con el prestamista, las mismas relaciones que el capitalista moderno, y esa relación no escapa a la atención de las universidades católicas. Las universidades de Alcalá, Salamanca, Ingelstadt, Maguncia, Colonia y Tréveris, reconocieron unas tras otra

18 Marx: *El Capital*, III, p. 165.

la legitimidad de los intereses tratándose de préstamos comerciales"[19].

A medida que prosigue el desarrollo económico, el banquero conquista posiciones cada vez más sólidas mientras que el usurero judío pierde cada vez más terreno. Ya no se le encuentra en las prósperas ciudades comerciales de Flandes, porque "los judíos, a diferencia de los lombardos, *sólo practicaban el préstamo a interés y no desempeñaban el rol de intermediarios en las operaciones de negocios*"[20].

Después de su eliminación del comercio —proceso que culmina en la Europa occidental durante el siglo XIII—, los judíos continúan ocupándose de la usura en las regiones aún no alcanzadas por la economía mercantil.

En Inglaterra, en tiempos del monarca Enrique II (segunda mitad del siglo XII), los judíos se han sumido ya en la usura. Son en general, muy ricos, y constituyen su clientela los grandes terratenientes. El más célebre de estos banqueros judíos era un tal Ahrón de Lincoln, que operaba muy activamente a fines del siglo XII. Sólo el rey Enrique II, le debía 100.000 libras esterlinas, suma equivalente al presupuesto anual del reino de Inglaterra en aquella época.

Merced a la tasa de interés sumamente alta —oscilaba entre 43 y 85%—, gran parte de las tierras de la nobleza cayó en manos de los usureros judíos. Pero tenían asociados poderosos y... exigentes. Los reyes de Inglaterra apoyaban los negocios de los judíos porque constituían una fuente muy importante de ingresos. Todos los présta-

19 Marx: *El Capital*, III, p. 115. "En la misma época, el famoso teólogo Medina, desarrollando una premisa que por otra parte ya encontramos en Santo Tomás, reconoce el juego de la oferta y la demanda como un modo natural de determinar el justo precio. El "Trinus Contractus", esa maravilla de análisis jurídico que justifica la percepción de un interés en los *préstamos de negocios*, en que el dinero es empleado realmente como capital, es admitido entonces por los canonistas italianos y españoles, más esclarecidos que los de Francia, o tal vez ubicados en un medio social más avanzado". Claude Jannet: *Les grandes epoques de l'histoire ëconomique jusqu'a la fin du XVIe. siècle*, p. 284.

20 Pirenne: *Histoire de Bélgique.*

mos contraídos con los judíos se registraban en el "Scaccarium Judaeorum" y se los gravaba con una tasa del 10% en beneficio del tesoro real. Pero esta contribución legal estaba lejos de bastar a los reyes. Todos los pretextos eran buenos para expropiar a los judíos y continuamente la usura ejercida por los judíos contribuía a engrosar el tesoro real. No era conveniente para los judíos, sobre todo, contar con los reyes entre sus deudores de importancia. Ahrón de Lincoln se percató de ello en 1187, cuando el rey de Inglaterra confiscó los bienes de este rico banquero.

La nobleza expropiada se vengaba organizando matanzas de judíos. En 1189 los judíos son masacrados en Londres, Lincoln y Staffor. Un año después, la nobleza, dirigida por un tal Mallebisse, destruye el "scaccarium judaeorum" de York. Las letras de cambio fueron quemadas solemnemente. Los judíos, sitiados en el castillo, se suicidan. Pero el rey continúa protegiendo a los judíos, aún después de muertos... Exige el pago, en su beneficio, de las sumas debidas a los judíos, puesto que los judíos eran "esclavos de su tesoro". Encomienda a empleados especiales confeccionarle una lista exacta de todas las deudas.

A comienzos del siglo XIII, el rey concede a la nobleza inglesa una "carta magna" que aporta algunas mejoras al régimen de los préstamos. Sin embargo, en 1162 y en 1264, estallan nuevos motines contra los judíos.

En 1290, se expulsa de Inglaterra a toda la población judía, o sea cerca de 3.000 personas, y se confiscan sus bienes. La situación económica de los judíos de Francia, mucho más numerosos (100.000), no difiere sensiblemente. "Al advenimiento de Felipe Augusto —1180— y durante los primeros años de su reinado, los hebreos eran ricos y numerosos en Francia. Sabios rabinos habían sido llamados a la sinagoga de París, la cual, cuando entró solemnemente el Papa Inocencio en Saint-Denis en 1135, figuró ya entre las corporaciones de la capital al paso del pontífice. Según el historiador Rigord, habían adquirido casi la mitad de París... En los pueblos, las ciudades y los barrios, por todas partes se extendían sus préstamos. Incluso un gran número de cristianos habían sido expropiados por los judíos a causa de deudas"[21].

[21] Depping: o. c., p. 90.

Es sobre todo en Francia septentrional en donde los judíos se ocupan de la usura. En Provenza, en el siglo XIII, la participación de los judíos en el comercio es todavía muy importante. Los judíos de Marsella estaban en continuas relaciones comerciales con España, Africa del Norte, Sicilia y Palestina. También poseían buques y como sus antecesores de la época carolingia, importaban especias, esclavos, etc....

Pero no se trata sino de vestigios de una época concluida. La usura parece constituir, en el siglo XIII, la función económica principal de los judíos de Francia. En cada ciudad, estaba designado un notario para los negocios de préstamos. La tasa de interés ascendía al 43%. Hasta el estatuto de Melun —1230—, que les prohibió las hipotecas, los clientes principales de los banqueros judíos eran los príncipes y los señores. Al principiar el siglo XII, el judío Salomón de Dijón, era acreedor de los más grandes monasterios de Francia. El conde Montpellier debía a un judío llamado Bendet, la suma de 50.000 sueldos. En una carta al rey de Francia, el papa Inocencio III, expresa su indignación ante el hecho de que los judíos se apropien de bienes de la Iglesia, que se apoderen de tierras, viñedos, etc....

Aunque la posición económica de los judíos en Francia se parecía a la de los judíos de Inglaterra, su situación política era distinta. El poder, mucho más dividido, los dejaba en manos de una multitud de príncipes y señores. Los judíos estaban sujetos a gran cantidad de impuestos y de tasas que enriquecían a los poderosos. Se habían puesto en ejecución diversos medios para extraer el máximo de dinero a los judíos. Arrestos en masa, procesos rituales, expulsiones, todo era un buen pretexto para formidables extorsiones de dinero. Los reyes de Francia expulsaron y acogieron en varias ocasiones a los judíos para poderarse de sus bienes.

No conocemos exactamente cuál era la posición social y económica de los judíos en la España musulmana. Sin embargo, no cabe duda ni por asomo que pertenecían a las clases privilegiadas de la población. "Al llegar a Granada —escribe un tal Isak de Alvira— he visto que los judíos ocupan allí los puestos dirigentes. Se han repartido la capital y la provincia. Se ocupan de la recaudación de los impuestos, viven en el lujo, mientras que vosotros, musulmanes, os vestís de andrajos". En la España cristiana, en Castilla, los judíos

son banqueros, publicarios, proveedores del rey. La realeza los protege por su apoyo económico y político. La tasa de interés, más baja que en otros países, era del 33 1/3% al comienzo del siglo XII. En numerosas cortes, la nobleza luchó por la reducción de la tasa de interés, pero chocó siempre con la resistencia de los reyes. Sólo durante el reinado de Alfonso IX, la nobleza consiguió resultados concretos en este terreno.

Parecida situación se creó en Aragón. Jehuda de Cavallera es un ejemplo característico de gran "capitalista" judío del siglo XIII. Arrendaba las salinas, acuñaba monedas, equipaba el ejército y poseía grandes extensiones de tierra y multitud de ganados. Fue su fortuna la que permitió armar una flota para la guerra contra los árabes.

El retraso económico de España permitió a los judíos conservar sus posiciones comerciales durante más tiempo que en Inglaterra o Francia. Documentos del siglo XII mencionan judíos de Barcelona que efectúan viajes hasta el Bósforo. En 1105, el conde Bernardo III otorga un monopolio de importación de esclavos sicilianos a tres judíos, mercaderes y propietarios de buques de Barcelona. Habrá que esperar hasta el siglo XIV, en que Barcelona se "transforma en un gran mercado y taller" (Pirenne), para que los judíos sean completamente eliminados de su comercio. Su situación empeora a tal punto que están obligados a pagar una tasa para poder pasar por esta ciudad. "Los infortunados israelitas, lejos de ser mercaderes en Barcelona, entraban en ella como mercadería" (Depping, o.c., p. 233).

La usura judía cobra tanta importancia en Aragón, que se producen allí serios movimientos antisemitas entre la nobleza y la burguesía.

En Alemania, el período principalmente comercial se prolonga hasta mediados del siglo XIII. Los judíos vinculan Alemania con Hungría, Italia, Grecia y Bulgaria. El tráfico de esclavos floreció hasta el siglo XII. Así, se recuerda en las tarifas aduaneras de Wallenstadt y de Coblenza que los judíos mercaderes de esclavos deben 4 dinares por cada esclavo. Un documento de 1213 dice que los judíos de Laubach, "que son extraordinariamente ricos y que realizan un gran comercio con los venecianos, húngaros y croatas".

A partir del siglo XIII, aumenta la importancia de las ciudades alemanas. Como en todas partes y por las mismas causas, los judíos son eliminados del comercio y se orientan hacia los negocios bancarios.

La usura judía gravita principalmente sobre la nobleza. Las actas de Nuremberg prueban que la deuda media contraída con los judíos se elevaba a 282 gúldenes para los habitantes de la ciudad y de 1.672 para los nobles. Lo mismo ocurre con 87 letras del Ulmen que pertenecían a casas de banca judías. Sobre los 17.302 gúldenes que representan, el 90% pertenece a deudores nobles. En 1344, el banquero judío Fivelin presta al conde de Zweibrucken 1.090 libras. El mismo Fivelin, en colaboración con un tal Jacobo Daniel, presta, en 1339, 61.000 florines al rey de Inglaterra, Eduardo III[22].

En 1451, el emperador Federico III pide al papa Nicolás V un privilegio para los judíos, "a fin de que puedan habitar Austria y efectuar allí préstamos con interés para mayor comodidad de la nobleza". En el siglo XIII, los judíos Lublin y Nezklo, ocupan en Viena las importantes funciones de "condes del tesoro del duque austríaco" *(Contes camarae tucis austriae)*.

Pero esta situación no podía mantenerse indefinidamente. La usura destruía lentamente al régimen feudal, arruinaba a todas las clases de la población sin introducir una economía nueva en lugar de la antigua. Contrariamente al capital, la usura es esencialmente conservadora. "La usura como el comercio, explotan un régimen determinado de producción que no han creado y al que permanecen extraños; la usura procura conservar intacto este modo a fin de perpetuar su explotación... La usura centraliza las fortunas en dine-

22 Bücher dice lo siguiente en su libro *La Population de Francfort-sur-Maine, au XIVe. et au XVe. siècles* (citado por Cunow: o.c., III, p. 46): "Entre los deudores de los judíos de Francfort, se encuentra representada la gran mayoría de la nobleza de Wettereau, Pfalz, Odenwald, etc. ... El arzobispo de Maguncia también debía dinero a los judíos. Es sobre todo la nobleza la endeudada. Había pocos caballeros de los alrededores de Francfort cuyos pagarés y prendas no se encontrasen en el barrio judío. Algunos burgueses de Francfort y de las ciudades vecinas también contrajeron "deudas judías" (como dice a este respecto el informe del concejo municipal), pero la mayor parte de las 279 letras de cambio de que se ocupó el concejo municipal, concernían a los nobles".

ro allí donde se hallan diseminados los medios de producción. *No altera el régimen de producción*, se adhiere a él para chupar su sustancia como un parásito, y lo arruina. Lo deja exangüe, enervado, y obliga a la producción a desarrollarse bajo condiciones cada vez más deplorables. El capital usurario posee el régimen de explotación del capital, pero sin su régimen de producción"[23]. A pesar de este efecto destructivo, la usura continúa siendo indispensable en los sistemas económicos atrasados. Pero se convierte en una causa importante del estancamiento económico, como se ve en varios países asiáticos.

Si el peso del usurero se torna cada vez más insoportable en Europa occidental, es a causa de su incompatibilidad con las nuevas formas económicas. El desarrollo industrial y comercial de las ciudades provoca en el campo la decadencia del viejo sistema feudal. Un vasto mercado se abre para los productos agrícolas, lo cual lleva a una sensible declinación de las antiguas formas de servidumbre y de los censos basados sobre la economía natural.

"Apenas en las regiones difícilmente accesibles o muy alejadas de las grandes corrientes comerciales conserva la servidumbre su forma primitiva. En todos los demás lugares, si no desaparece, al menos se atenúa. Podemos decir que desde el comienzo del siglo XIII, la clase campesina en Europa Occidental y Central se ha transformado o está en vías de transformarse, en una población de campesinos libres" (Pirenne: "*Histoire de l'Europe*", P. 171).

En toda la Europa occidental y parcialmente en Europa central, los siglos XII, XIII y XIV, constituyen la época de desarrollo de la usura judía. La evolución económica acarrea su rápida declinación. La expulsión definitiva de los judíos ocurrió a fines del siglo XIII en Inglaterra, a fines del siglo XIV en Francia y a fines del siglo XV en España. Estos datos reflejan la diferencia en el desarrollo económico alcanzado por estos países. En el siglo XIII florece económicamente Inglaterra. En el siglo XV los "reinos españoles se enriquecen y desarrollan su comercio. Los campos comienzan a cubrirse de ovejas y la lana inglesa en el comercio del norte. La exportación hacia los Países Bajos aumenta considerablemente y la cría de ovejas

23 Marx: *El Capital*, tomo III.

comenzará a dar su aspecto característico a Castilla, enriqueciendo a la nobleza. El hierro de Bilbao, el aceite de oliva, las naranjas, las granadas, fueron también objeto de un creciente tráfico hacia el norte" (Pirenne: "*Histoire de l'Europe*", P. 384).

El feudalismo es desplazado progresivamente por el régimen mercantil. Como consecuencia, el campo de actividad de la usura judía se restringe constantemente. *Se vuelve cada vez más insoportable porque cada vez es menos necesaria.* Cuanto más abunda el dinero a causa de la circulación más intensa de las mercaderías, más despiadada se torna la lucha contra una función económica que apenas puede encontrar justificación en épocas de inmovilidad económica, cuando el tesoro del usurero constituía la reserva indispensable de la sociedad.

Ahora, el campesino empieza a vender sus productos ya a pagar al señor en dinero. La nobleza, para satisfacer sus crecientes necesidades de lujo, se interesa por manumitir al campesinado, reemplazando en todas partes la renta estable en especie por la renta en dinero. "La transformación, primero local, luego más o menos nacional, de la renta producto en renta dinero, supone un desarrollo ya más considerable del comercio, de la industria urbana, de la producción general de mercaderías y por consiguiente de la circulación monetaria". (Marx: "*El Capital*", III)[24].

La transformación de todas las clases de la sociedad en productores de valores de cambio, en poseedores de dinero, las yergue unánimemente contra la usura judía, cuyo carácter arcaico acentúa su apariencia expoliadora. La lucha contra los judíos cobra caracteres cada vez más violentos. Fue menester que la realeza, tradicional protectora de los judíos, cediese a las reiteradas reivindicaciones de los congresos de la nobleza y de la burguesía. Por lo demás, los monarcas debían proveerse cada vez más frecuentemente en las arcas de la burguesía, clase que muy pronto monopoliza la parte más im-

[24] "Esta transformación de las costumbres en materia de censos pecuniarios corresponde al crecimiento de la renta mobiliaria: el dinero se convierte en signo más cómodo de la riqueza y para calcular la renta de la propiedad inmueble, se comienza a preferirlo a los productos naturales. Se nota una evolución semejante en otros países, particularmente en Inglaterra, donde es aún más señalada". Henri Sée: *Esquisse..., o. c.*.

portante de los bienes inmobiliarios. Los judíos, como fuente de recursos, cada vez más pierden atractivo a los ojos de los reyes (sin contar con que la expulsión de los judíos siempre era una operación sumamente provechosa).

Así es como se expulsa a los judíos paulatinamente de todos los países occidentales. Se produce un éxodo de los países más desarrollados hacia los países atrasados de Europa oriental. Polonia sumergida por completo en el caos feudal, se convierte en el refugio principal de los judíos perseguidos en todas partes. En otros países, en Alemania, en Italia, los judíos se mantienen todavía en las regiones menos evolucionadas. En oportunidad del viaje de Benjamín de Tudela, casi no había judíos en los centros comerciales como Pisa, Amalfi, Génova. Al contrario, eran muy numerosos en las partes más retrasadas de Italia. Inclusive en los Estados de la Iglesia, las condiciones para el comercio y la banca judías eran mucho más favorables que en las ricas repúblicas mercantiles de Venecia, Génova y Florencia.

La economía mercantil desaloja, pues, a los judíos de sus últimos baluartes. El judío "banquero de la nobleza", resulta ya enteramente desconocido en la Europa occidental de fines de la Edad Media. Aquí y allá, consiguen sobrevivir pequeñas comunidades judías desempeñando ciertas funciones económicas subordinadas. Los "bancos judíos" ya no son más que montepíos, adonde es la miseria quien acude.

Es la caída total. El judío se convierte en el pequeño usurero que presta sobre prendas de poco valor a los pobres de las ciudades y del campo. ¿Y qué puede hacer con las prendas no desempeñadas? Hay que venderlas. El judío se transforma en buhonero, en ropavejero. Su antiguo esplendor ha terminado por completo.

Adviene ahora la época de los ghettos[25] y de las peores persecuciones y humillaciones.

[25] Contrariamente a una concepción bastante difundida, el ghetto es una institución más bien reciente. Sólo en 1462 son encerrados en un ghetto los judíos de Francfort "De ninguna manera podía tratarse de una medida adoptada durante la Edad Media. Por el contrario, los judíos podían elegir su domicilio de acuerdo a sus deseos y podían moverse en cualquier momento

La imagen de estos desdichados llevando señales y ropas que los ridiculizan, pagando tasas como los animales para pasar por ciudades y puentes, infamados y vejados, ha de incrustarse por mucho tiempo en la memoria de las poblaciones de Europa occidental y central.

2. Las relaciones de los judíos con las distintas clases de la sociedad

Los cambios en la situación social y económica de los judíos ejercieron decisiva influencia sobre sus relaciones con las distintas clases sociales. En la época de su apogeo comercial, fueron solícitamente protegidos por los reyes y la nobleza. Sus relaciones con los campesinos no revestían gran importancia. Contrariamente, sus relaciones con la burguesía fueron hostiles desde la aparición de ésta en la escena histórica.

Eliminado del comercio, el "capital" judío se concentró únicamente en la usura. Esta nueva situación acarrea un cambio en la actitud de la nobleza y de los reyes hacia los judíos. Los señores, obligados a defender sus propiedades amenazadas, llegan a menudo a combatir despiadadamente a los usureros que los arruinan. Los reyes continúan "protegiendo a los judíos", mas en realidad, los utilizan para succionar en su propio beneficio, las riquezas del país. Pero mientras la economía mercantil no penetra en el dominio rural, la situación de los judíos continúa siendo aún relativamente soportable.

Sólo cuando la agricultura comienza a desenvolverse bajo el

por la ciudad entera". Kriegke: *Geschichte und Lage der Frankfurter Juden*, citado por Cunow.

Es menester no confundir barrios judíos con ghettos. Si los primeros son conocidos en diversas épocas de la historia judía, los últimos constituyen una institución nacida en el período en que el judío se convierte en "pequeño usurero". Así, en Polonia, el ghetto constituye la excepción y no la regla. Esto no ha impedido a la barbarie hitleriana "reenviar" a los judíos polacos a los ghettos.

signo del capital y los señores y campesinos a conquistar un campo de actividad cada vez más extenso, todas las clases de la sociedad se ponen de acuerdo para perseguir y expulsar a los judíos. El triunfo de la economía basada en el dinero es también la derrota del antiguo gran usurero. Eliminados de su papel de banqueros de la nobleza, algunos judíos logran, sin embargo, enraizarse en los intersticios de la economía. Transformados en administradores de los montepíos, ropavejeros, mercachifles, etc., arrastran una vida miserable en oscuros ghettos, expuestos al odio y al desprecio populares. Cada vez más, los judíos están en relación únicamente con los pobres, los artesanos y los campesinos. Y a menudo la cólera del pueblo, esquilmado por los reyes y los señores y obligado a empeñar sus últimas prendas a los judíos, se vuelve contra los muros del ghetto. Los señores y los ricos burgueses que se sirven de los judíos para expoliar aún más al pueblo, utilizan a menudo estas revueltas populares para despojar a los "esclavos de su tesoro".

La realeza y los judíos

Cuando el enemigo de los judíos Gonzalo Matiguez, ofreció al rey de Castilla tres millones de piezas de oro a condición de que expulsase a los judíos, el obispo don Gil le respondió: "Los judíos son un tesoro para el rey, ¡un verdadero tesoro! Y tú quieres expulsarlos... Eres entonces tan enemigo del rey como de los judíos..." Todavía en 1307, después de una resolución de los sacerdotes castellanos contra la usura judía, el rey prohibió suscitar dificultades a los judíos. "Los judíos —dice un decreto a este propósito—, pertenecen al rey, a quien pagan los impuestos; y por esta razón es imposible admitir cualquier limitación de su vida económica, pues redundaría en perjuicio del tesoro real".

En Polonia, la protección real alcanzó proporciones insólitas para esa época. Así, en 1504, el rey polaco Alejandro, declara "que él procede con los judíos como cuadra a los reyes y a los poderosos, que no deben distinguirse solamente por su tolerancia hacia los cristianos sino también para con los adeptos a otras religiones"[26].

[26] He aquí el principio de tolerancia religiosa preconizado al fin de la Edad

Otro rey polaco, Casimiro Jagiellon, dice igualmente "que él hace lo que le dicta el principio de tolerancia impuesto por la ley divina".

La razón de esta actitud no es difícil de comprender. Los judíos constituían para los reyes una fuente de ingresos de las más estimables. Por ejemplo, en España, fueron los financieros judíos, los hermanos Ravia, quienes permitieron a los reyes castellanos poner feliz término a la guerra contra los moros. Otros banqueros judíos sostuvieron a los reyes españoles en su lucha contra la nobleza. En varios países funcionaba una organización fiscal especial, instituída para la percepción de impuestos a los judíos. En Inglaterra, el *Scaccarium Judaeorum* permitía registrar todos los negocios de los judíos y por su intermedio se efectuaba el cobro de sus préstamos. Estaba dirigido por un consejo de siete miembros, de los cuales tres eran judíos, dos cristianos y dos empleados del rey. Cada operación de crédito reportaba el 10 por ciento para el tesoro real.

Naturalmente la realeza no podía contentarse con una parte tan magra. Así, medidas apropiadas, tales como confiscaciones extraordinarias, complementaban a los impuestos normales.

Jurídicamente, los judíos eran "Kammerknechte", esclavos del tesoro real; y en los países donde el poder político se hallaba muy fragmentado, los esclavos del tesoro de los señores.

Llenar la bolsa de los poderosos: ésto se convirtió en la razón de su existencia[27].

En las leyes anglosajonas se dice: "Ipsi Judaei et omnia sua regis sunt", es decir, los judíos y todos sus bienes pertenecen al rey. La legislación de la España septentrional se expresa de la misma manera: "Los judíos son esclavos del rey y pertenecen para siempre al fisco real"[28].

Media y en uno de los países más atrasados de Europa. ¿No es ésto embarazoso para todos los historiadores idealistas que ven todo el problema judío a través del prisma de las persecuciones religiosas?

27 "En los pueblos con poco comercio y manufacturas, el soberano no puede casi arrancar de sus súbditos, en los eventos extraordinarios, ningún recurso considerable... Así, en estos países, procura reunir un tesoro como único recurso de que puede disponer para afrontar circunstancias semejantes". Adam Smith: *Richesse des Nations*, II, p. 198.

A los judíos –"servi camerae"– incumbe la función de proveer ese tesoro.

28 Una interpretación alemana de esta situación no carece de cierto sabor:

El sistema era muy simple. Los judíos estrujaban a los señores y los reyes desollaban a los judíos. Pero para poder esquilmarlos hacía falta tenerlos. Por eso, los reyes protegían a los judíos y estimulaban sus negocios por todos los medios a su alcance.

Pero si el rey, como representante del Estado, tenía interés de proteger a los judíos, no debe olvidarse que al mismo tiempo era un gran señor y en consecuencia uno de sus grandes deudores.

En este papel, se hallaba evidentemente tentado de poner un término a sus negocios, lo cual siempre constituía una operación muy fructuosa. Pero mientras la voluntad de los señores de menor categoría de librarse de sus acreedores y de su codicia, era puesta en jaque y contenida precisamente por la protección que la realeza dispensaba a los judíos, el "gran señor rey" no tenía evidentemente impedimentos exteriores que superar. "Dos almas moraban en su cuerpo": como rey, combatía las reivindicaciones de la nobleza y de la burguesía y se oponía a las carnicerías y expulsión de los judíos; como el mayor terrateniente, él mismo tenía gran interés en las persecusiones dirigidas contra los judíos.

Los medios de que disponían los reyes para extraer dinero de sus esclavos judíos eran muy variados. Primeramente, los arrestos en masa. Se encarcelaba a los judíos con el primer pretexto que viniese a cuento y no se los soltaba hasta que hubiesen entregado sumas considerables. En esta forma, en 1180, el rey de Francia, Felipe II, arrancó 150.000 marcos a los judíos. El conde Alfonso de Poitiers se embolsó en una ocasión parecida, 20.000 libras.

Se utilizaban aún otros procedimientos. Acusábase a los judíos de envenenar el agua de los pozos y de emplear sangre de cristianos en sus ceremonias religiosas (procesos rituales). En 1321, los judíos de Francia fueron condenados a una multa de 150.000 libras por haber emponzoñado los pozos.

"Por gratitud hacia Josefo Flavio que había curado a su hijo, el emperador Vespasiano resolvió proteger a los judíos y Tito acogió, después de la ruina del segundo templo, a muchos judíos que redujo a la esclavitud. Desde entonces, los judíos son esclavos del Estado y así deben ser considerados en el Estado alemán, pues que los reyes germánicos son sucesores de los poderosos emperadores de la antigua Roma".

Por último, la más provechosa de esta clase de operaciones consistía en expulsar a los judíos, confiscar sus bienes y readmitirlos después contra el pago de cuantiosas sumas. En 1182, Felipe Augusto expulsa a todos los judíos de su reino y confisca todos sus bienes inmuebles. Les permite volver 15 años más tarde haciéndose ofrecer por esta "caridad" 150.000 marcos. De nuevo en 1268, el rey de Francia decreta que todos los judíos deben abandonarla y que sus tesoros serán confiscados. En seguida conferencia con sus "servi camarae" y la medida es derogada mediante considerables regalos.

La expulsión de los judíos en 1306 reporta al rey de Francia 228.460 libras, suma enorme para esa época. Invitados a regresar en 1315, los judíos pagan 22.500 libras por este nuevo favor. Pero seis años después se ven obligados a reemprender el camino del destierro.

La historia de los judíos de Francia y del Languedoc termina en 1394 con su expulsión definitiva acompañada del habitual epílogo: la confiscación de todos sus bienes.

No se limitan a Francia estos procedimientos. En 1379, los príncipes austríacos encarcelan a todos los judíos; éstos no logran la libertad sino entregando gruesas sumas. Los mismos príncipes se aprovechan de una agitación antisemita entre los campesinos, en 1378, para obligar a los judíos a pagarles 16.000 marcos.

La actitud de los reyes y de los príncipes parece, pues, muy contradictoria. Pero el desarrollo económico la determina en último análisis. Allí donde los judíos desempeñan un papel indispensable en la vida económica, allí donde la economía mercantil se desarrolla débilmente, el interés del Estado impele a los reyes a proteger a los judíos, a defenderlos contra todos sus enemigos. Así, en Polonia, la realeza aparece siempre como su más firme protectora.

En los países desarrollados, donde la usura no es sino un anacronismo, los reyes tienen menos escrúpulos en esquilamar a los judíos. Pronto la única potencia financiera importante será la de la burguesía, que se basaba en el desarrollo de la economía y los judíos perderán todo interés a los ojos reales. ¿Qué son los "banqueros judíos" al lado de financieros como los Fugger o los Médicis? He aquí que dice Schipper a propósito de la importancia de esos "banqueros judíos": "En cuanto a la importancia de los capitales de los banqueros judíos de Italia, no hemos hallado entre los capitalistas ju-

díos más que dos familias verdaderamente ricas. Pero, ¿qué eran en comparación con magnates como los Médicis, que hacia 1440 poseían medio millón de florines o con Agostino Chigi que dejó, en 1520, 800.000 ducados?".

Los banqueros judíos sólo tenían a su disposición algunos millares de florines.

Va de suyo que en estas condiciones, los judíos no podían presentar más interés para los reyes. La era de los grandes magnates judíos que sostenían el poder real contra sus enemigos internos y externos se había clausurado definitivamente. "Los gastos crecientes de la guerra, más costosa a medida que los mercenarios y la flota desempeñaban un rol mayor, cada vez imponen al Estado y a los príncipes la necesidad de proveer su tesoro con una nueva fuente. Desde entonces sólo hay que hacer una cosa: dirigirse al Tercer Estado, es decir, a las ciudades y pedirles que abran la bolsa" (Pirenne).

La declinación de la posición económica de los judíos, producto del desarrollo capitalista de la economía, tuvo efecto por la pérdida de la protección que les habían dispensado reyes y príncipes. Los reyes se asocian activamente a las persecusiones y al despojo de los judíos.

La nobleza y los judíos

En la alta Edad Media, los judíos eran indispensables a los nobles como principales proveedores de productos orientales. Más tarde, el noble disipador, viviendo sin cálculos, necesitó de los judíos como reserva de dinero siempre puesto a satisfacer sus caprichos. Para muchos señores poderosos era el judío, como para los reyes, fuente de importantes ingresos. Durante la época en que la autoridad real no se había impuesto aún de manera incontrastable a la nobleza, estallaban frecuentes conflictos entre príncipes, señores y reyes por la posesión de los judíos[29].

29 "Era cosa tan lucrativa y tan conveniente explotar al judío, que cada príncipe procuraba tener la mayor cantidad posible. Había judíos del rey y de los señores. Felipe el Hermoso, en 1299, compró a su hermano por la su-

En el siglo XII, se comenta mucho el proceso entre la condesa Blanca y el rey Felipe Augusto a propósito del judío Kresslin que había huído del territorio de la condesa para refugiarse en tierras del rey.

A ejemplo de los reyes, los barones se habían apropiado de los judíos; un barón decía "mis judíos", como decía "mis tierras" al enumerar sus rentas. Esta propiedad daba, en efecto, bastante rendimiento.

Thibaut, conde de Champagne, estaba tan convencido como el rey Felipe de su derecho de propiedad sobre los judíos que moraban en sus dominios. En 1198 celebraron un acuerdo por el cual se comprometían a no retenerse recíprocamente los judíos[30].

La práctica de convenios a propósito de los judíos se propaga rápidamente en el siglo XIII. Para no dar lugar a pleitos prolongados, los reyes y príncipes se comprometen a entregarse recíprocamente a los judíos que se refugien en su terrotorio. Un acuerdo de esta especie concluido en 1250 dice que tanto el rey como los príncipes conservan sus derechos sobre los judíos "que son como esclavos" ("Judaeus tamquam proprius servus").

"Más adelante, vemos judíos puestos en pública subasta. Felipe II compra al conde de Valois, su hermano, todos los judíos de su condado después de haber sostenido un pleito con él a propósito de 43 judíos de que se reclamaba dueño. Le compra, además, un judío de Ruán que redituaba 300 libras por trimestre"[31].

"Dado que los príncipes electores tienen el derecho de explotar en sus dominios todas las minas de oro, de plata, de estaño, de hierro, así como las minas de sal, debe serles también permitido admitir y poseer judíos". Así se expresa una "bula de oro" del emperador germano del año 1356.

Pronto las ciudades alemanas, cada vez más prósperas, disputaron a los reyes y a los príncipes el derecho de poseer judíos. De igual modo que entre la realeza y los príncipes, se celebrarán tam-

ma de 20.000 libras, todos los judíos del condado de Valois". D'Avenel: *Histoire économique de la proprieté*, tomo I, p. 111.

30 Depping: o.c.

31 Bédarride: *Les Juifs en France, en Italie et en Espagne.*

bién acuerdos en las ciudades, que adquirirán así una parte importante de los beneficios que rendía la explotación de los judíos.

Naturalmente, todos los que así se beneficiaban de la usura judía no podían sino ser hostiles a la conversión de los judíos al cristianismo. Tan cierto es que la religión es el reflejo de una función económica, que el pasaje de los judíos al cristianismo acarreaba automáticamente el abandono de su profesión por los conversos. "Las discusiones provocadas por los nuevos conversos ocasionaban siempre si no el convencimiento de los rabinos que sostenían la discusión, al menos la conversión violenta de cierto número de judíos. A tal punto, que los señores y los mismos obispos, a quienes se quitaba así sus judíos y los ingresos que les reportaban, elevaron en varias ocasiones sus quejas al rey. "El obispo Palencia, después de una polémica pública provocada por un judío converso, Jehuda Nosca —la cual había causado la conversión de un gran número de judíos— suplicaba al rey que le ayudase dado que sus recursos iban a ser considerablemente reducidos"[32].

El rey inglés Guillermo II, que llegó hasta arrendar a los judíos las rentas de las sedes episcopales vacantes, obligaba a los judíos conversos a retornar al judaísmo para no perder los beneficios que de ellos extraía.

A fin de impedir la conversión de los judíos, otro rey inglés, Enrique II, decretó que sus bienes, cuando abrazasen el cristianismo, serían adjudicados a la Corona para compensar la pérdida de los beneficios que los judíos hubiesen aportado al rey de no convertirse[33].

Se ve por ello la ingenuidad de nuestros historiadores idealistas, quienes imaginan que todos los esfuerzos de la cristiandad tendían a la conversión de los judíos y creen que los sufrimientos de los judíos han de explicarse por la resistencia que opusieron a tales esfuerzos. Tanto tiempo como la función económica representada

[32] Bédarride: o.c., p. 207.

[33] Brentano: *Eine Geschichte der Wirtschtlichen Entwicklung Englands:* "Se introdujo la costumbre de confiscar los bienes de los judíos que abrazaban el cristianismo. Esta confiscación era una especie de derecho de amortización para el príncipe o para los señores por los impuestos que percibían de los judíos y que se veían privados cuando éstos abrazaban el cristianismo". Montesquieu: .*L'esprit des Lois*, tomo II, p. 188.

por el judaísmo fue necesaria, hubo oposición a su asimilación económica. Sólo cuando el judío se tornó superfluo económicamente, debió asimilarse o desaparecer.

Naturalmente, era una parte mínima de la nobleza la que sacaba provecho de la usura judía. Para la mayoría de los señores feudales, el judío era causa directa de su ruina. Para que el rey o el príncipe pudiese despojar a los judíos, era menester que la mayoría de los nobles gimiesen bajo el peso de sus deudas.

Obligados a abandonar de esta manera a los judíos parte de la plusvalía que arrancaban a los campesinos, era evidente que los nobles intentarían recuperarla en la primera ocasión. El endeudamiento de los nobles con los usureros judíos contenía en germen sangrientos conflictos.

En 1189, se produjeron violencias antisemitas en una serie de ciudades inglesas: en Londres, en Lincoln, etc.

Un año después estalló la tragedia de York. Los caballeros deudores de los judíos de York, influidos por un Mallebidde, atacan a los judíos y al *scaccarum judaeorum*. Los pagarés encontrados en el Scaccarum fueron solemnemente quemados y los judíos refugiados en el castillo debieron sufrir un sitio. El asunto terminó con el suicidio colectivo de los judíos sitiados. No faltó el epílogo habitual: el rey se hizo traspasar los créditos de los suicidas, puesto que los judíos eran esclavos de su tesoro. Las carnicerías antijudías en Londres, en 1264, donde hubo 550 víctimas, fueron organizadas también por terratenientes deudores de los judíos. Sucede lo mismo en lo que respecta a las revueltas antijudías en otras ciudades; así, en Canterbury, comenzóse por asaltar el Scaccarium judaeorum.

En toda Europa, las asambleas de la nobleza protestan incesantemente contra la usura judía. Sus diferentes reivindicaciones caracterizan perfectamente la posición de los feudales frente a los judíos.

En la segunda mitad del siglo XIII, las cortes castellanas someten tres exigencias a consideración del rey: 1°) Reglamentación de las operaciones de crédito judías y limitación de la tasa de interés reclamada por los usureros; 2°) Interdicción del derecho hereditario de posesión de tierras a los judíos; 3°) Reforma de la administración de las finanzas y eliminación de funcionarios e intendentes judíos.

Serán estas las reivindicaciones clásicas de la nobleza en todos

los países europeos. Procuran limitar la parte de la plusvalía que la nobleza está obligada a abanadonar a los judíos, impedirles que se conviertan en propietarios de tierras y que se apoderen del aparato del Estado.

Sólo en el siglo XIV obtuvo la nobleza española los primeros resultados en este terreno. En 1328, el rey Alfonso IX redujo la tasa de interés al 25% y anuló la cuarta parte de todos los créditos de los judíos. En 1371, se produjo una nueva amputación de esos créditos. En varias ocasiones las cortes aragonesas elevaron protestas a propósito de la elevada tasa de interés pagada a los judíos, particularmente en 1235, 1241, 1283, 1292 y 1300.

Las cortes de Portugal se lamentan en 1361 de que la usura judía se convierte en un yugo cada vez más difícil de soportar por la población.

"En los círculos de la nobleza y del rico patriciado español, se odiaba a los judíos a causa de sus funciones en la Administración del Estado, en las cuales se demostraban como serviles instrumentos de la realeza, así como a causa de los grandes arrendamientos de impuestos y de tasas mediante los cuales los magnates judíos aumentaban incesantemente su fortuna" (Schipper, o.c.).

También en Polonia las reivindicaciones de la nobleza y del clero contra la usura judía se hacen cada vez más apremiantes. Un congreso eclesiástico celebrado en 1420 pide al rey que se tomen medidas contra la "gran usura judía". En 1424, Vladislav Jagiellon promulga el "estatuto de Warta" que prohibe a los judíos el préstamo hipotecario. En 1454, el "estatuto de Nieszawa" limita la validez de los préstamos de los judíos a tres años. Los *seyms* —consejos— de los nobles llegan también a prohibir a los judíos el acceso a empleos del Estado.

La nobleza polaca persigue también idénticos objetivos que la nobleza española: limitación de la tasa de interés, salvaguardia de sus propiedades, eliminación de los judíos de los puestos administrativos.

Razones políticas se suman a las causas económicas de la hostilidad que alentaba la nobleza hacia los judíos. "En 1469, las cortes protestan contra la admisión de judíos en los arrendamientos de impuestos y la protección que les proporcionan los reyes. Procesos

rituales y matanzas en masa apoyan la presión que ejercen los nobles sobre la realeza"[34].

Los judíos eran, en efecto, firmes soportes del absolutismo real, dirigido ante todo contra la nobleza. La plusvalía abandonada por los nobles a los judíos contribuía a forjar sus cadenas.

Los pequeños sectores odiaban a los judíos como acreedores; los grandes veían en ellos uno de los principales pilares financieros en que reposaba la independencia de los reyes.

La ayuda financiera de los judíos era indispensable a los reyes en su lucha contra la nobleza, como también para oponerse a las crecientes exigencias de las ciudades. Gracias a ellos, ante todo, pueden los reyes mantener los costosos ejércitos de mercenarios que empiezan a substituir a las hordas indisciplinadas de la nobleza. Estos ejércitos sirven en primer lugar a los fines de la política exterior. Así, en España, es la banca judía la que, en gran parte, permite a los reyes vencer a los árabes. "En 1233, el banquero judío Jehuda Cavallera presta al rey aragonés una gruesa suma que le permite equipar una flota contra los árabes. En 1276, Cavallera reúne fondos para un ejército que combate a los árabes en Valencia"[35].

Pero es más grave a ojos de la nobleza y aumenta la serie de sus agravios, el apoyo judío a la realeza en su lucha contra los señores feudales.

Ya hemos hablado de los hermanos Ravia, que proveían de armas y dinero a los ejércitos reales durante las guerras civiles que el rey hacía contra los nobles insurrectos de Cataluña. La nobleza no podía perdonar ésto a los judíos. Los hermanos Ravia fueron asesinados, como también muchos de sus descendientes.

En general, la lucha de la nobleza contra los judíos es mucho menos radical que la burguesa. El diferente contenido social influye en la intensidad y formas de lucha de cada clase. Mientras el propie-

[34] A veces, los judíos pasaban también a la ofensiva. En 1376, el banquero Jekl emplea bandas de mercenarios contra deudores nobles que habían rehusado el pago de sus deudas. Su hijo contrata mercenarios con el propósito de lanzar un ataque contra Nuremberg, porque el Consejo de esta ciudad le había confiscado sus casas.

[35] Schipper: o.c.

tario de tierras ha menester todavía del usurero y busca sólo restringir el campo en que opera, el burgués e incluso el noble aburguesado lo sentirán cada vez más como una traba inaguantable.

La burguesía y los judíos

El monopolio comercial judío constituyó uno de los mayores obstáculos que hubo de superar la burguesía naciente. La destrucción de la preeminencia comercial de los judíos era la condición para su desarrollo.

No se trataba de una lucha de dos grupos nacionales o religiosos por el predominio comercial, sino de un conflicto de dos clases que representaban sistemas económicos diferentes. La pretendida competencia nacional sólo refleja aquí, la transición de la economía feudal a la economía mercantil. Los judíos monopolizaban el comercio en la época en que "los grandes propietarios compraban obras refinadas y objetos lujosos de gran precio mediante grandes cantidades de productos brutos de su tierra"[36]; el desarrollo industrial de Europa occidental puso fin a su monopolio[37].

Al luchar contra los judíos, los comerciantes nativos se dirigen contra una función económica caída en desuso y que aparece cada vez más como explotación intolerable del país para los extranjeros.

36 "Los habitantes de las ciudades comerciales, al importar de los países más ricos obras refinadas y objetos de lujo de gran precio, ofrecieron alimento a la vanidad de los grandes propietarios que los adquirían ansiosamente, a cambio del producto bruto de sus tierras. El comercio de gran parte de Europa, en esta época, consistía en el intercambio del producto bruto del país contra el producto manufacturado de otro país industrialmente más adelantado". Adam Smith: *"Richesse des Nations"*, t. III, cap. III.

37 "Mientras las materias primas fueron el principal producto inglés de exportación, el comercio exterior estuvo en manos de comerciantes extranjeros y de mercaderes de paso... *Esto cambió a medida que los ingleses se dedicaron a transportar por sí mismos sus materias primas, particularmente la lana. En seguida los comerciantes ingleses comenzaron a buscar mercados para colocar sus manufacturas"* (los mercaderes emprendedores). Brentano: *Eine Geschichte der Wirtschaftlichen Eintwicklung Englands*, II, p. 139.

Las relaciones de la clase comercial con los judíos después de la eliminación de éstos del comercio, sufrieron una modificación profunda. El crédito judío era esencialmente para el consumo. No recurren a los banqueros judíos los comerciantes para sus negocios. Grandes casas de banca como la de los Médicis, de los Chigui, Fugger, se desarrollan en las grandes ciudades. Posteriormente, cuando la economía mercantil penetre en los dominios rurales, los usureros judíos serán repelidos por la invasora influencia de estas grandes bancas cristianas. Así como el comercio precapitalista es eliminado de las ciudades por el desarrollo de la economía mercantil, el usurero es desalojado por la penetración del capitalismo en el dominio feudal.

Completamente distinta será la posición de los grandes comerciantes hacia los judíos cuando éstos, al declinar su papel económico, sólo serán pequeños usureros que prestan a los artesanos y pequeños tenderos.

Ya no aparece el judío en esta época como competidor del rico comerciante o banquero; le preocupa como interesante fuente de beneficios y como medio de debilitar a las clases populares con quienes estaba en lucha ininterrumpida. Los grandes comerciantes disputarán ahora los judíos a los reyes y señores. Sobre todo en Alemania, pasan las ciudades a una ofensiva general para apoderarse de los beneficios que procuraba los príncipes el "impuesto" a los judíos.

El "impuesto" judío se difunde cada vez más a partir de la segunda mitad del siglo XIII. Las ciudades alemanas, ya florecientes en esta época, también reivindican una parte. Su obstinada lucha contra los señores feudales les había permitido conquistar una serie de libertades como los tribunales autónomos y el derecho de administrarse. Dirigen ahora su atención hacia el "impuesto" judío y se esfuerzan por arrancarlo de manos de los señores y del emperador.

La ciudad de Colonia obtiene en 1252 de su arzobispo, el derecho sobre un tercio de los impuestos percibidos sobre los judíos de la ciudad. El obispo de Worms permite en 1293 al consejo urbano que admita a los judíos y les imponga impuestos[38]. El 7 de marzo

[38] Schipper: o.c.

de 1456, el obispo Burckard empeña los judíos de Halberstadt por tres años al consejo de esta ciudad[39].

El "impuesto" judío es conquistado: por Maguncia, en 1259; por Regensburgo, a fines del siglo XIII, por Nuremberg, en 1315; por Speyer, en 1315; por Zurich, en 1335; por Francfort, en 1337; por Estrasburgo en 1338, etc.

La lucha de estas tres fuerzas: la nobleza, el emperador y las ciudades, concluye en un compromiso a costa de los judíos.

Pagarán:

a) *al Emperador:* 1) el impuesto normal (en 1240 los judíos entregaban una quinta parte del mismo); 2) un pfening oro que debía pagar cada judío o judía que poseyese más de 20 gulden;
b) *a la nobleza:* 1) el impuesto anual; 2) el impuesto extraordinario;
c) *a las ciudades:* el impuesto especial cuyo monto se fijaba para cada judío en el momento de recibir "la carta de ciudadanía" (Burgerbrief).

Numerosos impuestos y contribuciones extraordinarias se agregaban a los citados. Medios similares a los que hemos encontrado en otros países europeos, se utilizaron para arrancar de los judíos todo el dinero posible. Las revueltas populares y campesinas constituían igualmente ocasiones inmejorables para hacer pagar largamente a los judíos la protección que se les dispensaba.

El creciente poder de las ciudades aumentaba su autoridad sobre los judíos. "En 1352, de acuerdo con una autorización del emperador a la ciudad de Speyer, los judíos que habiten entre nosotros, nos pertenecerán exclusivamente, seremos dueños de sus cuerpos y bienes".

Un convenio de 1352 estipula que la ciudad de Francfort debe pagar al emperador la mitad de los beneficios que percibía de los judíos. En Nuremberg, la parte del emperador ascendía dos tercios.

La lucha de clases cuyo objeto era el reparto de los beneficios reportados por la explotación de los judíos, se volvía a menudo contra estos últimos. "El obispo de Colonia —dice una crónica de

39 Dr. Max Kohler: *Die Juden in Halberstadt und Umgebung bis zur Emanzipation*, p. 3.

esta ciudad— quería monopolizar para siempre los beneficios del "impuesto" judío. Esa fue la razón de la expulsión definitiva de los judíos de dicha ciudad". Los judíos "de los emperadores" eran maltratados por los príncipes y los de los príncipes por los burgueses.

Relaciones de los judíos con los artesanos y campesinos

A medida que la usura se trocaba en principal ocupación de los judíos, éstos, cada vez más, entraban en contacto con las masas populares. Tales relaciones empeoraban sin cesar[40]. No era el ansia de lujo la que compelía al campesino o al artesano a acudir al usurero, sino la miseria más negra. Empeñaban los instrumentos de trabajo que a menudo les eran indispensables para asegurar su vida. Es fácil comprender cuánto odio experimentaría el hombre del pueblo hacia el judío, en quien veía la causa directa de su ruina, sin percatarse de que el emperador, el príncipe o el rico burgués se enriquecía gracias a la usura judía. Es sobre todo en Alemania, en donde la usura judía tomó su forma más "popular", principalmente en los siglos XIV y XV, que se manifestó en máximo grado este odio hacia los judíos, odio que culminó en carnicerías antijudías y en los "incendios" de los judíos (Judenbrand).

"Muchas de las persecuciones antijudías en el período medioeval y en las que se trataba en primer lugar de destruir los pagarés, deben ser consideradas como formas medioevales de lo que actualmente se llama una revolución social" (Roscher).

Las primeras revueltas de gran envergadura contra los judíos se produjeron entre 1336 y 1338. Fueron dirigidas por Cimberlin, el "rey de los pobres", y de Alsacia se extendieron a Baviera, Austria y

40 "La usura acumula dinero allí donde los instrumentos de trabajo están dispersos. No modifica el proceso de producción, pero se adhiere a él como parásito; lo presiona y lo enerva, y torna cada vez más miserables las condiciones de la producción. De allí proviene el odio popular hacia los usureros". Marx: *El Capital*, libro III, tomo II, p. 167.

Bohemia. Pero fue sobre todo durante los años de la "peste negra", entre 1348 y 1350, cuando el fanatismo unido al odio, hizo terribles estragos. "En Estrasburgo, son las corporaciones las que predican el aniquilamiento de los judíos. Pero el consejo urbano, cuya mayoría patricia saca grandes beneficios de la usura, se rehusa a prestar su acuerdo. Burgueses como Conrad von Winterbourg, el rico Sturm y el rico artesano Schwarber, pronuncian discursos en favor de los judíos. Las corporaciones no abandonan por ello sus reivindicaciones antijudías. Finalmente se envía el asunto a un congreso que deberá celebrarse en 1343 y donde tomarán parte representantes de la iglesia, la nobleza y las ciudades. Las reivindicaciones de las corporaciones son sostenidas por la Iglesia y los caballeros, deseosos de librarse de sus deudas[41]. Inmediatamente los judíos son declarados fuera de la ley y se propagan incendios judíos en toda Alsacia".

En Maguncia y Colonia, el patriciado procuró proteger a los judíos, pero fue sumergido por la marea popular. Una crónica urbana de Augsburgo relata lo siguiente: "En 1384, los burgueses de Nedlingen, después de masacrar a todos los judíos de esa ciudad, se apoderaron de sus bienes. Los deudores de los judíos, entre ellos el conde de Etingen, fueron liberados de sus deudas. Se devolvieron al conde sus prendas y pagarés. Todo ésto lo hizo la multitud contra la voluntad del consejo urbano".

Las revueltas campesinas iban acompañadas de carnicerías de judíos. En 1431, los campesinos de Pfatz marcharon armados contra Worms y exigieron del consejo urbano que los librase de los judíos, "pues los habían arruinado y despojado hasta la última camisa. El consejo se opuso a estas demandas, pues era quien más se beneficiaba con la usura judía. Los señores entraron en negociaciones con el mismo para obtener la renuncia de los intereses acumulados sobre la pobreza de los campesinos".

Los disturbios antijudíos de Cataluña y de las Islas Baleares tie-

[41] La actitud de la nobleza se explica probablemente por el hecho de que la burguesía rica había llegado a apoderarse del impuesto a los judíos y, por consiguiente, los intereses de los caballeros coincidían con los de las masas populares de las ciudades contra el patriciado.

nen idéntico carácter. Los campesinos, que vivían en la mayor miseria y estaban muy fuertemente endeudados con los judíos a causa del peso de los impuestos, se rebelan para liberarse de sus deudas y queman los archivos judiciales.

Capítulo IV
Los judíos en
Europa Occidental y Oriental

Los judíos en Europa Occidental después del Renacimiento

La tesis de Sombart. El descubrimiento del Nuevo Mundo y la colosal expansión comercial subsiguiente, dieron el toque de agonía del viejo mundo corporativo feudal. La economía mercantil, al alcanzar un nivel más elevado, aventó los residuos de las épocas anteriores y puso con el desarrollo de las manufacturas y de la industria rural, las bases para el capitalismo industrial. El puesto de los viejos núcleos de la industria corporativa y del comercio medioeval, ahora en decadencia, lo ocupó Amberes, la cual se constituyó, durante cierto tiempo, en centro comercial del mundo.

Por doquier —si bien en épocas y en formas distintas— declinó, junto con la economía que producía valores de uso, la función económica y social de los judíos. Una parte considerable de ellos vióse forzada a abandonar los países de Europa Occidental y a buscar refugio en aquellas regiones en donde aún no había penetrado el capitalismo, principalmente en Europa Oriental y en Turquía. Otros se asimilaron, confundiéndose con la población cristiana. Pero esta asimilación no fue siempre cosa fácil. Las tradiciones religiosas sobrevivieron mucho tiempo a la situación social que había constituido su fundamento. Durante siglos, la Inquisición combatió con en-

carnizamiento y barbarie las tradiciones judaicas que subsistían entre la multitud de conversos.

Los judíos que se incorporaron a la clase comercial adquirieron cierta notoriedad bajo el nombre de "nuevos cristianos", principalmente en América y, también, en Burdeos y Amberes. Durante la primera mitad del siglo XVII, todavía estaban en manos de los judíos todas las grandes plantaciones de azúcar del Brasil. Por decreto del 2 de marzo de 1768, fueron destruidos todos los registros referentes a los nuevos cristianos; y por ley del 24 de marzo de 1773, los "nuevos cristianos" fueron equiparados jurídicamente con los demás.

En la Guayana Holandesa, por 1730, los judíos poseen 115 de las 344 plantaciones. Pero, contrariamente a las épocas anteriores, la actividad de los judíos en América ya no tenía carácter económico peculiar: nada la distinguía de la actividad de los cristianos. El "nuevo cristiano" comerciante poco difería del "viejo cristiano" comerciante. Lo mismo ocurría con el judío dueño de plantaciones. Y esto explica también por qué se esfumaron rápidamente los distingos jurídicos, religiosos y políticos.

En el siglo XIX, los judíos de América del Sud cabían, por así decir, en un puño[1]. La asimilación de los judíos continuó de modo igualmente rápido en Francia e Inglaterra. Los ricos comerciantes judíos de Burdeos, reputados como dueños de calles enteras y que realizaban un comercio considerable, considerábanse completamente integrados en la población cristiana. "Quienes conocen a los judíos portugueses de Francia, Holanda e Inglaterra, saben que lejos de tener, como dice el señor de Voltaire, un odio irreductible hacia todos los pueblos que los rodean, se creen por el contrario tan identificados con ellos que se consideran parte de los mismos. Su origen portugués o español se ha convertido en una cuestión puramente eclesiástica"[2]. Los judíos asimilados de Occidente no reconocen nin-

1 "Existían en el siglo XIX, en las repúblicas de la América española, centenares de judíos, comerciantes, terratenientes y también soldados, pero que ya nada sabían de la religión de sus padres. Philipson: *Historia judía*, pág. 226.

2 En Inglaterra, "algunos de estos judíos españoles se convirtieron al cris-

gún grado de parentesco con los judíos que permanecen todavía en las condiciones de la vida feudal. "Un judío de Londres se asemeja tan poco a un judío de Constantinopla como éste a un mandarín de la China. Un judío de Burdeos y un judío alemán de Metz parecen seres absolutamente diferentes. El señor de Voltaire no puede ignorar la escrupulosa delicadeza de los judíos portugueses y españoles en punto a mezclarse por matrimonio, alianza o de otra manera, con los judíos de otras naciones" (Carta de algunos judíos portugueses a Voltaire).

Además de los judíos españoles, franceses, holandeses e ingleses, cuya asimilación continúa completándose lenta y seguramente, todavía se encuentran en Europa Occidental, principalmente por Italia y Alemania, judíos que viven en ghettos, principalmente pequeños usureros y mercachifles. Constituyen un resto lamentable de la antigua clase mercantil judía. Son despreciados, perseguidos y sometidos a innumerables trabas.

Fundamentándose particularmente en el rol económico bastante apreciable de la primera categoría de judíos, presentó Sombart su famosa tesis sobre "los judíos y la vida económica". El mismo la resume en estos términos: "Los judíos favorecen el desarrollo económico de los países y ciudades donde se establecen y los países y ciudades donde se establecen y los países y ciudades que abandonan se sumen en la decadencia". "Ellos son los fundadores del capitalismo moderno". "Ni el capitalismo moderno, ni cultura moderna, existirían sin la dispersión de los judíos por los países del Norte". "La marcha de Israel es comparable a la del sol: allí donde llega, florece una nueva vida. Lo que antes florecía, se pudre en los lugares que dejó".

Así es como Sombart —muy poéticamente, por lo demás— expone su tesis. Y he aquí las pruebas en que la apoya.

1. "El gran acontecimiento mundial de que es preciso acordarse ante todo, es la expulsión de los judíos de España y Portugal

tianismo... Familias después célebres en el mundo entero: los Disraeli, los Ricardo, los Aguilar, abandonaron así el judaísmo. Otras familias sefaraditas fueron asimiladas por la sociedad inglesa". Graetz: *Historia judía*, tomo VI, p. 344.

(1492-95 y 1497). Jamás debería olvidarse que un día, antes de la partida de Colón, de Palos para descubrir América como se dice (3 de agosto de 1492), 300.000 judíos abandonaron España".

2. En el siglo XV, los judíos fueron expulsados de las más importantes ciudades comerciales de Alemania: Colonia (1424-25), Augsburgo (1439-40), Estrasburgo (1438), Erfurt (1458), Nuremberg (1448), Ulm (1499), Regensburgo (1519). En el siglo XVI, corrieron la misma suerte en numerosas ciudades italianas; fueron expulsados en 1492 de Sicilia, en 1504-41 de Nápoles, en 1550 de Génova y Venecia. Aquí también la decadencia de estas ciudades coincide con la partida de los judíos.

3. El desarrollo económico de Holanda a fines del siglo XVI, se caracteriza por el ascenso del capitalismo. Los primeros marranos portugueses se establecen en Amsterdam en 1597.

4. El florecimiento de Amberes como centro del comercio mundial y como bolsa mundial, abarca exactamente, el período existente entre la llegada y la partida de los marranos.

Estas pruebas fundamentales de las tesis sombartiana se dejan refutar con bastante facilidad.

Es absurdo:

1. Ver en la simultaneidad de la partida de Cristobal Colón "para descubrir América" y la expulsión de los judíos de España, una prueba de la decadencia de los países que ellos abandonan. "España y Portugal no sólo no decayeron en el siglo XVI, bajo Carlos V y Manuel, sino que alcanzaron, al contrario, el apogeo de su historia. Aun a comienzos del reinado de Felipe II, España es todavía la primer potencia de Europa y las riquezas de Méjico y Perú, hacia ella encauzadas, son inconmensurables" (Brentano: "*Aufange des capitalismus*", p. 163).

Esta primera prueba sombartista se basa en una antífrasis flagrante.

2. Por otra parte, las cifras que proporciona sobre la distribución de los refugiados judíos procedentes de España, contribuyen a demoler su tesis. Según él, de 165.000 expulsados, 1220.000, o sea el 72%, emigraron a Turquía y los países musulmanes. Allí pues, es donde el "espíritu capitalista" de los judíos debió producir los efectos más importantes. Es menester añadir que, si puede hablarse siquiera de cierto ascenso económico del imperio turco bajo Soli-

mán el Magnífico, este país ha quedado, hasta tiempos muy recientes, como el menos accesible al capitalismo y que, por tanto, los rayos de sol se demostraron allí... muy fríos. Verdad es que un número bastante apreciable de judíos (25.000) se establecieron en Holanda, Hamburgo, Inglaterra, pero ¿puede admitirse que la misma causa haya producido efectos diametralmente opuestos?

3. La coincidencia que percibe Sombart en la declinación de las ciudades alemanas se explica fácilmente por una inversión de la relación causal. No provocaron la ruina de estas ciudades las medidas tomadas contra los judíos; éstas fueron, al revés, el efecto de la decadencia de esas ciudades. Además, la prosperidad de otras ciudades no fue el resultado de la inmigración judía: esta última se dirige muy naturalmente hacia las ciudades prósperas. "Es evidente que la relación de causa a efecto es contraria a la de Sombart" (Brentano).

El estudio del papel económico de los judíos en Italia y Alemania a fines de los siglos XV y XVI confirma plenamente este criterio. Evidentemente, los montepíos y negocios de los usureros judíos, resultaban soportables mientras la situación de estas ciudades era relativamente buena. Cualquier empeoramiento de la situación tornaba inaguantable el peso de la usura y la cólera de la población se dirigía en primer término contra los judíos.

4. El ejemplo de Holanda no invalida, es verdad, la tesis de Sombart, pero tampoco la confirma. Admitiendo, incluso, que su prosperidad fuese favorecida por la llegada de los marranos, nada nos autorizaría a considerarla como su causa. ¿Y cómo explicar, con este criterio, la decadencia holandesa en el siglo XVIII? Parece, por lo demás, que se exagera el papel económico de los judíos en Holanda. Dice Sayous a propósito de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, de decisiva importancia para la properidad de Holanda: "En todo caso los judíos no tienen ningún papel en la formación de la primera sociedad anónima por acciones verdaderamente moderna: la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Apenas si suscribieron el 1% de su capital social y su actividad de los años siguientes careció de importancia".

¿Hace falta continuar? ¿Es necesario hablar del importante desarrollo económico de Inglaterra precisamente en la época posterior a la expulsión de los judíos? "¿Si la relación causal establecida por Sombart fuese verdadera, cómo explicar que en Rusia y en Polonia,

donde el pueblo meridional del "desierto" era el más numeroso, su influencia sobre los pueblos nórdicos no haya originado en modo alguno florecimiento económico?" (Brentano, o.c., p. 163).

La teoría de Sombart es, por tanto, completamente falsa[3]. Pretende tratar el papel económico de los judíos, pero lo hace de modo completamente caprichoso, disponiendo la historia a su gusto. Presenta una tesis sobre los judíos y la vida económica *en general*, pero únicamente se ocupa de un período muy restringido de su historia.

Sombart construye una teoría sobre los judíos *en general* y la vida económica pero se ocupa sólo de una minoría de judíos occidentales, de judíos en vías de asimilarse completamente.

Realmente, incluso si el papel de los judíos occidentales hubiese sido tal como Sombart lo presenta, sería menester dejarlo de lado para comprender la cuestión judía en la época actual. Sin el aflujo de judíos orientales a Europa Occidental en el siglo XIX, los judíos occidentales se hubieran confundido completamente con el medio circundante desde hace mucho tiempo.

Una observación más, a propósito de la teoría de Sombart: ¿si los judíos aportaban tal bienestar económico, si su partida provocaba la ruina económica de las ciudades y regiones que abandonaban, cómo explicar su contínua persecusión durante la baja Edad Media? ¿Justificar estas persecuciones como debidas a la religión? Pero entonces, ¿por qué la posición de los judíos fue tan firme en Europa Occidental durante la alta Edad Media y en Europa Oriental hasta el siglo XIX? ¿Cómo interpretar la properidad judía durante largos siglos en los países más atrasados de Europa, en Polonia, en Lituania? ¿Y la gran protección que les dispensaban los reyes? ¿Ex-

3 "El libro de Sombart sobre los judíos contiene una interminable serie de graves errores; parecería el riguroso desarrollo de una paradoja por un hombre que posee el genio de las exposiciones demasiado largas. Como toda paradoja, sólo contiene ideas falsas; la parte relativa a la época actual merece ser leída, aún cuando deforma a menudo las características del pueblo semita. Su parte histórica, de cualquier modo es casi ridícula. El capitalismo moderno nació y se desarrolló en momentos en que los judíos, rechazados en todas o casi en todas partes, no estaban como para convertirse en precursores". Sayous.

plicar la diferencia de la situación de los judíos por diferencia de intensidades del fanatismo religioso? Pero, ¿Cómo admitir que este fanatismo religioso sea precisamente más intenso en los países más desarrollados? ¿Cómo explicar que sea justamente en el siglo XIX que el antisemitismo se desarrolle con tanta fuerza en Polonia?

Se trata, por consiguiente, de encontrar las causas de la diferencia existente en la intensidad del fanatismo religioso. Y nos vemos así obligados a estudiar los fenómenos económicos. La religión explica las persecuciones antijudías como la virtud dormitiva el sueño. Si los judíos hubiesen cumplido realmente el papel que Sombart les atribuye, sería penoso comprender por qué el desarrollo del capitalismo les fue funesto[4].

Es, por tanto, inexacto considerar a los judíos como fundadores del capitalismo moderno. Los judíos contribuyeron indudablemente al desarrollo de la economía mercantil en Europa, pero su papel económico *específico* concluye precisamente en donde comienza el capitalismo moderno.

Los judíos en Europa Oriental hasta el siglo XIX

Cuando advino la aurora del capitalismo industrial, el judaísmo occidental estaba por desaparecer. La revolución francesa, al destruir las últimas vallas jurídicas que se oponían a la asimilación de los judíos, sólo sancionó una situación ya existente.

Pero no se debe ciertamente al azar que mientras la cuestión judía se esfumaba en Occidente, recrudeciera de rebote, con violencia redoblada en el Oriente europeo. En la época en que se mataba y quemaba a los judíos en Europa Occidental, un gran número de ju-

4 En la historia, "la posición de los judíos es comparable sociológicamente a una casta hindú en un mundo sin castas. No se encuentra ningún judío entre los creadores de la moderna organización económica. Este tipo era cristiano y no era concebible sino sobre terreno cristiano. El fabricante judío, por el contrario, es un fenómeno moderno". Max Weber: *Wirtschaftsgeschichte*, pág. 307.

díos buscó refugio en aquellos países en donde el capitalismo aún no había penetrado. Al iniciarse el siglo XIX, la inmensa mayoría de los judíos habitaban en el este de Europa, principalmente en el antiguo territorio de la República monárquica de Polonia. En este paraíso de la perezosa *schliskhta*, la clase comercial judía encontró un vasto campo de actividad. Durante largos siglos el judío fue allí mercader, usurero, tabernero, intendente del noble, intermediario entre todas las cosas. Las pequeñas ciudades judías, hundidas en un mar de poblaciones campesinas, a menudo contiguas a los castillos de los señores feudales polacos, representaban la economía mercantil en el seno de una sociedad puramente feudal. Los judíos vivían, como dice Marx, en los poros de la sociedad polaca. Esta situación perduró tanto tiempo como permaneció inmutable la organización social y política de Polonia. En el siglo XVIII, como resultado del desorden político y de la decadencia económica, el feudalismo polaco se vio herido de muerte y al mismo tiempo, la posición secular de los judíos en Europa Oriental, fue sacudida en sus cimientos. El problema judío, a punto de desaparecer en Occidente, rebotó violentamente en el Este europeo. La llama próxima a extinguirse aquí, recibió una ráfaga revitalizadora con el nuevo foco de incendio que se declaró allá. La destrucción de la posición económica de los judíos en Europa Oriental tuvo como resultado su emigración en masa por el mundo. Y por doquier, aunque en formas y con aspectos diferentes, la marea de inmigración judía procedente de Europa Oriental reanimó la cuestión judía. Es por ello que la historia de los judíos de Europa Oriental ha sido ciertamente el factor decisivo de la cuestión judía en nuestra época.

Las relaciones comerciales de los judíos de Europa Oriental, Bohemia, Polonia y Pequeña Rusia, datan de la época carolingia. El circuito comercial que los judíos habían establecido en la alta Edad Media entre Asia y Europa, se prolongaba así a través de los campos polacos y las estepas ucranianas. Como sus correligionarios los radamitas, cambiaban los judíos orientales los objetos preciosos del Asia, las especies y las sedas con los toscos productos de Europa. Constituían el único elemento comercial en una sociedad puramente agrícola. En la época carolingia, como el régimen económico de toda Europa era sensiblemente el mismo, el rol del judaísmo orien-

tal se parecía al del judaísmo occidental. Sólo posteriormente su historia seguiría rumbos completamente diversos.

Los relatos de viaje de Ibrahim Ibn Iakob (965) atestiguan el considerable desarrollo del comercio judío en la Praga del siglo X. Los judíos llegaban allí provenientes de Bizancio y del Extremo Oriente, trayendo diferentes clases de mercancías preciosas, monedas bizantinas, etc., y compraban trigo, estaño y pieles[5].

En un documento de 1090, se describe a los judíos de Praga como comerciantes y cambistas de monedas que poseen grandes sumas de plata y oro. En documentos de 1124 y 1222 se menciona también a judíos dedicados al tráfico de esclavos y a otros procedentes todavía del Extremo Oriente y que atraviesan en caravana la frontera. La tasa de interés entre los banqueros judíos de Praga, cuyos negocios estaban muy extendidos, oscilaba entre el 108 y el 180%[6]. El cronista Gallus dice que en 1085, Judiht, la mujer del príncipe Ladislag Herman, de Polonia, se esforzaba por rescatar esclavos cristianos de manos de mercaderes judíos. Excavaciones practicadas en el siglo pasado han revelado la significación económica de los judíos en la Polonia de esa época. Se han descubierto monedas polacas con caracteres hebraicos que datan del siglo XII y XIII. Este hecho demuestra por sí solo que el comercio polaco estaba en manos de los judíos. Las invasiones tártaras del siglo XIII no dejaron ciertamente, de ejercer influencia sobre los judíos polacos y rusos, pero ya en 1327, en un privilegio del rey polaco Vladislav Lokietek, se habla de mercaderes judíos de Hungría que se dirigen a Cracovia. Lejos de disminuir, el comercio judío se extendió cada vez más en Polonia en el transcurso de los siglos ulteriores.

Como en Europa occidental, el desarrollo del comercio iba de la mano con el florecimiento de la usura. También aquí la nobleza, principal cliente de los usureros judíos, procuraba obtener la limitación de la usura judía, contrariamente a los reyes, que la favorecían, ya que los judíos, como esclavos del tesoro, deben tener siempre dinero disponible a nuestro servicio". En el *Seym* de 1347, la nobleza,

5 Schipper: o.c., II, p. 78.
6 Schipper: o.c., II, p. 78.

queriendo limitar la tasa de interés que alcanzaba al 108%, tropezó con la resuelta resistencia de la realeza.

En 1456, el rey Casimiro Jagellion proclama que al proteger a los judíos se inspira en el principio de tolerancia que le imponen las leyes divinas. En 1504, el rey polaco Alejandro declara que trata a los judíos como corresponde "a los reyes y a los poderosos que se distinguen por la tolerancia no sólo para con los adeptos a la religión cristiana, sino también hacia los adherentes a otras religiones".

Con tales auspicios, tenían que prosperar los negocios de los judíos. En los siglos XIII, XIV y XV, los usureros judíos llegan a apoderarse de parte de las tierras de los nobles. En 1389, el judío Sabetai se convierte en propietario de parte del dominio Cawilowo. En 1390, el judío de Cracovia, Iosman, recibe en prenda del príncipe Diewiez de Pazeslawic. En 1393, el judío de Posen, Moschko, se apodera del dominio Ponicz. En 1397, las tierras del dominio Abiejesz son cedidas en anticresis al judío de Posen, Abraham. Estas tierras de los nobles se adjudican a los judíos en plena propiedad. Así, en el último ejemplo citado, habiendo atacado el noble las posesiones transmitidas a Abraham, el tribunal confirma el derecho de posesión del judío y castiga al agresor con una fuerte multa. En 1404, la sentencia de un tribunal resuelve que tres poblaciones también entregadas en anticresis al judío Schmerlin, de Cracovia, son transmitidas en plena propiedad y para siempre *(cum omnibus juribus utilitatibus dominio*, etc., *en perpetum)*.

Los "banqueros" más importantes habitaban en Cracovia, residencia de los reyes. Sus principales deudores eran efectivamente los reyes, los príncipes, los voivodas, los arzobispos. Así, Casimiro el Grande tomó en préstamo a los banqueros judíos la enorme suma de 15.000 marcos. El rey Luis de Hungría debía al usurero Levko, de Cracovia, en una oportunidad 30.000 gulden y en otra 3.000. El rey Vladislaw Jagiellon y la reina Jadwiga le debían igualmente sumas importantes.

Levko no solamente era un gran banquero, era también un gran "arrendatario" del reino. Tomó en arriendo la Casa de Moneda y el sello, las salinas de Wieliczka y de Bochinia. En Cracovia poseía casas y una cervecería. Como los grandes patricios, había sido distinguido con el título de "vir discretus".

La usura de los grandes banqueros judíos como Miesko, Jordan

de Posen, Arom, que conseguían reunir fortunas inmensas, que se apoderaban de tierra y poblaciones, suscitaba una tempestad de protestas entre la nobleza. El estatuto de Warta (1423) limitó mucho la usura judía. Así, en 1432, el judío Alejandro, a quien en 1427, le fueron cedidas en anticresis las aldeas de Dombrowka y Sokolov con una parte de su inventario viviente, es obligado, por decisión del tribunal, a devolver dichos bienes a su deudor porque el estatuto de Warta había prohibido el préstamo sobre prendas inmobiliarias.

Los judíos y los reyes no se resignaron fácilmente a esa situación. Una lucha encarnizada les permitió abolir el estatuto de Warta. Los banqueros pudieron continuar dilatando el campo de sus operaciones. Así, en 1444, el rey cede en anticresis al banquero Schina su palacio de Lemberg. Este usurero tenía también entre sus clientes al príncipe Szwidrigiella, al voivoda Chriczka que le había empeñado la población Winiki, etc....

Pero la nobleza tampoco se dio por vencida. Volvió continuamente a la carga y logró obligar al rey a promulgar el estatuto de Nieszawa en 1454, que agrava aún las disposiciones del estatuto de Warta. Sin embargo, y este hecho basta para mostrar la diferencia fundamental que existía en este terreno entre Polonia y Europa occidental, las disposiciones más draconianas adoptadas no lo fueron en la medida de poner fin a la usura judía. A partir de 1454, se verifica incluso un renacimiento del comercio bancario debido sobre todo a la inmigración de los judíos de Moravia y de Silesia, así como de otros países. A partir de 1460, las actas de Cracovia testimonian un reavivamiento tan extenso de las transacciones usurarias que se recuerda la época de Levko y Schmerlin. El banquero más rico era un tal Fischel que se había casado con la banquera Raschka, de Praga, y que proporcionaba fondos al rey polaco Casimiro Jagellion, así como a sus hijos, los futuros reyes Alberto y Alejandro. Mientras la nobleza de Europa occidental, gracias a la penetración de la economía mercantil y a la abundancia monetaria logra desembarazarse en todas partes de la usura judía, la persistencia de la economía feudal en Europa oriental, la hacía impotente en este sentido. La banca judía sobrevivió a todas las prohibiciones.

El estado atrasado del país también coartó la evolución que habíamos observado en los países de Europa occidental: la elimina-

ción de los judíos del comercio y su concentración exclusiva en la usura. La clase burguesa y las ciudades comenzaban a desarrollarse. La lucha de la burguesía contra los judíos permanecía en estado embrionario y no llevaba a resultados decisivos. A los comerciantes, se unen los artesanos que padecen por la usura judía. Aquí también, cuando más pronto se desarrollaba una provincia, más rápidamente surgían en ella los conflictos con los judíos. En 1403, en Cracovia, y en 1445, en Bohemia, los artesanos provocan carnicerías de judíos. Pero estas luchas sólo eran episódicas y en ninguna parte acarrearon la eliminación del elemento judío. Al contrario, en los siglos XVI y XVIII, se consolida su situación y el comercio judío continúa floreciendo.

En la segunda mitad del siglo XIV, es discutido un "consortium" que tres judíos de Lemberg —Schlomo, Czewja y Jacob— forman con objeto de abastecer con mercaderías italianas al consejo urbano de Lemberg. A comienzos del siglo XV, los judíos son los proveedores de la corte real. En 1456, el *starosta* de Kaminiec Podolsky confisca mercaderías orientales por valor de 600 marcos a los mercaderes judíos que regresan a Polonia de los centros comerciales del Mar Negro. Los judíos bizantinos e italianos de Cafa efectúan numerosos viajes a Polonia. El judío Calef Judaeus, de Cafa, hacía pasar grandes cantidades de mercaderías orientales por el fielato de Lemberg. Aún después de la destrucción de las colonias italianas del Mar Negro, 1475, mantuvieron los judíos relaciones con el Oriente. Desde 1467, el judío David, de Constantinopla, provee regularmente a Lemberg con mercaderías orientales. Incluso se menciona un renacimiento del comercio de esclavos en la Pequeña Rusia, en 1440-50. En 1449, los libros de justicia rusos narran un hecho interesante: habiendo huído una esclava del judío Mordecai, de Galitch, su propietario reclamaba su retorno por vía judicial.

Los mercaderes judíos de Cafa y de Constantinopla frecuentaban únicamente las grandes ferias de Lemberg y de Lublín. Allí también acudían los judíos diseminados en las ciudades y burgos rusos y polacos para comprar las mercaderías orientales y darles salida en las regiones de donde eran originarios. Los mercaderes judíos transitaban por todas las rutas que conducían de Lemberg a Lublín, a la Pequeña y Gran Polonia, hasta la frontera silesiana.

Los judíos también franqueaban esta frontera y realizaban un

comercio muy activo con Bohemia y Alemania. Por cartas de 1588 nos enteramos que se transportaban cueros y pieles de Cracovia a Praga y que se presta dinero a interés y contra prendas.

La feria de Lublín servía de lugar de reunión comercial entre los judíos de Polonia y de Lituania. Los mercaderes judíos exportan de Lituania cueros, pieles, maderas y miel, y compran en la feria de Lublín especias llegadas de Turquía y productos manufacturados provenientes de Europa occidental. Los libros de la ciudad de Dantzig mencionan a mercaderes judíos de Lituania que exportaban, entre 1423-36, maderas, cera, pieles, cueros, etc....

La situación del judaísmo lituano era aún mejor que la de los judíos polacos. Hasta la Unión de Lublín (Unión de Polonia y Lituania), los judíos gozaban allí de idénticos derechos que la población libre. Estaba en sus manos el gran comercio, la banca, las aduanas, etc. El arriendo de los impuestos y las aduanas les proporcionaban cuantiosas riquezas. Sus ropas centellaban por el oro y portaban espada como los hidalgos.

Las actas de la cancillería lituana indican que en el período de 1463-1494, los judíos habían arrendado casi todas las oficinas aduaneras del ducado lituano: Bielek, Briansk, Brchiczin, Orodno, Kiev, Minsk, Novgorod, Jitomir. Documentos de los años 1488-89 mencionan a algunos judíos de Trock y de Kiev que explotan las salinas ducales. En la misma época, comienza a encontrarse judíos establecidos como posaderos, profesión que en la aldea polaca y pequeña rusa, corre pareja con el comercio y la usura.

El recrudecimiento de la anarquía nobiliaria en Polonia no dejó de ejercer sus efectos sobre la situación de los judíos. En el siglo XVI, su posición permanece muy firme, pero pasan cada vez más del control real al de los grandes y pequeños señores feudales. La disminución del poder real torna cada vez más ineficaz su protección y los mismos judíos buscan protectores menos brillantes pero más seguros. El rey Segismundo se quejaba en el *Seym* de 1539: "la *schliskhta* de nuestro reino quiere acaparar todos los beneficios de los judíos que habitan los burgos, poblaciones y dominios. Exige el derecho de juzgarlos. A ésto respondemos: si los mismos judíos renuncian a los privilegios de una jurisdicción autónoma que les habían otorgado los reyes, nuestros abuelos, y también confirmados por nosotros, de hecho abandonan nuestra protección. Y no obte-

niendo de ellos más provecho ninguna razón tenemos para imponerles por la fuerza nuestras mercedes".

Evidentemente, si los judíos renunciaban a "estas mercedes" es porque la realeza ya no tenía mucho poder en este país dominado por los nobles.

En el siglo XVI, se afirma la situación de los judíos. Recibieron nuevamente todos los derechos que se había tratado de arrebatarles durante el siglo precedente. Su posición económica mejora.

El poderío creciente de la nobleza (Polonia se convierte en reino electivo en 1569) los priva de la protección de los reyes, pero los señores feudales hacen todo lo que pueden por estimular su actividad económica. Los comerciantes, los prestamistas, los intendentes encargados de los dominios de los nobles, sus posadas, sus cervecerías, son extremadamente útiles a los señores feudales que pasan el tiempo en el extranjero en medio del lujo y la ociosidad. "Todas las pequeñas ciudades y las posesiones pertenecientes a la *schliskhta* tuvieron sus almacenes y posadas judíos. En la medida en que sabía hacerse grato a los ojos del señor, el judío actuaba allí con entera libertad" (Graetz).

La situación económica de los judíos era generalmente muy buena, pero su subordinación a la nobleza, minó las bases de su autonomía, que tanto desarrollo tuvo en Polonia. "Las condiciones generales políticas y económicas de Polonia llevaron a los judíos a vivir en ella como un Estado dentro del Estado, con sus instituciones religiosas, administrativas y judiciales particulares. Los judíos constituyen allí una clase *particular*, que goza de una autonomía interna especial..." (Graetz).

Un decreto de Segismundo Augusto —agosto de 1551— fija las siguientes bases para la autonomía de los judíos de la gran Polonia: los judíos tienen el derecho de elegir, después de un acuerdo general entre ellos, a los rabinos y jueces que deben administrarlos. El poder coercitivo del Estado puede ser puesto a su disposición.

Cada ciudad o burgo judío tenía un consejo de la comunidad. En las grandes aglomeraciones, este consejo comprendía 40 miembros y en las pequeñas, 10. Los miembros de este consejo se elegían por un sistema de doble voto. Su actividad era muy amplia. Debía cobrar los impuestos, administrar las escuelas e instituciones, reglamentar las cuestiones económicas y ocuparse de la justicia. El po-

der de cada consejo —llamado Kahal— se extendía a los judíos de las poblaciones vecinas. Los consejos de las grandes ciudades tenían cierta autoridad sobre las pequeñas comunidades. De esta manera se crearon haces de comunidades: los "galiloth".

Ya hemos hablado de Vaad Arba Aratzoth, que era la asamblea general de los consejos de los judíos de Polonia (de cuatro países: Polonia, Pequeña Rusia, Podolia y Volinia), que se reunía a intervalos regulares y constituía un verdadero Parlamento.

En el siglo XVII, las bases de la autonomía judía comenzaron a tambalearse. Precisamente en relación con la agravación de la situación del judaísmo polaco comenzaron a experimentarse los desagradables efectos del caos por que atravesaba la sociedad feudal polaca. La modificación parcial de la situación de los judíos, a causa de la disminución de la autoridad real, llevó a los judíos a ponerse en más estrecho contacto con la gran masa de la población servil. El judío, convertido en intendente del noble o en tabernero, era odiado igual o aún más que los señores por los campesinos, pues era él quien se había transformado en el instrumento principal de su explotación. Esta situación condujo muy pronto a tremendas explosiones sociales, sobre todo en Ucrania, donde la autoridad de la nobleza polaca era menos firme que en Polonia. La existencia de inmensas estepas permitía la formación de colonias militares cosacas, en las cuales pudieron los campesinos fugitivos preparar la hora de la venganza.

"El intendente judío se esforzaba por sacar todo lo posible de los dominios señoriales y explotar al máximo al campesino. El campesino pequeño ruso alentaba odio profundo hacia el terrateniente polaco, por su doble carácter de señor y de "liach" (polaco). Pero tal vez odiara aún más al intendente judío con quien debía enfrentarse de continuo y en quien veía al mismo tiempo un detestable encargado del señor y un "no cristiano", que le era extraño por su religión y por su género de vida" (Graetz).

La tremenda revuelta cosaca de Chmielnicki de 1648 tuvo por resultado borrar de la superficie terrestre a 700 comunidades judías. Esta revuelta revela al mismo tiempo la extrema fragilidad del anárquico reino de Polonia y prepara su desmembramiento. A partir de 1648, Polonia es continuamente víctima de invasiones y de perturbaciones interiores.

Junto con la existencia del antiguo feudalismo polaco, concluye la situación privilegiada del judaísmo. Las carnicerías lo diezman; la anarquía que reina en el país hace imposible toda actividad económica normal.

El empeoramiento de la situación de los judíos hace temblar las antiguas bases ideológicas del judaísmo. La miseria y las persecuciones crean un terreno propicio para el desarrollo del misticismo. El estudio de la Cábala comienza a reemplazar al del Talmud. Movimientos mesiánicos como el de Sabetai Zevi adquieren cierta difusión.

Es también interesante recordar la conversión al cristianismo de Frank y sus adherentes. "Los frankistas exigían que se les diese un territorio especial porque no querían explotar a los campesinos y vivir de la usura y la explotación de las tabernas. Quieren, más bien, trabajar la tierra" (Graetz).

Estos movimientos no cobraron gran extensión porque la situación del judaísmo no estaba aún definitivamente comprometida. Sólo a fines del siglo XVIII la sociedad feudal polaca comenzó a hundirse realmente bajo los golpes aunados de la anarquía interior, la decadencia económica y la intervención extranjera. Entonces comenzaron a plantearse para el judaísmo los problemas de la emigración y del paso a otras profesiones ("productivización").

Capítulo V
La evolución de la cuestión judía en el siglo XIX

A principios del siglo XIX la inmensa mayoría de los judíos se encontraba concentrada en los países atrasados de Europa Oriental. En la época de la partición de Polonia, había en ese país más de un millón de judíos. Según el censo ruso de 1818, la composición social del judaísmo oriental era como sigue:

	Comerciantes	*Artesanos*	*Agricultores*
Ucrania	86,5 %	12,1 %	1,4 %
Lituania y Rusia Blanca .	86,6 %	10,8 %	1,9 %
Total	86,5 %	11,6 %	1,9 %

El porcentaje de artesanos y agricultores denota el comienzo de la diferenciación social del judaísmo. Pero en línea general la estructura del judaísmo oriental aún no ha cambiado de manera importante; sigue siendo lo que fue durante siglos. Ciertos relatos de viaje de soldados participantes en la campaña de Napoleón en Rusia, constituyen preciosos testimonios referentes a la vida de los judíos a principios del siglo XIX.

"Muchos de ellos —dice Von Purtenbach[1]— arriendan y dirigen

1 *Krieg gegen Russand un russiche Gefangenschaft.*

los dominios señoriales y explotan las posadas. Todo está en sus manos. Prestan dinero a los señores y a los campesinos y van a comprar mercaderías a Leipzig".

Otro soldado —el francés Puybusque en sus "Lettres sur la guerre en Russie" (París 1818)—, da interesantes informaciones sobre la importancia de los judíos en la vida económica del país. "Eran los intermediarios entre los campesinos y los señores. Los señores les arrendaban sus posadas obligándolos a vender solamente las bebidas elaboradas en sus dominios. En ocasión de las fiestas o bautismos, entierros, casamientos, los campesinos estaban obligados a comprar un cubo de aguardiente, por lo menos. Los judíos les vendían a crédito, pero exigían grandes intereses. Intervenían en todas las operaciones comerciales de la región. También eran banqueros". El autor informa que constantes relaciones comerciales ligaban a los judíos polacos con sus hermanos de Alemania. "Usan su propio correo y están informados de las cotizaciones bursátiles de toda Europa"[2].

El autor de "Viaje de un oficial moscovita de Triestre a Constantinopla (1810)", dice: "Con entera justicia debería llamarse a Polonia reino judío. Las ciudades y los pueblos están habitados principalmente por ellos. Difícilmente se encuentra una población sin judíos. Las posadas judías jalonan las grandes rutas. Aparte de algunos dominios que son administrados por los propios señores, todos los otros están arrendados o hipotecados a los judíos. Poseen capitales enormes y nadie puede desenvolverse sin su ayuda. Solamente algunos señores muy ricos no se han hundido hasta el cuello con las deudas a los judíos[3].

Kamanine en "Archivo de la Rusia Meridional y Occidental" escribe que en las aldeas los judíos se limitan a arrendar los molinos, los despachos de bebidas y las posadas. Casi no hay aldea sin su "arrendatario" judío, a tal punto que en los censos a menudo se confunde la noción de arrendatario con la de judío, y ligan la profesión con la nacionalidad o la religión. En lugar de escribir "no hay ju-

2 *Historische Schriften.*

3 Citado por Wolf Doubnov en *Zu der ekonomischer Geschichte van der Juden in Russland*, p. 576.

díos en la aldea", se escribe: "no hay 'arrendatario' en la aldea"[4].

Estos autores, creyendo describir el presente, no dibujaban sino el pasado. La situación secular del judaísmo en Europa Oriental era impelida, aunque en verdad muy lentamente, hacia la corriente de la economía capitalista. Antes incluso de sustituir al antiguo régimen, el nuevo lo quebrantaba. La decadencia del feudalismo precedía su reemplazo por las nuevas formas del capitalismo. "Mientras el crecimiento numérico del judaísmo exigía nuevas posibilidades de existencia, las antiguas posiciones económicas vacilaban sobre su base. Los judíos, adaptados desde siglos a la economía natural, sentían mover el suelo bajo sus pies. Durante mucho tiempo tuvieron el monopolio del intercambio; el proceso de capitalización de Rusia y Polonia lleva ahora a los terratenientes a ocuparse ellos mismos de las distintas ramas de la producción, y a rechazar a los judíos. Solamente un grupo de judíos ricos pudo encontrar campo de acción favorable en esta nueva situación"[5].

Pero la inmensa mayoría de los judíos, compuesta de pequeños comerciantes, posaderos, buhoneros, padecía mucho por el nuevo estado de cosas. Los antiguos centros comerciales de la época feudal languidecen. Nuevas ciudades industriales y comerciales sustituyen a las pequeñas ciudades y ferias. Una burguesía autóctona comienza a desarrollarse.

La situación económica de las masas judías llega a ser tan crítica, incluso antes de la partición de Polonia, que los problemas de la transformación de la estructura social de los judíos y su emigración se plantearon por sí mismos[6]. En esta época la emigración no podía efectuarse sino dentro de las fronteras de los Estados que se habían repartido a Polonia. Las masas judías trataban de abandonar las regiones decadentes y atrasadas del antiguo reino nobiliario donde las posibilidades de existencia eran cada vez más reducidas, para procurarse nuevas ocupaciones en las zonas más adelantadas de los Imperios herederos de Polonia. Ya en 1776 y 1778 algunas comunidades judías polacas solicitan autorización al gobierno ruso

4 Lesczinski: *Le peuple juif au cours des cent dernières années.*
5 Weinryb: *Neueste Wirtschaftsgeschichte der Juden in Russland und Polen*, p. 17.
6 Lesczinski.

para emigrar allí. "A principios del siglo XIX se dirigía hacia Rusia una fuerte corriente emigratoria" de la vieja Polonia[7]. Lo mismo sucede en las regiones anexadas a Prusia y Austria. Los judíos se dirigían hacia Berlín, Viena y todos los centros donde se respiraba una nueva vida económica, donde el comercio y la industria les ofrecían vastas oportunidades. "La emigración judía de Polodia, Volinia, Rusia Blanca y Lituania hacia Rusia; la de los judíos de Poznan y de Polonia hacia Inglaterra e incluso América, prueban que los judíos de Europa Oriental ya buscaban países de inmigración en la primera mitad del siglo XIX"[8]. Esta voluntad de expatriación era paralela a las tentativas de convertir a los judíos en "ciudadanos útiles", de adaptarlos a la nueva situación transformándolos en artesanos y agricultores. El "Gran Seym" polaco de 1784-1788 tenía ya en la orden del día el problema de la "productivización" de los judíos[9]. Todos los gobiernos que recibieron en herencia una parte del judaísmo polaco consideraban su estructura social como una anomalía. Se intentaron ensayos para transformar a los judíos en obreros fabriles, otorgándose primas a los artesanos que los ocuparan y tomaran aprendices judíos[10]. En ciertas regiones de Rusia millares de judíos fueron destinados a distintas colonias[11]. A pesar de las grandes dificultades del comienzo, estas poblaciones se adaptaron con el tiempo.

"Dos procesos caracterizan el desarrollo del pueblo judío en el curso del último siglo: el proceso de emigración y el proceso de diferenciación social... La decadencia del sistema feudal y de la propiedad servil y el crecimiento del capitalismo crearon nuevas fuentes de subsistencia, pero destruyeron, en mayor medida, la posición de intermediarios en que vivía la mayor parte del pueblo judío. Estos procesos impulsaron a las masas judías a cambiar sus lugares de residencia, y de aspecto social, obligándolos a buscar un nuevo lugar en el mundo y una nueva ocupación en la sociedad"[12]. A prin-

7 Idem.
8 Idem.
9 Idem.
10 Idem.
11 El zar Alejandro I estimuló la colonización judía en Rusia.
12 Lesczinski.

cipios del siglo XIX el proceso de "productivización" está aún en sus comienzos. Por un lado, la decadencia de la economía feudal prosigue tan lentamente que los judíos aún pueden aferrarse largo tiempo a sus antiguas posiciones; por otra parte, el desarrollo del capitalismo reviste aún formas bastante primitivas y gran número de judíos encuentra vasto campo de ocupación en el comercio y el artesanado[13].

Desempeñaron un papel muy activo como intermediarios comerciales en la joven industria capitalista y contribuyeron a la capitalización de la agricultura.

Puede considerarse, en general, que la penetración de los judíos en la sociedad capitalista se realiza hasta fines del siglo XIX; es en esa época cuando, por el contrario, considerables masas de judíos se ven obligadas a abandonar Europa Oriental.

El promedio anual de la emigración judía fue la siguiente:

De 1830 a 1870, de	4.000 a	5.000
De 1871 a 1880, de	8.000 a	10.000
De 1881 a 1900, de	50.000 a	60.000
De 1901 a 1914, de	150.000 a	160.000

Durante el primer período, que va hasta 1880, se trata sobre todo de una emigración interior que se dirige hacia las grandes ciudades. De 1830 a 1880, cuando la emigración anual no sobrepasaba de 7.000, el pueblo judío aumentó de 3.281.000 a 7.763.000 almas. Este considerable crecimiento natural fue, pues, absorbido en gran parte, en el interior de los países que habitaban. ¡Qué extraordinario cambio a partir de 1881, y sobre todo a partir de 1901, cuando

[13] La lucha entre "el haskala" (movimiento de emancipación) y la ortodoxia, o sea entre los que quieren transformar tanto la vida económica del judaísmo como su vida cultural, y los defensores de las antiguas tradiciones, refleja el antagonismo entre la nueva burguesía judía beneficiaria del desarrollo capitalista, proclive a la completa asimilación, y las antiguas capas feudales ligadas a las viejas formas de existencia. Esta lucha continúa durante todo el siglo XIX para concluir con la derrota de los asimilacionistas. Esta derrota se debe más que a la solidez de las antiguas formas económicas, a la fragilidad de las nuevas.

la emigración judía alcanza la cifra verdaderamente impresionante de 150.000 y 160.000 por año! ¿Cuáles son las causas de este cambio?

El proceso de capitalización de la economía rusa fue acelerado por la reforma de 1863. La agricultura comienza a producir cada vez más para el mercado. Los lazos de servidumbre y sujeción feudal se aflojan; la diferenciación social progresa rápidamente en las aldeas. Una parte de los campesinos se transformó en arrendatarios acomodados, otra parte se proletariza. La capitalización de la agricultura abrió un importante mercado interior para los medios de producción (máquinas, etc.) y para los artículos de consumo.

En efecto, la producción capitalista implica:

1. La división del trabajo en la producción agrícola, debido a la especialización de sus ramas.

2. Una creciente demanda de productos manufacturados para los campesinos enriquecidos y para la masa proletarizada, que sólo dispone de sus brazos para vivir y debe comprar lo necesario para su subsistencia.

3. La producción agrícola para el mercado necesita cada vez en mayor escala el empleo de maquinarias, lo cual desarrolla la industria de los medios de producción.

4. El aumento de la industria de los medios de producción provoca un continuo crecimiento de la masa proletaria en las ciudades, lo cual contribuye también a ampliar el mercado de consumo.

Estas vastas posibilidades del mercado interior ofrecieron a las masas judías, desplazadas de sus antiguas posiciones económicas, la ocasión de integrarse en la economía capitalista. Los talleres y las pequeñas industrias tuvieron gran expansión.

Mientras el herrero y el campesino no judíos encontraban acceso en la fábrica o en las minas, las masas judías proletarizadas afluían a las pequeñas industrias productoras de artículos de consumo (ver más adelante).

Pero hay una diferencia esencial entre la transformación del campesino o del herrero en obrero metalúrgico y la transformación del comerciante judío en artesano u obrero de taller. El desarrollo capitalista de las ramas de la industria pesada se acompaña por un *cambio de las condiciones materiales de producción*. El medio de producción no solamente cambia de destinatario sino también de

forma. La herramienta primitiva se transforma en la máquina moderna perfeccionada. No sucede lo mismo con el artículo de consumo. La vestimenta, sea que se produzca para el propio uso, para el mercado local o para el mercado mundial, no cambia de aspecto. No sucede lo mismo con la herramienta, que se va transformando en una máquina cada vez más perfeccionada y *necesita la inversión de capitales cada vez más considerables.*

Para montar las fábricas de máquinas, es preciso disponer desde el principio de grandes capitales. Esto se explica, sobre todo al comienzo, por la extensión del período de trabajo. "Según la duración más o menos larga del período de trabajo (serie ininterrumpida de jornadas de trabajo, necesaria en una rama dada para producir un producto terminado), que exige el producto o efecto útil a obtener, es necesaria una inversión suplementaria y continua de capital circulante (salarios, materias primas y auxiliares)"[14]. Es por esta razón que, desde el principio, la fabricación de los medios de producción tuvo lugar bajo la forma capitalista de gran empresa, mientras que la producción de los artículos de consumo puede continuar ejecutándose en los mismos talleres artesanales que antes. Es recién más tarde cuando también en este dominio la gran fábrica desplaza al taller y a los anticuados métodos de trabajo. Esto ocurre a raíz de invenciones de máquinas de trabajo perfeccionadas que también se imponen en los sectores de los artículos de consumo. El incremento del capital fijo tiene aquí, pues, una función preponderante[15]. De esta manera se nivelan las condiciones de producción en los dos sectores principales de la economía. "El hecho de que la máquina a vapor transfiera su valor fragmentariamente, todos los días, al producto de un trabajo discontinuo —el hilo—, o, durante tres meses, al producto de un acto continuo de la producción —la locomotora—, no altera absolutamente nada el anticipo de capital necesario para comprar una máquina a vapor... En los dos

[14] Marx: *El Capital*, II, p. 242.

[15] "La larga persistencia del sistema de trabajo a domicilio tiene su base en la debilidad del capital fijo que requiere" Max Weber: *Wirtschaftsgeschichte*, p. 146.

casos, la máquina a vapor no se renueva probablemente hasta dentro de unos 20 años[16].

La liberación de los campesinos rusos creó un gran mercado para los productos manufacturados. En lugar de la economía aún en gran parte feudal, se instala la producción de valores de cambio. Rusia comienza a transformarse en el granero de Europa. Las ciudades, centros comerciales e industriales, se desarrollan rápidamente. Los judíos abandonan en masa las pequeñas poblaciones por las grandes aglomeraciones urbanas donde contribuyen en gran medida a desarrollar el comercio y la industria artesanales (artículos de consumo). En el año 1900 los judíos eran mayoría absoluta en 11 sobre 21 ciudades importantes de Polonia. La inmigración de los judíos a las grandes ciudades se acompaña de una diferenciación social que tambalea las bases tradicionales del judaísmo.

Pero el desarrollo del sector de los medios de producción implica una mecanización de la agricultura y de la industria liviana. Las máquinas comienzan a competir encarnizadamente a los pequeños talleres de los artesanos judíos. Hacia fines del último siglo, una gran masa de obreros no judíos inmigra hacia las grandes ciudades, donde el ritmo de crecimiento de la población judía disminuye y se detiene por completo[17]. Las industrias artesanales judías desarrolladas por la expansión del mercado interior, sucumben en gran parte, a causa de la mecanización y modernización de la industria.

Fue difícil para el artesano judío competir con las masas campesinas que afluían de los campos con un standard de vida muy bajo y habituadas desde siempre al duro trabajo físico. Naturalmente que en ciertos lugares los obreros judíos, superando todas las dificultades, se hicieron lugar en las industrias mecanizadas, pero gran parte de ellos, a fines del siglo XIX y a principios del XX, debieron

16 Marx: *El Capital*, II.

17 "En el siglo XIX el aumento de la población judía en las ciudades de Polonia era superior al de la población no judía. Hacia fines del último siglo, en la época de creación de la gran industria y cuando grandes masas no judías emigraron hacia las ciudades, disminuye el ritmo de crecimiento de la población judía y en algunos lugares se detiene completamente." *La situación économique des Juifs dans le monde*, p.125.

tomar el camino del exilio. El proceso de la transformación del comerciante judío precapitalista en obrero artesanal, se cruzó con otro proceso: el de la eliminación del obrero judío por la máquina[18]. Este último proceso influye al primero. Las masas judías desplazadas de las pequeñas ciudades, al no poder proletarizarse, se ven obligadas a emigrar. Así se explica, en gran parte, el excepcional incremento de la emigración judía de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Mientras la disolución de la antigua economía feudal y la creación del mercado interior tuvieron efectos *parecidos* en las masas judías y no judías, la mecanización y la concentración industriales provocaron opuestos resultados. De esto provienen también ciertas tendencias diferentes de la emigración judía y de la emigración en general. La emigración judía es relativamente tardía y va en progresión, mientras que el caso inverso es corriente en la emigración en general. En Alemania, por ejemplo, la emigración anual, que entre 1880 y 1892 oscilaba entre 100 y 200.000 personas, a principios del siglo XX no llegaba ni a las 20.000. Esta considerable disminución de la emigración alemana se explica por el formidable desarrollo económico de la Alemania de esa época.

El fenómeno de la eliminación de los judíos de la industria nos conduce naturalmente a hablar del proletariado judío. El confinamiento de la clase obrera judía en las industrias de consumo constituye, sin discusión, uno de los fenómenos más notables de la estructura económica y social del pueblo judío. El hecho de que una ínfima cantidad de obreros judíos se ocupe en los primeros estadios de la producción industrial, mientras que su porcentaje en las últimas fases sea enorme, caracteriza de manera sorprendente lo que se ha dado en llamar la anomalía judía. Esta base económica del proletariado judío no sólo es débil en sí misma, sino que el desarrollo técnico la restringe continuamente. Los obreros judíos no solamente sufren todos los inconvenientes inherentes a la industria artesanal

18 Un fenómeno parecido se advierte también en el dominio rural. "En los lugares donde el capitalismo agrario tiene un mayor desarrollo, el proceso de introducción de trabajo asalariado se combina con otro proceso, particularmente con el de la eliminación del trabajo asalariado por la máquina." Lenin: *El desarrollo del Capitalismo en Rusia*, p. 150.

—particularmente su debilidad social, ocupación temporaria, explotación creciente y malas condiciones de trabajo—, sino que además son desplazados cada vez más de sus posiciones económicas.

La economía capitalista se caracteriza por el ininterrumpido aumento del capital constante, en detrimento del capital variable; dicho de otra manera, por el aumento de la importancia del capital constituido por los medios de producción y la disminución del capital invertido en salarios. Este proceso económico origina los fenómenos conocidos: eliminación del obrero por la máquina, aniquilamiento del taller artesanal por la fábrica y disminución del peso específico de la clase productora de artículos de consumo, en beneficio del otro sector ocupado en la fabricación de los medios de producción.

La economía oficial caracteriza así este proceso:

"La única cosa segura —y es muy importante— es que la evolución económica de los últimos 100 ó 150 años se orienta en el sentido del aumento de la importancia relativa del capital fijo y la disminución de la importancia relativa del capital circulante."[19] Más primitivo es el hombre, más importancia adquiere el trabajo que le permite satisfacer sus necesidades inmediatas. Por el contrario, cuanto más progresa la humanidad, su atención se dirige primero hacia la herramienta y luego hacia la máquina que multiplica prodigiosamente su potencia productiva. Al comienzo, la herramienta es un apéndice del hombre, luego el hombre se transforma en un apéndice de la herramienta.

Esta referencia al proceso económico tan conocido, sólo tiende a subrayar la importancia decisiva de la situación específica de la clase obrera judía, y nos permite seguir inmediatamente nuestro tema. La cuestión que se plantea inmediatamente y que hasta ahora no ha llamado la atención es el porqué de la causa o causas históricas de esta situación.

En el sustancioso estudio consagrado a la economía judía de principios del siglo XIX que realizara Lesczinski en su libro *Le peuple juif au cours des cent dernieres années*, dice refiriéndose a la com-

19 Anciaux: *Traité d'économie politique.*

posición profesional de los artesanos judíos y no judíos de esa época:

"La ojeada más superficial sobre esta estadística comparada es suficiente para señalar que los artesanos judíos se encontraban en los oficios que tenían menos posibilidad de transformarse en producción fabril; mientras que, precisamente al contrario, las profesiones más adaptadas a esta transformación estaban difundidas entre los artesanos no judíos. En Galitzia, los no judíos constituían el 99,6% de los cerrajeros, el 99,2% de los tejedores, el 98,2% de los herreros, el 98,1% de los hilanderos. Mientras que, por el contrario, el 94,3% de los sastres y el 78% de los peleteros eran judíos."

"Los cuatro primeros oficios fueron los cimientos sobre los que se levantaron más tarde las industrias textiles y metalúrgicas. Sin esos obreros calificados que la gran producción recibió en herencia del artesanado, hubiera sido imposible el nacimiento de esas industrias... Es tal vez en ese hecho histórico que radica la causa esencial de la débil penetración de los judíos en la gran industria. Es muy natural que los primeros cuadros de trabajadores en las industrias metalúrgicas y textiles se compusieran exclusivamente de no judíos. Las poblaciones no judías ejercían una fuerte atracción natural sobre esas masas compactas de obreros no judíos, que les eran afines desde el punto de vista religioso, nacional y psicológico, mientras que, por el contrario, rechazaban a la masa judía que hasta ese momento le resultaba extraña en todo sentido."

La explicación de Lesczinski contribuye a esclarecer el problema que nos ocupa y nos muestra la causa primera, inmediata, de la estructura profesional específica de la clase obrera judía. Pero, a su vez, nos enfrenta a un problema nuevo, o más bien replantea el anterior en otra escala. Si ahora vemos con toda claridad en el obrero judío actual un descendiente del artesano del siglo XVIII, todavía nos falta explicarnos el porqué de la composición profesional diferente en esa época entre artesanos judíos y no judíos. ¿Por qué estos últimos eran principalmente sastres y los no judíos, herreros? ¿Por qué aquéllos estaban representados principalmente en las profesiones ligadas a la *producción*, y los primeros reducidos a la vestimenta, o sea produciendo para el *consumo*? Plantear así la cuestión, es casi resolverla.

La economía natural que prevalecía en la Europa Oriental de esa

época se caracterizó por la producción casi exclusiva de valores de uso e implicaba la práctica inexistencia de la división del trabajo en oficios. Cada familia se bastaba a sí misma o poco menos, produciendo todo lo preciso para la satisfacción de sus necesidades. He aquí cómo Vandervelde describe ese estado de cosas:

"Cada familia se basta —o poco más o menos— a sí misma. Habita en su casita de madera proveniente del bosque más próximo y allí mismo se procura la paja y el barro. Se proporciona el calor exclusiva o principalmente con la combustión de brezos, plantas leguminosas y leña seca que recoge en los alrededores. Hila, teje, transforma en vestimenta el lino o el cáñamo de su cosecha; se alimenta con su trigo, sus papas, sus legumbres; cuece su pan, elabora su vino o su cerveza; seca ella misma su tabaco y cambia sus huevos o su manteca contra las pocas mercaderías que se procura fuera: velas, petróleo, objetos de lujo, hierro. En resumen, ella produce casi todo lo que consume, y consume todo lo que produce, no vendiendo sino lo estrictamente necesario para hacer frente a muy limitados gastos de dinero."[20]

Se podría decir lo mismo, guardando las proporciones, del feudo.

Se comprende fácilmente que si bien un tal sistema económico no excluye en forma absoluta toda especialización profesional, los pocos oficios que se desarrollen tienen su origen en circunstancias totalmente excepcionales.

"Debemos considerar los trabajos del herrero y del alfarero como los que se erigieron primero como profesiones especiales, ya que desde el principio exigían mayor destreza e instrumentos de trabajo especiales. Incluso entre los pueblos nómades, son artesanos especializados los que se dedicaban a trabajar el hierro."[21]

Se comprende fácilmente, pues, que incluso en la época de la economía natural los oficios de herrero y tejedor[22] se expandieran

20 Vandervelde: *L'exode rural et retour aux champs*.

21 A. Mendes: *L'Artisanat chez les Juifs aux temps bibliques*.

22 El oficio del tejedor, como el de herrero, exige una formación profesional especial y se desprende muy pronto de la economía doméstica. En la época feudal, el tejedor era un ser errante que ejercía su oficio, de casa en casa, de aldea en aldea.

en las poblaciones y abundaran en las ciudades que —en Europa Oriental— eran casi exclusivamente centros militares y administrativos.

En Galitzia, Bukovina, en muchas regiones de Hungría, Rumania y Transilvania, como entre las poblaciones yugoeslavas, no existían prácticamente otros artesanos fuera de los herreros.[23]

En Europa Oriental el artesanado no judío fue, pues, el producto de causas particulares que determinan que en una sociedad basada en la economía natural (no mercantil) sin embargo se necesite el intercambio de servicios.

Muy distinto fue el punto de partida del artesanado judío. *Nació en las condiciones específicas de la pequeña ciudad judía y producía para ella.*

Y cuando se habla de la pequeña ciudad judía del siglo XVIII se designa con ello una aglomeración de pequeños comerciantes, posaderos, banqueros e intermediarios de toda clase.[24]

El artesano judío no trabaja, pues, para los campesinos *productores*, sino para los comerciantes y banqueros *intermediarios*. Aquí hay que buscar la causa esencial de la estructura profesional específica del proletariado judío y de su antecesor, el artesano judío. El artesano no judío no produce para el campesino artículos de consumo, porque, como hemos visto, éste se basta a sí mismo en este aspecto. Pero, por el contrario, ésa es la ocupación principal del artesano judío, ya que su clientela está compuesta de hombres dedicados al comercio de dinero y mercaderías, no productores, pues, por definición. Al lado del campesino, el herrero artesano no judío; cerca del hombre de dinero, el sastre judío.[25]

23 Ancieux: *Traité d'économie politique*.

24 No todos los judíos vivían en las pequeñas ciudades, lejos de ello, pero su significación social en las grandes ciudades o en las aldeas, era la misma que en la pequeña ciudad. Esta última, por su aspecto específico, caracteriza mejor su papel social. Según un censo oficial de 1818, Ucrania y Bielorrusia tenemos la siguiente distribución de los judíos: 86,2 por ciento eran comerciantes, 11,6 por ciento artesanos y 1,9 por ciento agricultores. En Galitzia, en el año 1820, el 81 por ciento de los comerciantes eran judíos.

25 Ciertos oficios, afines al comercio, como la orfebrería, estaban ejercidos muy a menudo por los judíos.

La diferencia profesional existente entre los artesanos judíos y los no judíos proviene, pues, en último análisis, de la diferencia de su esfera de actividad.

Va de suyo que esta explicación es forzosamente esquemática y, como todo esquema, permite comprender los fenómenos en su generalidad, pero no puede dar con exactitud la diversidad de la vida real. Pero querer reflejar ésta con exactitud y en detalle dificulta a su vez la comprensión de los procesos generales que en ella tienen lugar. Asimismo la sociología se ve obligada a efectuar un circuito completo y continuo: de la realidad al esquema teórico, y viceversa. Quienes reprochan a este último la incapacidad de reflejar toda la diversidad de la vida, no han comprendido, precisamente, esta interdependencia dialéctica.

También puede señalarse que la lucha que en ciertas épocas irrumpe entre artesanos judíos y no judíos pudo haber sido provocada por la usurpación de un sector de artesanos de la esfera de actividad de los otros, pero no puede atribuirse a una pretendida concurrencia nacional totalmente inconcebible en la época feudal, ya que ella es anterior a la constitución de las nacionalidades. "El sentimiento nacional es desconocido en la sociedad fragmentaria de la Edad Media."[26]

A título de ilustración podría citarse este pasaje de una antigua crónica de Praga, la "Ramschackie Chronik", de 1491: "A los judíos les estaba prohibido efectuar trabajos para los cristianos, pero tenían plena libertad para trabajar para los clientes judíos".

El consejo urbano de Praga se queja también en la misma época: "Los judíos no tienen en cuenta para nada los antiguos privilegios y ordenanzas según las cuales les está prohibido trabajar para los cristianos". Dice Graetz que en Posen se les permitía a los judíos ocuparse de algunos oficios, como el de sastre, pero solamente para satisfacer sus propias necesidades y nó para los cristianos.

Creemos haber remontado así toda la cadena causal que va de la estructura económica actual del proletariado judío a sus orígenes. Es completa, en el sentido que nos conduce al problema social de orden más general que ya hemos examinado: la función social y económica de los judíos en la época precapitalista.

26 Henri Pirenne: *Anciennes démocraties des Pays-Bas.*

Capítulo VI
Las tendencias contradictorias del problema judío en la época del ascenso capitalista

La Revolución Francesa permite completar los resultados de la evolución económica y social del judaísmo de Europa Occidental. El desarrollo del capitalismo industrial aceleró la penetración de los judíos en los rangos de la burguesía y su asimilación cultural. En todos lados la marcha triunfal de los ejércitos napoleónicos fue la señal de la emancipación judía. La política napoleónica refleja la voluntad de la sociedad burguesa de asimilar completamente a los judíos. Pero en las regiones dominadas aún por el sistema feudal, surgieron grandes dificultades en el camino de la emancipación. Contrariamente a los judíos de Burdeos, completamente fundidos en la clase burguesa, los judíos alsacianos poco se diferencian de sus antecesores de la Edad Media. Las revueltas campesinas contra la usura judía obligaron a Napoleón a promulgar leyes de excepción contra el judaísmo alsaciano. Las normas jurídicas burguesas se revelaron inaplicables a una sociedad de estado feudal.

Lo mismo sucedió en Polonia, donde la igualdad formal de todos los ciudadanos ante la ley, introducida por Napoleón, no fue aplicable a los judíos "por un período de diez años" —como se dijo para salvar las apariencias—. Es preciso agregar que la gran masa de judíos polacos, dirigida por rabinos fanáticos, se oponía resueltamente a la emancipación. Salvo una pequeña capa de ricos burgueses, los judíos polacos no sentían en absoluto la necesidad de la igualdad cívica.

Pero, desde el comienzo del siglo XIX el judaísmo entra, en línea general, en la senda de la completa asimilación. Ya a fines del siglo XVIII, en el espacio de treinta años, la mitad de los judíos berlineses se convirtieron al cristianismo. Aquellos que permanecieron fieles a la religión judía se justificaban vigorosamente contra la idea de formar una nación distinta. "Sin país, sin Estado, sin lengua, no hay nación, y es por esto que el judaísmo dejó hace ya mucho tiempo de constituir una nación",[1] decía Reisser, uno de los representantes de los judíos alemanes de la primera mitad del siglo XIX. "Nosotros somos alemanes, solamente alemanes, en lo que concierne a la nacionalidad", escribió un poco más tarde, en 1879, un profesor judío de Berlín.

El capitalismo, que en Europa Occidental favorecía la asimilación de los judíos, en Europa Oriental los desarraigaba de sus posiciones económicas seculares. Al provocar así el aflujo de judíos hacia Occidente, con la mano izquierda destruía la obra de su mano derecha.

Oleadas sucesivas de judíos orientales se volcaban hacia los países occidentales, insuflando nueva vida al moribundo judaísmo:[2] "Nuestras grandes masas populares del Este, que viven aún en la atmósfera de las tradiciones judías, constituyen una traba para la desaparición del judaísmo occidental." "El judaísmo de Occidente sólo existe como reflejo del judaísmo oriental".[3]

Para comprender toda la importancia de la inmigración de los judíos de Europa Oriental, basta recordar que en Viena, a principios del siglo XIX, no había más que algunas centenas de judíos, y que en el siglo XX alcanzaban a 176.000.

1 Doubnov: *Nouvelle Histoire du peuple juif*, t. II, p. 32 (traducido del idisch).

2 "La afluencia de los judíos orientales a Europa Occidental detuvo y probablemente salvó a los judíos occidentales de una desaparición completa, que era inevitable." Lesczinski: *Le peuple juifs au cours des derniers cent ans*.

"Sin la inmigración de Europa Oriental, las pequeñas comunidades judías de Inglaterra, Francia y Bélgica probablemente hubieran perdido gradualmente su carácter israelita. Igualmente en Alemania..." Ruppin, o.c., p. 68.

3 Klatzkin: *Problème des modernen Judentum*, p. 51.

La emigración masiva a Europa Occidental, y sobre todo a América, corría pareja con una transformación total de la estructura territorial del judaísmo. Es sabido que el desarrollo del capitalismo fue acompañado de una formidable extensión de las aglomeraciones urbanas. Desde mediados del siglo XIX, los grandes centros de la vida comercial e industrial fueron un poderoso polo de atracción para los judíos.

La concentración de las masas judías en las grandes ciudades fue tan apreciable en los países de inmigración como lo fuera en las regiones de donde eran originarios. Abandonaban en masa las pequeñas ciudades que fueran los centros de su vida económica durante siglos, y afluían ya fuera a las ciudades comerciales e industriales de Polonia y Rusia, o hacia las grandes ciudades del mundo occidental: Viena, Londres, Berlín, París o Nueva York. "Hasta mediados del siglo XIX la mayoría de los judíos estaba concentrada en Europa Oriental y allí donde por falta de medios de comunicación las pequeñas ciudades continuaban ofreciendo grandes oportunidades a los traficantes. Durante este período los judíos habitaban preferentemente en las pequeñas ciudades y aldeas. Según un estudio estadístico realizado en la segunda mitad del siglo XVIII, en las provincias polacas de Kiev y Volinia, en cada aldea había un promedio de siete habitantes judíos, es decir, una familia. Existían innumerables aldeas y muy pocas ciudades. En Galitzia Oriental, el 27% de la población judía vivía en las aldeas, y en Galitzia Occidental hasta el 43%. Análogas condiciones prevalecieron en algunos Estados Alemanes, Hesse y Bade, por ejemplo."[4]

Este estado de cosas sufrió una modificación decisiva en el siglo XIX: considerables masas judías se concentraron en los centros urbanos del universo.

En Rusia, entre los años 1847 y 1926, la población judía de las comunidades de más de 10.000 almas aumentó ocho veces. En 1847 sólo existían tres comunidades de más de 10.000 personas en todo el Imperio ruso; había ya 28 en 1897 y 39 en 1926 (en el antiguo territorio de la Santa Rusia).

4 Ruppin, o.c., p. 40.

El porcentaje de judíos rusos que vivían en esas grandes comunidades era en:

1847	5 %
1897	28,2%
1926	50,2%

He aquí las cifras correspondientes para Alemania:

1850	6 %
1880	32 %
1900	61,3%

Más de las tres cuartas partes de los judíos americanos viven actualmente en las comunidades de más de 10.000 personas. Las formidables aglomeraciones judías de Nueva York (2 millones), Varsovia (300.000 a 500.000), París, Londres, etc., testimonian el hecho de que los judíos se han convertido en el pueblo "más gran urbano del mundo". La concentración de las masas judías en las grandes ciudades constituye, sin lugar a dudas, uno de los fenómenos más importantes de la vida judía en la época capitalista moderna.

Ya hemos examinado la diferencia que presenta la emigración judía hasta 1880, y el éxodo posterior a esta fecha. Hasta 1880 los Estados habitados por los judíos ofrecían aún vastas posibilidades de penetración capitalista: la emigración fue sobre todo interior. Luego de este período los acontecimientos se precipitan: la economía feudal es destruida a grandes golpes de maza y con ella se arruinan las ramas artesanales del capitalismo, donde los judíos están ampliamente representados. Los judíos comienzan entonces a abandonar, en grandes masas, sus países de origen.

Entre 1800 y 1880 la cantidad de judíos en los Estados Unidos —destino principal de los judíos emigrantes— pasa de algunos miles a 230.000, que indica un promedio anual de alrededor de 2.000. Entre 1881 y 1899, la media anual alcanza a 30.000, y entre 1900 y 1914, 100.000. Si a esto se agrega la emigración a los otros países de ultramar (Canadá, Inglaterra, Sudáfrica, Palestina, etc.) y la emigración hacia Euorpa Occidental, el total de los judíos que emigran del Este de Europa del año 1800 a 1880 puede evaluarse en

unas 50.000 personas, es decir, un promedio anual de 3.000; en un millón para el período 1881-1899, o sea un promedio anual de 50.000; y en dos millones para los años de 1900 a 1914, es decir, una media de 135.000 por año. Estas cifras colocan a los judíos del Este en el primer rango entre los pueblos emigrantes. Hacia mediados del período que va de 1881 a 1914, habitaban en Rusia, Galitzia y Rumania, seis millones y medio; comparado con esta cifra el número de emigrantes es cercano al 50%. Las cifras correspondientes a los italianos, que proporcionaron la emigración más numerosa de Europa, no da más que un 15%, previa deducción de los emigrantes que retornaron. Esto últimos fueron numerosos entre los italianos, pero escasos entre los judíos.[5]

Esta gran emigración fue favorecida por la elevada natalidad de los judíos. Su total en el mundo alcanzó las siguientes cifras:

En 1825	3.281.000
En 1850	4.764.500
En 1880	7.663.000
En 1900	10.602.500
En 1925	14.800.500

Entre 1825 y 1925 la cantidad de judíos se quintuplicó; aumentó una vez y media más que la población de Europa.

"En la hora actual la cantidad de judíos debe sobrepasar por cierto los 18 millones. Es importante subrayar que, a pesar de las importantes cifras de la emigración, no solamente no ha decrecido la cantidad de judíos en Europa Oriental, sino que incluso aumentó en gran medida." "El judaísmo de Europa Oriental en el curso de los últimos treinta años envió al extranjero cerca de 4 millones de personas y, sin embargo, no solamente no disminuyó la cantidad de judíos de Europa Oriental, sino que se acrecentó notablemente. Pasó de 6 a 8 millones."[6]

La emigración contribuyó a la diferenciación social del judaísmo, proceso que hizo rápidos progresos en el curso del siglo XIX. En los

[5] Ruppin, o.c., p. 52.

[6] Enero-febrero 1938, Revue *Yiddische Economik.*

comienzos de la era capitalista por lo menos el 90% de los judíos eran intermediarios y comerciantes. En el siglo XX podemos considerar que en América tenemos cerca de dos millones y medio de proletarios judíos, que constituyen cerca del 40% de todos los judíos económicamente activos."[7]

He aquí la división profesional del conjunto de los judíos en 1932:

Comercio (incluidos transportes, diversiones y banca)	6.100.000	(38,6%)
Industria (incluidos minas y artesanado)	5.750.000	(36,4%)
Profesiones liberales y administración	1.000.000	(6,3%)
Agricultura	625.000	(4 %)
Trabajadores intermitentes y servicio doméstico	325.000	(2 %)
Sin profesión (rentistas, pensionistas o asistidos)	2.000.000	(12,7%)
	15.800.000	(100 %)

La cantidad relativamente poco numerosa de obreros judíos en los países atrasados como Polonia, donde alcanza a cerca del 25% de todas las personas económicamente activas, llega al 46% en América. La estructura profesional de la clase obrera judía difiere aún mucho de los proletarios de los pueblos. Los empleados constituyen del 30% al 36% de todos los asalariados judíos, es decir, una proporción tres o cuatro veces más elevada que en las otras naciones. Los obreros agrícolas, casi inexistentes entre los judíos, constituyen el 15% al 25% de los obreros no judíos.

El 60% al 70% de los judíos empleados en la industria son en rea-

[7] El porcentaje de empleados y obreros era: En Inglaterra, de 77 por ciento (1923); en U.S.A., de 75 por ciento (1920); en Bélgica, de 73 por ciento (1910); en Alemania, de 62 por ciento (1907); en Francia, de 48 por ciento (1906); en Polonia, de 24,8 por ciento (1921); en Rusia, de 15 por ciento (1925).

lidad obreros artesanales (en Europa Oriental el 80%de los proletarios trabajan en talleres y no en fábricas), mientras que entre los obreros de las otras nacionalidades, del 75% al 80%son obreros de fábrica. Por último, los obreros judíos están empleados especialmente en las ramas de los artículos de consumo; los obreros no judíos de las mismas ramas, sólo constituyen un pequeño porcentaje de su proletariado.

Las estadísticas comparadas de la división profesional de los obreros judíos y "arios" permiten una mejor comprensión de este fenómeno:

En algunos países europeos:	*Judíos*	*No judíos*
Vestido	43,7	8,5
Alimentación	11	9,5
Cuero	10,5	1,7
Metalurgia	8,6	19,9
Madera	7,9	6,9
Textil	6,8	12
Construcción	4,2	15,2
Imprenta - Papel	3,2	3,2
Otros	3,8	22,1

En Polonia (1937):	*Obreros judíos*	*No judíos*
Artesanado	58,7	33,2
Comercio y transporte	18,7	12,5
Trabajo a domicilio	9,7	1,9
Pequeña industria	8,9	9,6
Mediana y gran industria	3,8	23
Minas	0,44	8,4
Electricidad, agua, ferrocarriles	0,3	8,9
Fundición	—	2,3

(Yiddische Economik, agosto 1938)

Estas estadísticas muestran claramente que, contrariamente a los trabajadores "no judíos", concentrados sobre todo en la industria pesada, los obreros judíos se emplean sobre todo en el artesanado.

Los judíos son relativamente cinco veces más numerosos que los obreros no judíos en la industria del vestido, mientras que en la metalurgia, industria textil y construcción, los no judíos son dos o tres veces más numerosos que los obreros judíos.

Pero si la estructura profesional de las clases obreras, judía y no judía, difiere mucho aún, la miseria impele cada vez más a los trabajadores judíos a ingresar, a pesar de todas las trabas, en las profesiones que hasta el presente le resultaban inaccesibles.

Hace unas decenas de años, respondiendo a la pregunta de un periodista con respecto al boycot de los obreros judíos a su fábrica, un gran industrial de Lodz dijo: "No quiero tener dos mil asociados a mi empresa." Pero antes de esta guerra, el 15% de los obreros judíos se encontraban frente a las máquinas.

Una transformación muy importante ha sufrido, pues, el judaísmo en la época capitalista: el pueblo clase se diferenció socialmente. Pero este proceso de importante proyección va acompañado de una multitud de tendencias contradictorias que aún no han permitido la cristalización en nuestra época de una forma estable del judaísmo. Es mucho más fácil decir qué fue el judaísmo, que definir lo que él es.

En efecto, el desarrollo del capitalismo impulsó la evolución de la cuestión judía por caminos diametralmente opuestos. Por una parte, el capitalismo favorece la asimilación económica, y en consecuencia la asimilación cultural; por otra, desarraigando las masas judías, concentrándolas en las ciudades, provocando el recrudecimiento del antisemitismo, estimula el desarrollo del nacionalismo judío. El "renacimiento de la nación judía", la formación de la moderna cultura judía, la creación del idioma idish, el sionismo, acompañan los procesos de emigración y de concentración de las masas judías en las ciudades y son paralelos al desarrollo del antisemitismo moderno.

En todas partes del mundo, en todos los caminos del exilio, las masas judías se concentran en barrios especiales, creando sus propios centros culturales, sus diarios, sus escuelas idish. Naturalmente, es en los países de mayor concentración judía —Rusia, Polonia, Estados Unidos— donde el movimiento nacional tomó mayor amplitud. Pero el desarrollo de la historia es dialéctico. Al mismo tiem-

po que se elaboran las bases de una nueva nacionalidad judía, también se crean las condiciones de su desaparición. Mientras que en los países de inmigración las primeras generaciones permanecen aún firmemente adheridas al judaísmo, las nuevas generaciones pierden rápidamente sus costumbres y su lengua particulares.

"Entre los inmigrantes venidos de Europa Oriental a Europa Occidental y América, se habla el idish por lo menos en la primera generación —aunque se han introducido muchas palabras inglesas de tal suerte que está en vías de diferenciarse mucho del idish polaco o lituano—.

La segunda generación habla, a la vez, el idish y la lengua local; la tercera ya no conoce el idish... La prensa idish tuvo mucha difusión en los últimos cincuenta años a raíz de la llegada de dos millones de judíos de Europa Oriental que no sabían el inglés... Pero desde hace algunos años disminuyó el éxito de la prensa idish por la paralización de la inmigración y la americanización de la joven generación."[8]

Según las estadísticas oficiales, el idish era la lengua materna del 32,1% de los judíos americanos, en el año 1930 del 27,8%. En Hungría el idish desapareció casi completamente. En un censo de 1920, el 95,2% declaró el magiar como lengua materna, 4% el alemán y 0,8% otras lenguas.

En el mundo entero, en el año 1900 sobre cada 100 judíos, el 60,6% hablaba el idish; en 1930 sólo el 42,7%.

Al mismo tiempo que se pierde el empleo del idish, se asiste a un incremento considerable de matrimonios mixtos. Más desarrollado está un país, más frecuentes son allí los matrimonios mixtos.

En Bohemia el 44,7% de los matrimonios eran mixtos. Por el contrario, la cantidad de matrimonios mixtos en Rusia subcarpática y en Eslovaquia era insignificantes.[9]

8 Ruppin, o.c.
9 Revista *Yiddische Ekonomik*, abril-junio 1939.

Porcentaje de matrimonios mixtos, entre judíos y no judíos, con respecto a matrimonios puramente judíos:

Berlín	1901 a 1904:	35,4
	1905:	44,4
Hamburgo	1903 a 1905:	49,5
Trieste	1900 a 1903:	61,5
Copenhague	1880 a 1889:	55,8
	1890 a 1899:	68,7
	1900 a 1905:	82,9

También se registra un aumento de las apostasías. Así en Viena, el promedio de apóstatas judíos pasó del 0,4% en 1870 al 4,4% en 1916-20. Sin embargo, el debilitamiento general de la religión despoja a este índice mucho de su importancia.

Vemos, pues, cuán precarias son las bases del "renacimiento nacional" del judaísmo. La emigración, primero poderoso obstáculo para la asimilación y factor de "nacionalización" de los judíos, se transforma rápidamente en instrumento de fusión de los judíos con los otros pueblos. La concentración de las masas judías en las grandes ciudades, dando una especie de "base territorial" a la nacionalidad judía, no puede trabar mucho tiempo más el proceso de asimilación. La atmósfera de los grandes centros urbanos constituye un ardiente crisol donde se esfuman rápidamente todas las diferencias nacionales.

Si al principio el capitalismo crea las condiciones de un cierto "renacimiento nacional" judío, desarraigando millones de judíos, arrancándolos de sus tradicionales condiciones de vida y concentrándolos en las grandes ciudades, muy pronto contribuye a acelerar el proceso de asimilación. La expansión del idish, por ejemplo, declina rápidamente. El desarrollo del capitalismo, aunque a veces por medios bastante inesperados, conduce a la fusión de los judíos con los otros pueblos. Pero a principios del siglo XX aparecen los signos evidentes de la degeneración capitalista. El problema judío que en el siglo XIX parece evolucionar normalmente, reaparece con una agudeza inesperada a raíz de la decadencia del capitalismo. La solución de la cuestión judía parece estar más lejos que nunca.

Capítulo VII
La decadencia del capitalismo y la tragedia judía del siglo XX

El mérito esencial del régimen capitalista fue dar una formidable expansión a las fuerzas productivas, crear la economía mundial, permitir un incremento desconocido hasta entonces de la técnica y la ciencia. Al estancamiento del mundo feudal, el capitalismo opone un dinamismo sin par. Centenas de millones de hombres, inmovilizados hasta entonces en una vida rutinaria y sin horizontes, se ven repentinamente arrastrados en la corriente de una existencia febril e intensa.

Los judíos vivían en los poros de la sociedad feudal. Cuando el edificio comienza a desmoronarse, expulsa en primer lugar a los elementos que le eran, a la vez, extraños e indispensables. Antes que el campesino hubiera abandonado la aldea para ir al centro industrial, el judío había dejado la pequeña ciudad medieval para emigrar a las grandes ciudades del mundo. La destrucción de la función secular del judaísmo en la sociedad feudal va pareja con su penetración pasiva en la *sociedad capitalista*.

Pero si el capitalismo dio a la humanidad conquistas prodigiosas, sólo su desaparición podía permitirle gozar de ellas. Unicamente el socialismo está en condiciones de elevar a la humanidad a la altura de las bases materiales de la civilización. Pero el capitalismo se sobrevive y todas sus inmensas adquisiciones se oponen cada vez más a los intereses más elementales de la humanidad.

Los progresos de la técnica y de la ciencia se transforman en los progresos de la ciencia y de la técnica de la muerte. El desarrollo de

los medios de producción no es más que el acrecentamiento de los medios de destrucción. El mundo resulta demasiado pequeño para el aparato productivo construido por el capitalismo, y se reduce aún más por los esfuerzos desesperados de cada imperialismo por extender su esfera de influencia. Siendo que la exportación sin límites constituye un fenómeno inseparable del modo de producción capitalista, el capitalismo decadente trata de suprimirlo, es decir que agrega a sus males, los males de su supresión.

Poderosas barreras traban la libre circulación de las mercaderías y los hombres. Obstáculos infranqueables se yerguen ante las masas privadas de trabajo y de pan, después del derrumbe del mundo feudal tradicional. La putrefacción del capitalismo no solamente aceleró la descomposición de la sociedad feudal, sino que centuplicó los sufrimientos que provocaba. Los civilizadores, en un callejón sin salida, cierran el paso a los que quieren civilizarse. Impedidos de civilizarse, menos aún pueden permanecer en la barbarie. El capitalismo cierra la ruta del porvenir a los pueblos cuyas bases de existencia tradicionales destruyó, después de haber clausurado el camino del pasado.

La tragedia judía del siglo XX está vinculada a estos fenómenos generales. La situación tremendamente trágica del judaísmo de nuestra época se explica por la extrema precariedad de su posición social y económica. Los judíos, que fueran los primeros eliminados por el feudalismo decadente, fueron también los primeros rechazados por las convulsiones del capitalismo agonizante. Las masas judías se encuentran enclavadas entre el yunque del feudalismo decadente y el martillo del capitalismo en descomposición.

En Europa Oriental

Toda la situación del judaísmo de Europa Oriental se explica por la combinación de la decadencia de las antiguas normas feudales y la degeneración del capitalismo. La diferenciación social que se opera en las aldeas a raíz de la penetración capitalista, provoca la afluencia a las ciudades de los campesinos ricos y de los proletarizados; los primeros para valorizar sus capitales, los segundos para ofrecer su trabajo. Pero hay tan pocas posibilidades de colocar los capi-

tales como de encontrar trabajo. Apenas nacido, el sistema capitalista muestra ya todos los síntomas de la senilidad. La decadencia general del capitalismo se manifiesta en el interior de Europa Oriental por la crisis y la desocupación, y por el cierre de las posibilidades de emigración al exterior de sus fronteras. De siete a ocho millones de campesinos quedaron sin tierras, y casi sin posibilidades de trabajo, en la Polonia "independiente". Colocados entre dos fuegos, los judíos está expuestos a la hostilidad de la pequeña burguesía y de los campesinos que buscan crearse una posición a sus expensas. "Las posiciones judías se ven amenazadas especialmente por la burguesía polaca urbana y por los campesinos ricos que buscan la solución de sus dificultades en un feroz nacionalismo económico, mientras que la clase obrera polaca, víctima de permanente desocupación, busca el remedio a su manera, en la liberación económica y política más que en una competencia estéril y mortífera...[1].

Precisamente en las regiones más desarrolladas por el capitalismo es donde más rápido se forma una clase comercial no judía, y allí es donde la lucha antisemita es más encarnizada. "La disminución de los negocios judíos fue mayor en las voivodías centrales, es decir en una región donde la población es exclusivamente polaca, los campesinos alcanzaron un superior nivel de vida y donde la industria estaba más desarrollada, lo cual es muy importante para la situación material e intelectual de la aldea."[2]

Mientras que en 1914 el 72% de los negocios de las aldeas eran judíos, ese porcentaje baja al 34% en 1935, es decir a menos de la mitad. La situación es mejor en las zonas económicamente menos desarrolladas. "La participación de los judíos en el comercio es más importante en las voivodías más atrasadas." (Lipovski) "Los territorios orientales pertenencientes a los rusos blancos son, desde el punto de vista económico, intelectual y político, la zona más atrasada de Polonia. En estas regiones la mayoría absoluta de comerciantes judíos aumentó en una tercera parte".[3]

1 *La situation économique des Juifs dans le monde.*
2 Idem.
3 Idem.

En el año 1938, el 82,6% de los negocios de las zonas atrasadas de Polonia se encontraban en manos de los judíos[4].

Todos estos hechos prueban una vez más que la base del problema judío en Europa Oriental, se encuentra en la destrucción del feudalismo. Más atrasada es una región, más fácilmente logran los judíos conservar allí sus posiciones seculares. Pero es la decadencia general del capitalismo la que imposibilita la solución de la cuestión judía. La crisis y la desocupación crónicas impiden su paso a otras profesiones, produciendo a la vez una feroz competencia en las profesiones que ellos ejercen, aumentando sin cesar la violencia del antisemitismo. Los gobiernos de los terratenientes nobles y de los capitalistas se esfuerzan en organizar la corriente antijudía, desviando así a las masas de su verdadero enemigo. "Resolver la cuestión judía" para ellos es sinónimo de resolver la cuestión social. A fin de hacer lugar a las "fuerzas nacionales", el Estado organiza una lucha sistemática para "desjudaizar" todas las profesiones. En Polonia, las maneras de "polonizar" el comercio fueron desde el simple boycot a los comercios judíos por medio de la propaganda, hasta los pogroms y los incendios. He aquí, a título de ejemplo, el "Boletín de la victoria" publicado el 14 de junio de 1936 en el diario gubernamental "Illustrowany Murjer Codzienny": 160 posiciones del comercio polaco fueron conquistadas en los primeros meses de este año en el circuito de Madom. Solamente en Przktyk (famosa ciudad por los pogroms), 50 patentes comerciales fueron compradas por polacos. En total, en los diversos circuitos, fueron conquistadas 2.500 posiciones comerciales".[5]

El artesanado judío no fue tratado con más miramientos por los gobiernos polacos. El boycot, los impuestos exorbitantes, los exámenes en lengua polaca (millares de artesano judíos no conocían esa lengua), contribuyeron a eliminarlos. Privados de la indemnización por desocupación, el proletariado artesanal es uno de los más desheredados. Los jornales de los obreros judíos son muy bajos y las

4 Revista *Yiddische Ekonomik*, setiembre-octubre, 1938.

5 En Varsovia en 1882, el 79,3 por ciento de los comerciantes eran judíos; en 1931, disminuyeron al 51 por ciento. Jacob Lesczinski: *Le catastrophe économique des Juifs en Allemagne et en Pologne.*

condiciones de trabajo, espantosas (las jornadas laborables llegan hasta las 18 horas).

Las universidades constituyen el terreno predilecto de la lucha antisemita. La burguesía polaca utilizó todos los medios para impedir a los judíos el acceso a las profesiones intelectuales. Las universidades polacas llegaron a ser escenarios de verdaderos pogroms y otras violencias. Mucho antes de las estrellas de David de Hitler, la burguesía polaca introdujo las bancadas de ghettos en las Universidades. Medidas "legales" más discretas, pero no menos eficaces, hicieron casi imposible el acceso a las Universidades para la juventud judía, cuya ancentral herencia ha desarrollado particularmente sus facultades intelectuales. En Polonia, el porcentaje de estudiantes judíos disminuyó de 24,5%, en los años 1923 al 34, al 13,2%, en 1933-36.[6]

La misma política de eliminación de los estudiantes judíos estaba en el orden del día en Letonia y Hungría. El porcentaje de estudiantes judíos en Letonia pasó del 15,7% en 1920, al 8,5% en 1931; en Hungría del 31,7% en 1918, a 10,5% en 1931. En general, la situación de los judíos en Hungría, a lo largo de los siglos, se asemejó en todos los aspectos a la de Polonia.

En este país, de grandes magnates feudales, los judíos desempeñaron durante mucho tiempo el papel de clase intermediaria entre los señores y los campesinos. "Uno de nuestros corresponsales nos recuerda que a fines del siglo XIX, un cierto conde de Palugyay tuvo grandes dificultades para evitar su exclusión del Círculo Nacio-

[6] En la época en que los intelectuales pequeño-burgueses judíos y no judíos presentan a Hitler como único responsable del antisemitismo de nuestros tiempos, en la época en que las Naciones Unidas –Polonia entre ellas– se atribuyen la defensa de "los derechos del hombre", no será inútil recordar esto. Es cierto que Hitler organiza de manera premeditada la destrucción del judaísmo europeo y en ese dominio, como en todos los otros, personifica la barbarie capitalista, pero los diferentes gobiernos, más o menos "democráticos", que se han sucedido en Polonia, poco tendrían que aprender de él. La desaparición de Hitler no puede cambiar esencialmente la situación de los judíos. Una pasajera mejora de su suerte no exterminará todas las profundas raíces del antisemitismo del siglo XX.

nal de la nobleza húngara, en Budapest, debido simplemente a que quiso ocuparse por sí mismo de la transformación industrial de los productos de sus tierras y en particular de la destilación de alcohol de papas y aguardiente; incluso se había permitido ocuparse de su venta." Las profesiones liberales tampoco escapaban a este prejuicio, extendido tanto entre la alta aristocracia como en la pequeña nobleza. Poco tiempo antes de la caída de la doble monarquía, un magnate húngaro se expresaba despreciativamente de los nobles que "por dinero" examinaban la garganta de individuos que no conocían. Consecuencia natural de esta actitud fue que, especialmente en las ciudades, los judíos debieran formar la clase intermediaria entre los campesinos y la nobleza... El comercio, y especialmente el pequeño comercio, a los ojos del pueblo era cosa judía.

Aun hoy, para las masas de la población magiar, toda tienda, y de manera general todo lo que concierne a la explotación de ella, es considerado judío, incluso si esa tienda se ha convertido en instrumento de lucha económica contra los judíos.

He aquí una anécdota que ilustra de manera evidente ese estado de espíritu. "Una campesina envía a su hijo a hacer compras y desea que las efectúe en la cooperativa semiestatal "Mangya" y no en una tienda judía. Le dice: 'Piesta, ve a lo del judío, pero no a lo del judío que es judío, sino a la tienda nueva".[7]

El proceso de eliminación de los judíos de sus posiciones económicas tuvo lugar en toda Europa Oriental y la situación de las masas judías no tuvo salida. Una juventud desclasada, sin posibilidades de integrarse en la vida económica, vivía en la mayor miseria. Antes de la segunda guerra el 40% de la población judía de Polonia recurrió a las instituciones filantrópicas. La tuberculosis hacía estragos.

Demos la palabra a los corresponsales de la sección económica y estadística del Instituo científico judío residente en las regiones donde la desesperanza y la total ausencia de un mejor porvenir ahogan a la juventud judía. He aquí lo que se escribe de Miedzyrzace: "La situación de la juventud judía es muy difícil, y especialmente la desocupación de los hijos e hijas de comerciantes, pues sus padres no tienen necesidad de ser ayudados. Imposible abrir nuevas

7 *La situation économique des Juifs dans le monde.*

empresas. 75 muchachos y 120 muchachas, entre 15 y 18 años, no tienen ninguna esperanza de integrarse en la vida económica del país." Para Sulejow (voivodia de Lodz), disponemos de un cuadro más detallado, característico de las pequeñas ciudades polacas: "Casi el 50% de los hijos de los comerciantes judíos trabajan con sus padres, pero únicamente porque no logran encontrar otra ocupación. El 25% aprenden cualquier oficio y el 25% restante permanece de brazos cruzados. El 70% de los hijos de los artesanos se quedan en los talleres de los padres, aunque éstos están casi sin trabajo y pueden pasarse muy bien sin ayuda. El 10% aprende nuevos oficios; el otro 20% no tiene nada que hacer. Los hijos de los rabinos y de los empleados de las comunidades judías, tratan de asegurar su subsistencia aprendiendo un oficio. Toda la juventud desea emigrar, el 90% de ellos a Palestina, pero debido al número limitado de los certificado de emigración, tiene mínimas posibilidades. No importa, ellos están dispuestos a irse al Polo Norte o al Polo Sur, con tal de salir de este estancamiento. Cada vez más la juventud se vuelca al artesanado y va disminuyendo la cantidad de jóvenes en el comercio."[8]

En Europa Occidental

La situación del judaísmo llegó a no tener salida en Europa Oriental por la combinación de la decadencia del feudalismo y la descomposición del capitalismo, creando una atmósfera asfixiante y de furiosos antagonismos que, de alguna manera, repercutió en escala mundial. Europa Central y Occidental fue teatro de un alarmante ascenso del antisemitismo. Mientras que la reducción de la emigración judía —cuyo promedio anual desciende de 155.000 entre los años 1901 y 1914, a 43.657 entre 1926 a 1935[9]— agrava terriblemente su situación en Europa Oriental; la crisis general del capitalismo hizo que incluso esta emigración reducida resultara insoportable para los países occidentales. El problema judío alcanzó una agudeza inusitada no sólo en los países de emigración, sino

8 Idem, p. 252.
9 *Yiddische Ekonomik*, mayo-junio, 1938.

también en los países de inmigración. Ya antes de la primer guerra imperialista, la llegada masiva de inmigrantes judíos crea un fuerte movimiento antisemita en las clases medias de muchos países de Europa Central y Occidental. Basta recordar los grandes éxitos del partido antisemita social-cristiano de Viena y de su jefe Lueger, el creciente ascenso del antisemitismo en Alemania (Treitschke), el caso Deryfus. El antisemitismo muestra más claramente sus raíces en Viena, uno de los grandes centros de la inmigración judía antes de la primera guerra imperialista. La pequeña burguesía, arruinada por el desarrollo del capitalismo de los monopolios y en vías de proletarizarse, se exasperó por la llegada masiva del elemento judío, tradicionalmente pequeño burgués artesanal.

Después de la primera guerra imperialista los países de Europa Occidental y Central: Alemania, Austria, Francia y Bélgica, vieron afluir decenas de miles de inmigrantes judíos de Europa Oriental, andrajosos y privados de todo recurso. La aparente prosperidad de la post-guerra les permite ingresar en todas las ramas comerciales y artesanales. Incluso los inmigrantes judíos que habían entrado a las fábricas, no permanecieron mucho tiempo en ellas.

La gran tradición comercial de los judíos pesa sobre sus descendientes y las favorables condiciones económicas de la post-guerra produjeron un sensible proceso de desproletarización, tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos. En los países de inmigración, los obreros judíos conservaron su estructura artesanal. En París, en el año 1936, sobre 21.083 obreros judíos sindicalizados, 9.253 trabajaban a domicilio.

La catástrofe económica de 1929 coloca a las masas pequeño-burguesas en una encrucijada. La competencia en el pequeño comercio, el artesanado y las profesiones liberales alcanzó proporciones desacostumbradas. La pequeña burguesía consideraba con creciente hostilidad su competidor judío, cuya habilidad profesional, resultado de una práctica de siglos, le permitía a menudo sortear mejor los "tiempos difíciles". El antisemitismo llega incluso a encontrar eco en grandes capas de obreros artesanales, influídos desde siempre por la pequeña burguesía.

Es falso, pues, acusar al gran capital de crear el antisemitismo. Se sirvió del antisemitismo elemental de las masas pequeño burguesas y lo convirtió en la llave maestra de la ideología fascista. Por

medio del mito del "capitalismo judío", el gran capital trata de monopolizar a su provecho, el odio anticapitalista de las masas. La posibilidad real de una agitación contra los capitalistas judíos estaba dada por el antagonismo entre el capital monopolista y el capital especulativo-comercial, que era principalmente judío. La permeabilidad relativamente mayor del capital especulador (escándalos bolsistas), permite al capital monopolista canalizar el odio de las masas pequeño burguesas e incluso una parte de los obreros, contra el "capitalismo judío".

El Racismo

"La ideología es un proceso que el llamado pensador realiza con conciencia, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas motoras que lo impulsan le son desconocidas, pues de lo contrario no sería un proceso ideológico. De aquí que imagine fuerzas motrices falsas o aparentes" (Engels a Mehring). Hasta aquí hemos tratado de comprender las bases reales del antisemitismo de nuestra época. Pero basta considerar el papel que ha desempeñado en el desarrollo del antisemitismo el miserable documento fabricado por la Okrana zarista, los "Protocolos de los sabios de Sión", para advertir la importancia de las "fuerzas motrices falsas o aparentes" del antisemitismo. Actualmente en la propaganda hitlerista, el motivo real del antisemitismo de Europa Occidental —competencia económica dentro de la pequeña burguesía—, no se utiliza en absoluto. Por el contrario, los más fantásticos alegatos de los "protocolos de los Sabios de Sión", "los planes de dominación universal del judaísmo internacional", se reiteran en cada discurso y manifiesto de Hitler. Es necesario, pues, analizar este elemento mítico e ideológico del antisemitismo.

La religión constituye el ejemplo más característico de una ideología. Sus verdaderas fuerzas motrices deben buscarse en el muy prosaico dominio de los intereses materiales de clase, pero sus fuerzas motrices aparentes se encuentran en las más etéreas esferas. Sin embargo, el Dios que lanzó a los fanáticos puritanos de Cronwell contra la aristocracia inglesa y Carlos I, no era sino el reflejo o sím-

bolo de los intereses de los campesinos y burgueses ingleses. Toda revolución religiosa es, en realidad, una revolución social.

El desarrollo desenfrenado de las fuerzas productivas chocando contra los estrechos límites del consumo, constituye la verdadera fuerza motriz del imperialismo, etapa superior del capitalismo. Pero la "Raza" parece ser su fuerza aparente más característica. El racismo es pues, ante todo, la máscara ideológica del imperialismo moderno. La "raza luchando por su espacio vital", no es otra cosa que el reflejo de la permanente necesidad de expansión que caracteriza al capitalismo financiero o monopolista.

Si la contradicción fundamental del capitalismo —la contradicción entre la producción y el consumo— involucra para la gran burguesía la necesidad de luchar por la conquista de mercados exteriores para los grandes capitalistas, es paralela a la falta de mercados interiores para los pequeños capitalistas. Mientras la gran burguesía lucha furiosamente contra sus competidores en el mercado exterior, con no menos encarnizamiento la pequeña burguesía combate a sus competidores en el mercado interno. El "racismo" exterior va junto, pues, a un "racismo" interior. La gravedad inusitada de las contradicciones capitalistas del siglo XX entraña una creciente exasperación tanto del "racismo" exterior, como del "racismo" interior.

El carácter principalmente artesanal y comercial del judaísmo —herencia de un largo pasado histórico— lo hace enemigo número uno de la pequeña burguesía en el mercado interior. Es, pues, el carácter pequeño burgués del judaísmo lo que lo hace tan odioso a los ojos de la pequeña burguesía. Pero si el pasado histórico del judaísmo ejerce una influencia determinante en su actual composición social, tiene efectos no menos importantes en la imagen que las masas populares tienen de los judíos. Para ellas el judío sigue siendo el representante tradicional de las "fuerzas del dinero".

Este hecho es de gran importancia, pues la pequeña burguesía no es solamente una clase "capitalista", es decir, una clase depositaria "en miniatura" de todas las tendencias capitalistas; ella es también "anticapitalista". Tiene una gran conciencia, aunque vaga, de ser arruinada y despojada por el gran capital. Pero su carácter híbrido, su situación interclase, no le permite comprender la verdadera estructura de la sociedad ni tampoco el carácter real del gran capital. Es incapaz de comprender las verdaderas tendencias de la evolu-

ción social, pues presiente que esta evolución sólo puede serle fatal. Quiere destruir el carácter "malo" del capitalismo —es decir las tendencias que lo arruinan—, conservando el carácter "bueno" del capitalismo, que le permite vivir y enriquecerse. Pero como no existe capitalismo que posea la "buenas" tendencias, sin poseer las "malas", la pequeña burguesía está obligada a inventarlo. No es por azar que la pequeña burguesía inventó el "supercapitalismo": la desviación "mala" del capitalismo, su espíritu del mal. No es por casualidad que desde hace un siglo sus teóricos[10] se afanan por combatir el "capitalismo especulativo malo" y defienden el "útil capitalismo productivo".

La tentativa de los teóricos nazis de distinguir entre el "capital productivo nacional" y el "capitalismo parasitario judío" probablemente sea el último ensayo de este tipo. El "capitalismo judío" reúne las condiciones para representar el mito del "capitalismo malo". El concepto de la "riqueza judía" se ha introducido profundamente en la conciencia de las masas populares. Por lo tanto se trata solamente, por medio de una propaganda sabiamente orquestada, de despertar y "actualizar" la imagen del judío "usurero", contra el cual lucharon largo tiempo campesinos, pequeño burgueses y señores. La pequeña burguesía, y una capa de obreros que han permanecido bajo su control, son fácilmente influenciables por una propaganda semejante y caen en la trampa del "capitalismo judío". *Históricamente el éxito del racismo significa que el capitalismo logró canalizar la conciencia anti-capitalista de las masas en dirección a una forma anterior del capitalismo que sólo existe como vestigio*; este vestigio, sin embargo, es suficientemente considerable, como para dar una cierta apariencia de realidad al mito.

Evidentemente el racismo está compuesto de elementos muy heteróclitos. Refleja la voluntad expansionista del gran capital y expresa el odio de la pequeña burguesía contra los elementos "extraños" en el mercado interior, así como sus tendencias anticapitalistas.

En tanto que elemento capitalista, la pequeña burguesía combate al competidor judío y, en tanto que elemento anticapitalista lu-

10 Proudhon: Ver su utopía del crédito gratuito.

cha contra el "capital judío". El racismo desvía la lucha anticapitalista de las masas hacia una forma anterior del capitalismo, de la que sólo existen vestigios.

Pero si el análisis científico permite descubrir sus elementos componentes, la ideología racista debe aparecer como una "doctrina" absolutamente homogénea. El racismo sirve precisamente para fundir todas las clases en el crisol de una "comunidad racial", opuesta a las otras razas. El mito racista se esfuerza en aparecer como un todo, no teniendo sino vagos vínculos con sus orígenes, a menudo muy diferentes. Tiende a fusionar de manera perfecta sus diferentes elementos.

Así, por ejemplo, el racismo "exterior", máscara ideológica del imperialismo, "en sí" no debe revestir forzosamente carácter antisemita. Pero por necesidad de sincretismo éste es el carácter que reviste generalmente. El anticapitalismo de las masas, canalizado primero en dirección al judaísmo, es dirigido luego hacia el "enemigo exterior", con el que se le identifica. La "raza germánica" tiene el deber de combatir al "judío", su enemigo principal, y bajo todos sus disfraces: el de bolchevismo y liberalismo interiores; de la plutocracia anglo-sajona y el bolchevismo exterior.

Hitler dice en "Mein Kampf" que es indispensable presentar los diferentes enemigos bajo un aspecto común, para evitar el peligro de que las masas reflexionen demasiado en las diferencias existentes entre esos enemigos. Es por esto que el racismo es un mito y no una doctrina. Exige fe, pero teme al razonamiento como al fuego. El antisemitismo contribuye perfectamente a cimentar los diferentes elementos del racismo.

Así como es necesario fundir las diferentes clases en "una sola raza", es preciso que esta raza no tenga más que un solo enemigo: "el judío internacional". El mito de la raza va necesariamente acompañado de su "negativo": la anti-raza, el judío. La "comunidad" racial está edificada sobre el odio a los judíos, odio cuyo fundamento "racial" más sólido yace en la historia, en la época en que efectivamente el judío era un cuerpo extraño y hostil a todas las clases. La ironía de la historia quiere que la ideología antisemita más radical de la historia, triunfe precisamente en la época en que el judaísmo se encuentra en vías de asimilación económica y social. Pero como todas las "ironías de la historia", esta aparente paradoja es

fácilmente comprensible. En la época en que el judío era inasimilable, cuando verdaderamente representaba al capital, era indispensable para la sociedad. No podía plantearse su destrucción. Actualmente, la sociedad capitalista al borde del abismo, trata de salvarse resucitando al judío y el odio a los judíos. Pero precisamente porque los judíos no tienen ya la función que se les atribuye, es que la persecución antisemita puede tomar tal amplitud. El capitalismo judío es un mito, por ello es tan fácil vencerlo. Pero venciendo su "negativo", el racismo también destruye los fundamentos de su propia existencia. A medida que se desvanece el fantasma del "capitalismo judío", aparece la realidad capitalista con toda su fealdad. Las contradicciones sociales, disimuladas durante un instante por los vahos de la ebriedad "racial", aparecen con toda su agudeza. A la larga, el mito resulta impotente ante la realidad.

A pesar de su aparente homogeneidad, la misma evolución del racismo deja ver claramente las transformaciones económicas, sociales y políticas que se esfuerza en disimular. Para poder crear la armadura indispensable para la guerra imperialista —para la lucha por su "espacio vital"— el gran capital primero debe vencer su enemigo interior, el proletariado. Es la pequeña burguesía y los elementos desclasados del proletariado quienes proporcionan las tropas de choque, capaces de quebrar las organizaciones económicas y políticas del proletariado. El racismo aparece pues, al principio, como una ideología de la pequeña burguesía. Su programa refleja los intereses y las ilusiones de esa clase: promete la lucha contra el "super-capitalismo", contra los trusts, la bolsa, los grandes comercios, etcétera. Pero tan pronto como el gran capital logra quebrar al proletariado gracias al apoyo de la pequeña burguesía, esta clase le resulta una carga insoportable. El programa de preparación para la guerra, implica precisamente la eliminación implacable de las pequeñas empresas, un prodigioso desarrollo de los trusts y la proletarización intensiva. Esta misma preparación militar necesita el apoyo, o por lo menos una especie de neutralidad, del proletariado, factor fundamental de la producción. Es así que el gran capital no duda un instante en violar cínicamente sus promesas más solemnes y estrangular con la mayor brutalidad a la pequeña burguesía. El racismo se dedica ahora a halagar al proletariado, apareciendo como un movimiento radicalmente "socialista". Es aquí cuando la identi-

ficación judaísmo-capitalismo adquiere más importancia. La expropiación radical de los capitalistas judíos debe servir de "garantía", de "caución" de la voluntad de lucha anticapitalista del racismo. El carácter anónimo del capitalismo de los monopolios —contrariamente a la forma generalmente personal (y a menudo comercial y especulativa) de las empresas judías— facilita esta operación de fraude espiritual. El hombre del pueblo advierte más fácilmente el capitalismo "real" —el comerciante, el fabricante, el especulador—, que al "respetable director de una sociedad anónima" que se presenta como un "factor indispensable de la producción". Es así que la ideología racista llega a las siguientes identificaciones: judaísmo = capitalismo; racismo = socialismo; economía dirigida para la guerra = economía dirigida socialista.

Es indudable que capas considerables de obreros, privadas de sus organizaciones, enceguecidas por los éxitos políticos exteriores de Hitler, se dejaron engañar —como sucediera antes con la pequeña burguesía— por la mitología racista. Momentáneamente la burguesía parece haber alcanzado su objetivo: la furiosa persecución antijudía extendida por toda Europa permite demostrar la victoria "definitiva" del racismo, la derrota irreductible del judaísmo internacional.

Sobre la raza judía

La "teoría" racial dominante actualmente no es nada más que un intento de dar base científica al racismo. Carece de todo valor científico. Basta observar las lamentables acrobacias de los teóricos racistas para demostrar el parentesco de los "germanos" con los nipones o el antagonismo irreductible entre el "heroico espíritu germánico" y el "espíritu mercantil anglosajón", para convencerse completamente. Las divagaciones de un Montadon sobre la "desprostitución" del "etnos" judío por... la obligación de llevar las estrellas de David, no valen más, por cierto. La auténtica prostitución de algunos "sabios" ante el racismo, demuestra un raro espectáculo de decadencia de la dignidad humana, que, por otro lado, no es más que la culminación de la completa decadencia de la ciencia burguesa que ya, bajo la democracia, lo era todo menos objetiva.

Las tonterías racistas no deben impedirnos, sin embargo, examinar en qué medida es preciso hablar de una raza judía. El más superficial examen del problema nos lleva a la conclusión de que los judíos constituyen en realidad una mezcla heteróclita de razas. Evidentemente el carácter diaspórico del judaísmo es la causa esencial de este hecho. Aun en Palestina los judíos están lejos de constituir una "raza pura". Sin hablar del hecho de que, según la Biblia, los israelitas al salir de Egipto llevaron consigo una masa de egipcios, y que Estrabón los consideraba descendientes de egipcios—, basta recordar las numerosas razas que se establecieron en Palestina: hititas, cananeos, filisteos ("arios"), egipcios, fenicios, griegos, árabes. Según Estrabón, Judea estaba habitada por fenicios, egipcios y árabes. El proselitismo judío durante la época griega y romana acentuó el carácter híbrido del judaísmo. Ya en el año 139 a.C., los judíos fueron expulsados de Roma por haber hecho prosélitos. La comunidad de Antioquía estaba compuesta en gran parte por prosélitos. El proselitismo no cesó nunca, ni aun en los períodos posteriores. La conversión forzada de los esclavos, la conversión de los kazares y la de otras razas y pueblos durante la larga diáspora, constituyeron otros tantos factores que han hecho del judaísmo un característico conglomerado de razas.

Actualmente, por ejemplo, no hay absolutamente ninguna homogeneidad racial entre los judíos yemenitas, por ejemplo, y los judíos del Daghestán. Los primeros son de tipo oriental, mientras que los segundos pertenecen a la raza mongol. Hay judíos negros en la India, judíos etíopes (Falscha), judíos "trogloditas" en Africa. Sin embargo esta diferencia fundamental que existe, por ejemplo, entre los judíos del Daghestán y los yemenitas, no agota la cuestión. En efecto, nueve décimos de los judíos actuales habitan Europa Oriental o descienden de judíos de dicha región. ¿Hay una raza judía europea-oriental? He aquí cómo responde el teórico antisemita Hans Gunther: "El judaísmo oriental que constituye cerca de los nueve décimos de los judíos —compuesto hoy por los judíos de Rusia, Polonia, Galitzia, Hungría, Austria y Alemania, así como la mayor parte de los judíos de América del Norte y de Europa Occidental— constituye una mezcla de razas asiática-anterior (vor deradiatisch), oriental-báltica-asiática (inner asistisch), interior-nórdica-halmítica-negra (Rassenkunde des judieches Volkes)."

Según encuestas realizadas en Nueva York, sobre 4.235 judíos, había:

	Judías	Judíos
Tipos morenos	52,62 %	56,94 %
Tipos rubios	10,42 %	10,27 %
Tipos mezclados	36,96 %	32,79 %

El 14,25% de los judíos y el 12,70% de las judías poseían lo que se llama nariz judía, que no es más que la nariz común en los pueblos de Asia Menor, particularmente frecuente entre los armenios. Esta forma de nariz es también muy común entre los pueblos mediterráneos y entre los bávaros (raza dynárica). Estas breves observaciones nos llevan a la nulidad del concepto de la "raza judía". Pero si la raza judía es un mito, es justo decir que los judíos constituyen una mezcla racial diferente a la de la mayor parte de los pueblos europeos, principalmente eslavos y germanos.

Sin embargo, no son las características antropológicas de los judíos las que los distinguen de los otros pueblos, sino sus características fisiológicas, patológicas y, sobre todo, psíquicas.

La función económica y social del judaísmo a través de la historia es la que explica principalmente este fenómeno. Durante siglos habitaron ciudades y se dedicaron al comercio. El tipo de judío es mucho más un resultado de esta función secular que una característica racial.Los judíos absorbieron una masa de elementos raciales heterogéneos, pero todos ellos fueron sometidos a la influencia de las condiciones específicas en que vivían los judíos, lo cual con el tiempo condujo a la creación de lo que se llama el "tipo judío". Ello fue el resultado de una larga selección, no racial, sino económica y social. La debilidad física, la frecuencia de ciertas enfermedades como la diabetes, nerviosidad, una actitud corporal especial, etc.... no son características raciales, sino el resultado de una posición social específica. No hay nada más ridículo que explicar, por ejemplo, su propensión al comercio o su tendencia a la abstracción, por su raza. Donde los judíos se asimilan económicamente, cuando dejan de constituir una clase, pierden rápidamente esas características. Sucede que donde los teóricos racistas pensaban encontrar una "raza verdadera", hallan una comunidad humana cuyas característi-

cas específicas son, ante todo, el resultado de las condiciones sociales en que vivieron durante siglos. Un cambio de esas condiciones sociales debe producir naturalmente la desaparición de las "características raciales" del judaísmo.

El Sionismo

El sionismo nació entre el fulgor de los incendios pavorosos provocados por los pogroms rusos de 1882 y en el tumulto del caso Dreyfus, dos acontecimientos que revelaron la agudeza que alcanzó el problema judío a fines del siglo XIX.

La rápida capitalización de la economía rusa luego de la reforma de 1863, hace insostenible la situación de las masas judías en las pequeñas ciudades. En Occidente, las clases medias, desmenuzadas por la concentración capitalista, comienzan a volverse contra el elemento judío cuya competencia agrava su situación. En Rusia se funda la Asociación de los "Amantes de Sión". Leo Pinsker escribe "*La Autoemancipación*", libro en el que preconiza el retorno a Palestina, como única solución posible de la cuestión judía. En París, el barón Rotschild, que como todos los magnates judíos ve con poca simpatía la llegada a Occidente de los inmigrantes judíos, comienza a interesarse en la obra de la colonización de Palestina. Ayudar a "los hermanos infortunados" a volver al país de sus "antepasados", es decir a irse lo más lejos posible, no tenía nada de desagradable para la burguesía de Occidente que con razón temía el ascenso del antisemitismo. Poco después de la aparición del libro de Leo Pinsker, un periodista judío de Budapest, Teodoro Herlz, asiste en París a las manifestaciones antisemitas provocadas por el asunto Dreyfus. Escribirá *El Estado judío* que hasta hoy sigue siendo el evangelio del movimiento sionista. Desde el principio el sionismo apareció como una reacción de la pequeña burguesía judía (que aún constituye la base del judaísmo) duramente atacada por la creciente ola de antisemitismo, sacudida de un país a otro, y que procura alcanzar la Tierra Prometida para sustraerse a las tempestades desencadenadas sobre el mundo moderno.

El sionismo es, pues, un movimiento muy joven; es el más joven de los movimientos nacionales europeos. Esto no le impide —mu-

cho más que todos los otros nacionalismos— pretender que se nutre de un pasado sumamente remoto. El sionismo, que en realidad es el producto de la última fase del capitalismo, cuando éste comienza a desintegrarse, sostiene que su origen se remonta a un pasado más que bimilenario.

Si bien, el sionismo es fundamentalmente una reacción contra la situación creada al judaísmo por la combinación de la destrucción del feudalismo y la decadencia del capitalismo, afirma que constituye una reacción contra el estado de cosas existente desde la caída de Jerusalén en el año 70 de la Era Cristiana. Su reciente nacimiento es, evidentemente, la mejor réplica a esas pretensiones. En efecto, ¿cómo creer que el remedio para un mal existente desde hace dos mil años, pudo recién encontrarse a fin del siglo XIX? Pero el sionismo, como todos los nacionalismos, y aun con más énfasis, considera el pasado histórico a la luz del presente. Así como actualmente a los niños franceses se les presenta una Francia existente desde la Galia de Vercingétorix, y a los niños de Provenza las victorias de los reyes de l'Ile de France sobre sus antepasados, como éxitos propios, de la misma manera el sionismo trata de crear el mito de un judaísmo eterno, eternamente expuesto a las mismas persecusiones.

El sionismo ve en la caída de Jerusalén la causa de la dispersión y, en consecuencia, el origen de todas las desventuras judías en el pasado, el presente y el futuro. "El origen de todos los infortunios del pueblo judío es la pérdida de su patria histórica y su dispersión en todos los países", declara la delegación marxista del "Poalé-Sión" en el Comité Holando-escandinavo. Luego de la violenta dispersión de los judíos por los romanos, la lamentable historia continúa. Expulsados de su patria, los judíos no han querido (¡Oh bellezas del libre albedrío!) asimilarse. Imbuidos de su "cohesión nacional", "de un superior sentimiento ético" y de "una indestructible creencia en un Dios único"[11] resistieron todas las tentativas de asimilación. Durante esos oscuros días que duraron dos mil años, su única esperanza fue la visión de un retorno a su antigua patria.

[11] Ver el artículo de Ben Adir "Antisemitismo", en la *Allgemeine Encyclopedie*.

El sionismo nunca se planteó seriamente esta pregunta: ¿Por qué durante esos dos mil años los judíos nunca intentaron, realmente, volver a esa patria? ¿Por qué fue preciso esperar a fines del siglo XIX para que Herzl llegara a convencerlos de esta necesidad? ¿Por qué todos los predecesores de Herzl, como el famoso Sebetai Zevi, fueron tratados como falsos mesías? ¿Por qué los partidarios de Sabetai Zevi fueron ferozmente perseguidos por el judaísmo ortodoxo?

Naturalmente, para responder a estas interesantes preguntas se refugian en la religión. "Mientras las masas creyeron que debían permanecer en la Diáspora hasta la llegada del Mesías, era preciso sufrir en silencio", dice Zitlovski (*Matérialisme et la Question nacionale*), cuyo sionismo es, por lo demás, bastante condicional. Pero, sin embargo, esta explicación no nos explica nada. Se trata precisamente de saber por qué las masas judías creían que era preciso esperar al Mesías para poder "volver a su patria". La religión, por ser un reflejo ideológico de los intereses sociales, debe forzosamente corresponderlos. Actualmente, la religión no constituye en absoluto un obstáculo para el sionismo.[12]

En realidad, mientras el judaísmo permaneció incorporado en el sistema feudal, el "sueño de Sión" no era otra cosa que un sueño y no correspondía a ningún interés real del judaísmo. El posadero o el "arrendatario" judío de Polonia del siglo XVI pensaba tan poco en volver a Palestina como hoy en día el millonario judío de América. El mesianismo religioso judío en nada se distinguía de los mesianismos propios a las otras religiones. Los peregrinos judíos que iban a Palestina, encontraban allí peregrinos católicos, ortodoxos y musulmanes. Por otra parte, no era el "retorno a Palestina" lo que constituía el fondo de ese mesianismo, sino la creencia en la reconstrucción del templo de Jerusalén.

Todos estos conceptos idealistas del sionismo son inseparables, naturalmente, del dogma del eterno antisemitismo. "Mientras los judíos residan en la Diáspora, serán aborrecidos por los autóctonos". Este punto de vista esencial del sionismo que constituye —di-

12 Hay un partido burgués religioso-sionista (Misrakhi) y un partido obrero religioso-sionista (Poalé-Misrakhi).

gamos así— su esqueleto, está matizado, naturalmente, según sus distintas corrientes. El sionismo transpone el antisemitismo moderno a toda la historia, ahorrándose el trabajo de estudiar las diversas formas del antisemitismo y su evolución. Sin embargo, hemos visto que en distintas épocas históricas el judaísmo formaba parte de las clases poseedoras y recibía el mismo trato. En resumen, habría que buscar la razón del sionismo en la imposibilidad de asimilación a causa del "eterno" antisemitismo, y en la voluntad de salvaguardar los "tesoros del judaísmo".[13]

En realidad, la ideología sionista, como toda ideología, no es más que el reflejo desfigurado de los intereses de una clase. Es la ideología de la pequeña burguesía judía, asfixiada entre el feudalismo en ruinas y el capitalismo en decadencia. La refutación de las fantasías ideológicas del sionismo, no niega, naturalmente, las necesidades reales que le dieron origen. El antisemitismo moderno —y no el mítico antisemitismo "eterno"— es el mejor agitador en favor del sionismo. De la misma manera, la cuestión esencial que se plantea es saber en qué medida el sionismo es capaz de resolver —no el "eterno" problema judío—, sino la cuestión judía en la época de la decadencia capitalista.

Los teóricos sionistas gustan comparar el sionismo con los otros movimientos nacionales, pero en realidad, los fundamentos de los movimientos nacionales y del sionismo son totalmente diferentes. El movimiento nacional de la burguesía europea es consecuencia del desarrollo capitalista; refleja la voluntad de la burguesía de crear bases nacionales para la producción, aboliendo las sobrevivencias feudales. El movimiento nacional de la burguesía europea está estrechamente ligado a la fase ascendente del capitalismo. Pero en el siglo XIX, la época del florecimiento de los nacionalismos, lejos de ser "sionista", la burguesía judía era profundamente asimilacionista. El proceso económico que da origen a las naciones modernas, planta las bases de la integración de la burguesía judía en la nación burguesa.

Recién cuando el proceso constitutivo de las naciones llega a su

13 Bôhm, *Die Zionistische Bewegung*, Cap. III.

fin, cuando las fuerzas productivas encuentran exiguas las fronteras nacionales, comienza a manifestarse el proceso de expulsión de los judíos de la sociedad capitalista, empezando a desarrollarse el antisemitismo moderno. La eliminación del judaísmo acompaña la decadencia del capitalismo. Lejos de ser producto del desarrollo de las fuerzas productivas, el sionismo es, precisamente, la consecuencia de la paralización total de ese desarrollo, el resultado de la petrificación del capitalismo. Mientras el movimiento nacional es producto del período ascendente del capitalismo, el sionismo es consecuencia de la era imperialista. La tragedia judía del siglo XX es un resultado directo de la decadencia del capitalismo.

Aquí es donde se encuentra el principal obstáculo para la realización del sionismo. *La decadencia capitalista, base del desarrollo del sionismo, es también causa de la imposibilidad de su realización.* La burguesía judía está obligada a crear íntegramente un Estado nacional, a asegurarse planes objetivos para el desarrollo de sus fuerzas productivas, precisamente en la época en que las condiciones para un desarrollo semejante han desaparecido hace mucho tiempo. Las condiciones de la decadencia del capitalismo que plantearan tan agudamente la cuestión judía, hacen también imposible su solución por la vía sionista. Nada hay de extraño en esto. No se puede suprimir un mal, sin destruir sus causas. Pues bien, el sionismo se propone resolver la cuestión judía sin destruir el capitalismo, que es la razón principal de los sufrimientos de los judíos.

A fines del siglo XIX, en la época en que el problema judío recién comenzaba a plantearse con toda su agudeza, 150.000 judíos abandonaban anualmente su país de origen. Entre 1881 y 1925 se expatriaron cerca de cuatro millones. A pesar de estas enormes cifras, el judaísmo de Europa Oriental ascendió de 6 a 8 millones.

De este modo ni aun cuando el capitalismo todavía estaba en vías de desarrollo, ni cuando los países de ultramar aún acogían a los emigrantes, la cuestión judía no podía ni siquiera comenzar a solucionarse en el sentido sionista; lejos de disminuir, la población judía mostraba una fatal propensión a continuar aumentando. Para comenzar a resolver la cuestión judía, es decir para comenzar a transplantar realmente a las masas judías, sería necesario que los países de inmigración absorbieran, por lo menos, algo más del crecimiento natural de los judíos en la Diáspora, o sea, como mínimo

unos 300.000 judíos anualmente. Y si antes de la primera guerra imperialista, cuando todas las condiciones eran todavía favorables para la emigración, cuando todos los países desarrollados —tales como Estados Unidos— permitían la entrada de inmigrantes en masa, nunca pudo ser alcanzada una cifra semejante, ¿cómo creer que ello sea posible en el período de la persistente crisis del capitalismo, en la época de las guerras casi incesantes?

Naturalmente que en el mundo hay suficientes navíos para transportar centenas de millares e incluso millones de judíos. Pero si todos los países cerraron sus puertas a los emigrantes es porque hay una superproducción de fuerza de trabajo, como hay una superproducción de mercaderías. Contrariamente a la teoría de Malthus que consideraba que había exceso de hombres porque había demasiado pocos productos, es precisamente la abundancia de productos que causa la "plétora" humana. ¿Por qué milagro en la época en que los mercados mundiales están saturados de productos, en la época en que la desocupación permanente se extiende en todas partes, un país, por grande y rico que sea (y dejamos de lado el caso específico de la pobre y pequeña Palestina), podría desarrollar sus fuerzas productivas al punto de poder absorber 300.000 emigrantes anualmente? En realidad, las posibilidades de emigración judía disminuyen al mismo tiempo que aumenta su necesidad. Las causas que impulsan la emigración, son las mismas que impiden llevarla a cabo: todas provienen de la decadencia del capitalismo.

De esta contradicción esencial entre la *necesidad* y la *posibilidad* de emigrar, surgen también las dificultades políticas del sionismo. La época del desarrollo de las naciones europeas fue también el período de una inmensa colonización de los países de ultramar. Es a principios y mediados del siglo XIX, en la edad de oro del nacionalismo europeo, que se colonizó América del Norte, y es también en ese período que América del Sur y Australia comenzaron a desarrollarse. Vastas extensiones del planeta estaban virtualmente sin dueño y se prestaban maravillosamente para el establecimiento de millones de emigrantes europeos. En esa época, por las razones que hemos estudiado, los judíos pensaban, poco o nada, en emigrar.

Actualmente el mundo entero está colonizado, industrializado y dividido entre los diversos imperialismos. En todas partes los emigrantes judíos deben enfrentar a la vez al nacionalismo de los "na-

tivos" y al imperialismo dominante. En Palestina, el nacionalismo judío choca contra un nacionalismo árabe cada vez más agresivo. El desarrollo de Palestina, por la inmigración judía aumenta asimismo la intensidad de ese nacionalismo árabe. El desarrollo económico del país provoca el aumento de la población árabe, su diferenciación social y el crecimiento de un capitalismo nacional. Para vencer la resistencia árabe, los judíos necesitan del imperialismo inglés, pero este "apoyo" es tan perjudicial como la resistencia árabe. El imperialismo inglés ve con ojos favorables una débil inmigración judía que constituya un contrapeso al factor árabe, pero es resueltamente hostil al establecimiento de una numerosa población judía en Palestina, al desarrollo industrial y al crecimiento del proletariado. Simplemente, se sirve de los judíos para contrabalancear la amenaza árabe, pero hace todo lo posible para provocar dificultades a la inmigración judía.

Así a las crecientes dificultades que provoca la resistencia árabe, se agrega el juego pérfido del imperialismo británico. En fin, debe sacarse una última conclusión de las premisas fundamentales establecidas. Debido a su carácter necesariamente artificial, a causa de las pocas perspectivas de un desarrollo rápido y normal de la economía palestina en nuestra época, la obra de colonización sionista demanda considerables capitales. El sionismo requiere cada vez mayores sacrificios de los judíos del mundo. Pero mientras la situación de los judíos es más o menos soportable en la Diáspora, ninguna clase judía siente la necesidad de hacer esos sacrificios. A medida que las masas judías sienten la necesidad de tener una "patria", a medida también que las persecuciones aumentan de intensidad, las masas judías están en peores condiciones para contribuir a la edificación sionista. "Para la reconstrucción de Palestina es necesario un pueblo judío fuerte en la Diáspora", dice Ruppin. Pero mientras el pueblo judío es fuerte en la Diáspora, no siente ninguna necesidad de la reconstrucción palestina. Cuando tiene la necesidad, ya no tiene posibilidad de realizarla. Sería difícil pedir hoy a los judíos europeos que tienen una urgente necesidad vital de emigrar, que hagan algo por la reconstrucción de Palestina. Es fácil apostar que el día que puedan hacerlo su entusiasmo amainará mucho.

Naturalmente, no se puede excluir un éxito relativo del sionismo en el sentido de la creación de una mayoría judía en Palestina e

incluso de la formación de un "Estado Judío", es decir de un Estado sometido a la completa dominación del imperialismo inglés o norteamericano. De ninguna manera esto sería un retorno al estado de cosas que existiera en Palestina antes de la destrucción de Jerusalén y, desde ese punto de vista, sería "la reparación de una injusticia bimilenaria". Pero ese minúsculo Estado judío "independiente" en medio de una Diáspora mundial, no será más que un retorno aparente al estado de cosas de antes del año 70. Ello no significará el comienzo de la solución de la cuestión judía. En efecto, la Diáspora judía de la época romana tenía sólidas bases económicas: los judíos desempeñaban una función importante en el mundo. La existencia o la ausencia de una metrópolis palestina, para los judíos de esa época tenía una importancia secundaria. Hoy no se trata de dar a los judíos un centro político o espiritual (como lo quería Achhaad Haem) sino de salvar al judaísmo de la extinción que lo acecha en la Diáspora. Ahora bien, ¿la existencia de un pequeño Estado judío en Palestina puede cambiar en algo la situación de los judíos polacos o alemanes? Admitiendo incluso que todos los judíos del mundo fueran hoy ciudadanos palestinos, ¿hubiera sido diferente la política de Hitler? Hay que estar afectado de un incurable cretinismo jurídico para creer que, sobre todo en la época actual, la creación de un pequeño Estado judío en Palestina podría cambiar en algo la situación de los judíos del mundo. Luego de la eventual creación de un Estado judío en Palestina, la situación se asemejará al estado de cosas que existía en la época romana solamente en que *en los dos casos, la existencia de un pequeño Estado judío en Palestina no ejerce ninguna influencia sobre la situación de los judíos en la Diáspora.* En la época romana, la posición económica y social del judaísmo de la Diáspora era muy sólida; por lo tanto, la desaparición de ese Estado judío no la comprometió en absoluto. Actualmente la situación de los judíos en el mundo es muy grave y por ello la restauración de un Estado judío en Palestina no podrá solucionarla. En los dos casos, la situación de los judíos no depende en absoluto de la existencia de un Estado en Palestina, pero está en función de la situación económica, social y política general. Suponiendo incluso que el sueño sionista se realice y que "la injusticia secular" sea reparada —y estamos lejos de ello—, en nada se modificará la situación del judaísmo mundial. Puede ser

que el templo sea reconstruido, pero los fieles continuarán sufriendo.

La historia del sionismo es la mejor ilustración de las invencibles dificultades con que tropieza, dificultades resultantes, en último análisis, de la contradicción esencial que lo desgarra: contradicción entre la urgente necesidad de resolver la cuestión judía, y la creciente imposibilidad de resolverla en las condiciones del capitalismo en decadencia. Inmediatamente después de la guerra imperialista, la emigración judía a Palestina no encontraba grandes obstáculos en su camino. A pesar de esto hubo relativamente pocos inmigrantes; las condiciones económicas de los países capitalistas en la post-guerra hacían menos urgente la necesidad de emigrar. Debido a la poca magnitud de esta emigración el gobierno británico no se sintió obligado a obstaculizar la entrada de judíos en Palestina. En los años 1924-25-26, la burguesía polaca inicia una ofensiva económica contra las masas judías. En estos años es también más importante la emigración hacia Palestina, pero esta emigración masiva muy pronto enfrenta dificultades económicas insuperables. El reflujo fue casi tan grande como fuera la afluencia. Hasta 1933, fecha de la toma del poder por Hitler, la inmigración sigue siendo poco importante. Después de esa fecha, decenas de miles de judíos comienzan a llegar a Palestina. Pero esta "coyuntura" es muy pronto detenida por una tempestad de manifestaciones y masacres antijudías. Los árabes temen seriamente transformarse en una minoría dentro del país. Los señores feudales árabes temen ser sumergidos por la ola del capitalismo. El imperialismo británico aprovecha esta tensión para obstaculizar la entrada de los judíos, y trata de profundizar el abismo existente entre judíos y árabes, proponiendo la partición de Palestina. Hasta la segunda guerra imperialista el sionismo encontraba dificultades crecientes. La población palestina vivía en estado de terror permanente. Precisamente cuando la situación de los judíos era cada vez más desesperada, el sionismo se mostraba totalmente incapaz de ponerle remedio. Los inmigrantes judíos "clandestinos" eran recibidos a balazos por los "protectores" británicos.

La ilusión sionista comenzó a perder atractivo incluso a los ojos de los menos advertidos. Las últimas elecciones de Polonia demostraron que las masas judías se apartaban completamente del sionis-

mo. Las masas judías comienzan a comprender que el sionismo no sólo no puede mejorar seriamente su situación, sino que proporciona armas a los antisemitas para sus teorías sobre la "necesidad objetiva de la emigración judía". La guerra imperialista y el triunfo del hitlerismo en Europa constituyen para el judaísmo un desastre sin precedentes. El judaísmo se encuentra ante la amenaza de su completa exterminación. ¿Qué puede el sionismo ante tal desastre? ¿No es evidente que la cuestión judía depende muy poco de los futuros destinos de Tel-Aviv, sino mucho más del régimen que mañana se establecerá en Europa y en el mundo? Los sionistas tienen muchas esperanzas en una victoria del imperialismo anglo-sajón. Sin embargo, ¿existe una sola razón para creer que la actitud de los imperialistas anglosajones diferirá después de su eventual victoria, de su actitud de antes de esta guerra? Es evidente que no. Y admitiendo incluso que el imperialismo anglo-sajón cree una especie de engendro de Estado judío, hemos visto que ello tendría poca influencia en la situación del judaísmo mundial. Una gran inmigración judía a Palestina después de esta guerra, tropezará con las mismas dificultades que encontró antes. En las condiciones del capitalismo decadente es imposible trasplantar millones de judíos. Sólo una economía socialista mundial planificada sería capaz de semejante milagro. Pero esto supone, naturalmente, la Revolución proletaria.

Pero el sionismo pretende, precisamente, resolver la cuestión judía independientemente de la Revolución mundial. Al menospreciar los orígenes reales de la cuestión judía de nuestra época, meciéndose en sueños pueriles e insensatas esperanzas, el sionismo demuestra que es una excrecencia ideológica y no una doctrina científica.[14]

[14] En este capítulo se trata el sionismo en tanto que ligado a la cuestión judía. La significación del sionismo en Palestina constituye, naturalmente, otro problema.

Capítulo VIII
Las vías de solución de la cuestión judía

Es falso afirmar que desde hace dos mil años el problema judío requiere una solución. El hecho mismo de que en el curso de este largo período no se encontrara esa solución, prueba acabadamente su no-necesidad. El judaísmo era un factor indispensable en la sociedad pre-capitalista, un órgano esencial. Esto es lo que explica su existencia bimilenaria en la "Diáspora". El judío era un personaje tan característico en la sociedad feudal como el señor y el siervo. No fue por azar que un elemento extranjero desempeñara la función de "capital" en la sociedad feudal. Por su propio carácter, ella no podía constituir el elemento capitalista; cuando pudo hacerlo, comenzó precisamente a dejar de ser feudal. Tampoco fue casual que el judío continuara siendo extranjero en el seno de la sociedad feudal. El "capital" peculiar de la sociedad precapitalista existe fuera de su sistema económico. Cuando el capital comienza a surgir de las entrañas de ese sistema social, reemplazando así al órgano artificial, el judío desaparece al mismo tiempo que la sociedad feudal deja de serlo.

Es el capitalismo moderno que plantea el problema judío. No porque los judíos actualmente alcancen a cerca de 20 millones de individuos (la proporción de judíos con respecto a los no judíos incluso disminuyó mucho desde la época romana), sino porque el capitalismo demolió las bases seculares de la existencia del judaísmo. Destruyó la sociedad feudal y con ella la función del pueblo-clase

judío. La historia condenó a la desaparición a ese pueblo-clase: así se planteó el problema judío. La cuestión judía es la de la adaptación del judaísmo a la sociedad moderna; el problema de la liquidación de la herencia legada a la humanidad por el feudalismo.

Durante siglos el judaísmo constituyó un organismo social en cuyo seno los elementos sociales y nacionales se interpenetraban profundamente. Los judíos están lejos de constituir una raza; por el contrario, probablemente sean una de las mezclas raciales más características, más pronunciadas. Esto no impide que, en esta amalgama, el elemento asiático sea muy notable, en todo caso lo suficiente para diferenciarlo en el seno de las naciones occidentales, donde se encuentran más expandidos. Este "fondo" nacional real está complementado con un fondo imaginario, poético, constituido por la tradición secular que vincula el judío actual a sus lejanos "ancestros" de la época bíblica. Sobre esta base nacional se injertó, luego, el fondo de clase, la psicología mercantil. Los elementos nacionales y sociales se mezclaron al punto de interpenetrarse completamente. Será difícil descubrir en el judío polaco, en su "tipo", la parte heredada de sus antepasados y la parte adquirida por la función social que ejerce desde hace siglos en ese país. Puede admitirse que la base social después de mucho tiempo cobra más importancia que el fondo nacional. De todas maneras, si el elemento social se agregó al elemento nacional, éste último pudo subsistir gracias al primero. Fue por su situación social y económica que el judío pudo "conservarse".

El capitalismo planteó el problema judío, es decir, destruyó las bases sociales que sostuvieron al judaísmo durante siglos. Pero el capitalismo no resolvió el problema judío, pues no pudo absorber al judío liberado de su corteza social. La decadencia del capitalismo dejó a los judíos en el aire. Si bien el comerciante "precapitalista" judío desapareció en gran medida, su hijo no se ubicó en la producción moderna. Al desplomarse la base social del judaísmo, lo transformó en gran parte en elemento desclasado. El capitalismo no sólo condenó la función social de los judíos, sino que también condenó a los propios judíos.

Los ideólogos pequeño-burgueses siempre tienden a erigir los fenómenos históricos en categorías eternas; para ellos la cuestión ju-

día está en función de la Diáspora: para ellos sólo la concentración de los judíos en Palestina podría resolverla.

Sin embargo, es puro infantilismo reducir la cuestión judía a un problema territorial. La solución territorial sólo tiene sentido si significa la desaparación del judaísmo tradicional, la integración en la economía moderna, la "productivización" de los judíos. Por un camino tortuoso, el sionismo llega a las soluciones preconizadas por sus peores enemigos: los "asimilacionistas" consecuentes. Para los unos, como para los otros, se trata de hacer desaparecer la "maldita" herencia del pasado, transformar a los judíos en obreros, agricultores, intelectuales productivos. Lo ilusorio del sionismo no consiste en su voluntad por llegar a ese resultado: ésa es una necesidad histórica que, más tarde o más temprano, se abrirá camino. Su ilusión consiste en creer que las dificultades insuperables que opone el capitalismo decadente a esa tarea, desaparecerán como por encantamiento en Palestina. Pero las mismas causas que impidieron que los judíos de la Diáspora encontraran lugar en la economía, no permitirán que ello se realice en Palestina. En la época actual el mundo constituye una entidad tal, que es un verdadero desatino emprender la construcción de un islote como defensa de sus tempestades. Es por esto que "el fracaso de la asimilación fatalmente será acompañado del fracaso del sionismo". En la época en que el problema judío tiene la intensidad de una inmensa tragedia, Palestina sólo constituye un débil paliativo. Diez millones de judíos se encuentran en un inmenso campo de concentración. ¿Qué solución puede aportar a este problema la creación de algunas colonias sionistas?

Por lo tanto, ¿ni asimilación ni sionismo? ¿No hay solución entonces? No, no hay solución de la cuestión judía en el régimen capitalista, como tampoco hay solución a los otros problemas que se plantea la humanidad, sin profundas conmociones sociales. Las mismas causas que hacen ilusoria la emancipación judía, imposibilitan la realización del sionismo. Sin eliminar las causas profundas de la cuestión judía, no se podrán eliminar sus efectos.

El ghetto reapareció. Símbolo también del trágico destino a que se encamina la humanidad. Pero la misma exacerbación del antisemitismo prepara el camino de su desaparición. La expusión de los judíos constituye momentáneamente una forma de espacio vital para la pequeña burguesía. La "arianización" permite ubicar algunas

decenas de miles de intelectuales y pequeño burgueses desocupados. Pero atacando las causas aparentes de sus miserias, la pequeña burguesía no hace sino acentuar la acción de las causas reales. El fascismo acelera el proceso de proletarización de las clases medias. Después de los pequeño burgueses judíos, fueron expropiados y proletarizados centenas de miles de comerciantes y artesanos. La concentración capitalista obtuvo progresos gigantescos. "El mejoramiento de la situación económica" se logró al precio de la preparación de la segunda guerra imperialista, causa de terribles destrucciones y masacres.

En esta forma, el trágico destino del judaísmo refleja con particular agudeza la situación de toda la humanidad. Para los judíos la declinación del capitalismo significa el "retorno al ghetto", cuando las bases del ghetto desaparecieron hace mucho tiempo con los fundamentos de la sociedad feudal. Igualmente el capitalismo clausura para toda la humanidad, el retorno al pasado y la ruta hacia el porvenir. Sólo la destrucción del capitalismo permitirá a la humanidad utilizar las inmensas adquisiciones de la era industrial.

¿Puede extrañar a las masas judías —primeras en padecer, con especial agudeza, las contradicciones del capitalismo— hayan proporcionado cuantiosas fuerzas a la lucha socialista y revolucionaria? En diferentes oportunidades Lenin subraya la importancia de los judíos en la revolución, no solamente en Rusia, sino también en otros países. Lenin también expresa la idea de que la huida de parte de la población judía al interior de Rusia, a raíz de la ocupación de las regiones industriales del oeste, fue muy útil para la revolución, de la misma manera que la presencia durante la guerra, en las ciudades rusas, de gran número de intelectuales judíos. Ellos permitieron a los bolcheviques quebrar el sabotaje general que debieron enfrentar por doquier inmediatamente después de la revolución y que tan peligroso era. Fue así que ayudaron a los bolcheviques a superar "una etapa muy crítica" (Diamantstein). El elevado porcentaje de judíos en el movimiento proletario es el reflejo de la trágica situación del judaísmo en nuestra época. Las facultades espirituales de los judíos, fruto del pasado histórico del judaísmo, constituyen, por lo tanto, un importante aporte al movimiento proletario.

Esta es, también, una última razón, y no la menos importante, del antisemitismo moderno. Las clases dirigentes persiguen con sa-

dismo particular a los intelectuales y obreros judíos que proporcionaron masas combatientes al movimiento revolucionario. Aislar completamente a los judíos de las fuentes de la cultura y la ciencia, resulta indispensable para el régimen decadente que los persigue. La ridícula leyenda del "marxismo judío" no es más que una manifestación caricaturesca de los lazos que existen efectivamente entre el socialismo y las masas judías.

Nunca la situación de los judíos fue más trágica. En las peores épocas de la Edad Media, regiones enteras se abrían para recibirlos; actualmente, el capitalismo, que domina el Universo entero, les hace inhabitable la Tierra. Jamás el espejismo de una Tierra Prometida obsesionó tanto a las masas judías, pero nunca una Tierra Prometida fue tan incapaz como en nuestra época, de resolver la cuestión judía.

Pero el propio paroxismo que alcanza hoy el problema, nos da la clave de su solución. Nunca la situación de los judíos fue tan trágica, pero nunca estuvo tan cerca de dejar de serlo. En los siglos pasados la aversión hacia los judíos tenía una base real en el antagonismo social que les oponían las otras clases de la población. Actualmente, los intereses de las clases judías están estrechamente ligados a los intereses de las masas populares del mundo entero. Persiguiendo a los judíos como a "capitalistas", el capitalismo los convierte en parias absolutos. Las persecuciones feroces contra el judaísmo ponen al desnudo la estúpida bestialidad del antisemitismo, destruyendo los restos de prevención que contra ellos alentaban las clases trabajadoras. Los ghettos y los brazaletes amarillos no impiden que los obreros experimenten una creciente solidaridad hacia los que sufren el mayor de los males que aquejan a la humanidad.

Y la más formidable explosión social que verá el mundo prepara al fin la liberación de los parias más perseguidos de nuestro planeta. Cuando el pueblo de las fábricas y de los campos se sacuda finalmente de la tutela de los capitalistas, cuando ante la humanidad liberada se inaugure un porvenir de ilimitado desarrollo, las masas judías podrán aportar una contribución no despreciable a la construcción de un mundo nuevo.

Esto no quiere decir que el socialismo, munido de una varita mágica, hará desaparecer todas las dificultades que entraña la solución de la cuestión judía. El ejemplo de la U.R.S.S. demuestra que, in-

cluso después de la revolución proletaria, la estructura específica del judaísmo, herencia de la historia, dará lugar a ciertas dificultades, sobre todo en los períodos de transición. Es así que, durante la N.E.P., los judíos rusos, utilizando su tradicional experiencia en el comercio, proporcionaron numerosos cuadros a la nueva clase burguesa.

Por otra parte, la gran masa de pequeños comerciantes y artesanos judíos padecieron mucho al principio de la dictadura proletaria. Recién más tarde, con los éxitos del plan quinquenal, los judíos ingresaron en masa en la economía soviética. En suma, a pesar de ciertas dificultades, la experiencia fue concluyente: centenares de miles de judíos se convirtieron en obreros y campesinos. El hecho que un porcentaje importante de los asalariados judíos sean empleados y funcionarios no debe considerarse un índice inquietante. El socialismo no tiene ningún interés en que todos los judíos se dediquen a profesiones manuales; por el contrario, las facultades intelectuales de los judíos debe utilizarse ampliamente.

Está pues comprobado que incluso en las condiciones relativamente difíciles de un país atrasado, el problema judío puede ser resuelto por el proletariado. Los judíos ingresaron masivamente en la economía rusa. La "productivización" de los judíos se realizó en dos procesos paralelos: asimilación y concentración territorial. Los judíos que ingresaron a la industria se asimilaron rápidamente. Ya en 1926, menos del 40% de los mineros judíos de la cuenca del Donetz hablaban el idish. Sin embargo, viven bajo un régimen de autonomía nacional: poseen escuelas particulares, prensa idish, tribunales autónomos. Pero los nacionalistas judíos no terminan de deplorar el descuido de esas escuelas y esa prensa. Solamente, donde las masas judías suficientemente densas fueron colonizadas —particularmente en el Biro-Bidjan, se asiste a una especie de "renacimiento nacional".

La vida misma demuestra, pues, que el problema que tan agudamente divide al judaísmo: asimilación o concentración territorial, sólo es esencial para los soñadores pequeño burgueses. Las masas judías no aspiran más que al término de su martirio. Esto sólo el socialismo puede lograrlo. Pero también debe dar a los judíos —al igual que lo hará con todos los pueblos—, la posibilidad de asimilarse y la de tener una vida nacional particular.

¿El fin del judaísmo? En efecto. A pesar de su irreductible oposición aparente, asimilacionistas y nacionalistas están acordes en combatir al judaísmo tal como lo ha conocido la historia: el judaísmo mercantil de la Diáspora, el pueblo-clase. Los sionistas no dejan de repetir que se trata de crear en Palestina un nuevo tipo de judío, enteramente diferente al de la Diáspora. Incluso rechazan con horror la lengua y la cultura de la Diáspora. En el Biro-Bidjan, en Ukrania y en la cuenca del Donetz, el viejo hombre se despoja también de su carga secular. El pueblo-clase, el judaísmo histórico, está definitivamente condenado por la historia. El sionismo, a pesar de todas sus pretensiones tradicionales, no logrará un "renacimiento nacional", sino todo lo más un "nacimiento nacional". El "nuevo judío" no se parece ni a su hermano de la Diáspora, ni a su antepasado de la época de la caída de Jersualén. El joven palestino, orgulloso de hablar la lengua de Bar Kokheba, no hubiera sido comprendido por él. En efecto, en la época romana los judíos hablaban corrientemente arameo y griego, y sólo tenían vagas nociones de hebreo. Por otra parte, el neo-hebreo, por la fuerza de las circunstancias, se aleja cada vez más del lenguaje de la Biblia. Todo contribuirá a alejar al judío palestino del judaísmo de la Diáspora. Y cuando, mañana, comiencen a caer en Palestina las barreras y prevenciones nacionales, no hay duda que se operará un fecundo acercamiento entre los trabajadores árabes y judíos, lo que producirá una fusión parcial o total.

El judaísmo "eterno", que, por otro lado, siempre fue sólo un mito, desaparecerá. Es pueril plantear la antinomia: asimilación - "solución nacional". Incluso en los países donde eventualmente se creen hogares nacionales judíos se asistirá, ya sea a la creación de una nueva nacionalidad judía, completamente diferente a la antigua, ya sea la formación de nuevas naciones. Por otro lado, incluso en el primer caso, a menos de expulsar las poblaciones ya establecidas o de reactualizar las rigurosas prescripciones de Esdrás y Nehemías, esta nueva nacionalidad no dejará de ser influida por los antiguos habitantes del país.

El socialismo, en el dominio nacional, no puede proporcionar sino la democracia más amplia. Debe dar a los judíos la posibilidad de vivir una vida nacional en todos los países que habiten; de la misma manera, debe dar la posibilidad de que concentren en uno o va-

rios territorios, sin lesionar, naturalmente, los intereses de los habitantes. Sólo la más amplia democracia proletaria puede permitir resolver el problema judío con el mínimo de sufrimientos.

Es evidente que el ritmo de la solución del problema judío depende del ritmo general de la edificación socialista. La antinomia entre asimilación y solución nacional es relativa, ya que a menudo el último término es prefacio del primero. Históricamente todas las naciones existentes son el producto de diversas fusiones de razas y pueblos. No se excluye la creación de nuevas naciones formadas por la fusión o, incluso, por la dispersión de las naciones existentes actualmente. Sea como fuere, en este terreno el socialismo debe limitarse a "dejar actuar a la naturaleza".

En cierto sentido se volverá así a la práctica de la sociedad precapitalista. Es el capitalismo que al proporcionar una base económica al problema nacional, creó también antagonismos nacionales irreductibles. Antes de la época capitalista, eslovacos, checos, alemanes, franceses, vivían en perfecta armonía. Las guerras no tenían carácter nacional; importaban solamente a las clases poseedoras. La política de asimilación forzada, de persecución nacional, era desconocida entre los romanos. Los pueblos bárbaros se dejaban romanizar o helenizar, pacíficamente. Los antagonismos nacionales, culturales y lingüísticos actualmente son sólo la manifestación de los antagonismos económicos creados por el capitalismo. Con la desaparición del capitalismo, el problema nacional perderá su agudeza. Si es prematuro hablar de una asimilación mundial de los pueblos, es inevitable que la economía planificada a la escala del planeta, tendrá por efecto un considerable acercamiento de todos los pueblos de la Tierra. Sin embargo, sería poco recomendable precipitar esta asimilación por medios artificiales; nada podría perjudicarla más. No puede preverse aún claramente cuáles serán los "retoños" del judaísmo actual: el socialismo velará para que la "germinación" tenga lugar en las mejores condiciones posibles.

Diciembre 1942

Indice

Impreso en Talleres Gráficos GRAN S.R.L.
Paraguay 846 — Diciembre de 1975
Buenos Aires — Argentina



1 **León Trotsky** / *La revolución permanente*
2 **León Trotsky** / *La juventud de Lenin*
3 **León Trotsky** / *En defensa del marxismo*
4 **Carlos Kautsky** / *La doctrina económica de Carlos Marx*
5 **León Trotsky** / *Bolchevismo y stalinismo — Clase, partido y dirección — A propósito del frente único*
6 **Guillermo Lora** / *Bolivia: de la Asamblea Popular al golpe fascista*
7 **Nicolás Bujarin** / *El ABC del comunismo*
8 **León Trotsky** / *La revolución española*
9 **León Trotsky** / *La revolución traicionada*
10 **León Trotsky** / *Resultados y perspectivas — Tres concepciones de la revolución rusa*
11 **León Trotsky** / *Stalin, el gran organizador de derrotas (la III Internacional después de Lenin)*
12 **León Trotsky** / *¿Adónde va Inglaterra? — Europa y América*
13 **Víctor Serge** / *Vida y muerte de León Trotsky*
14 **León Trotsky** / *Literatura y revolución*
15 **Guillermo Lora** / *Revolución y foquismo — Balance de la discusión sobre la desviación "guerrillerista"*
16 **León Trotsky** / *Stalin (dos tomos)*
17 **Henri Aleg** / *La tortura*
18 **León Trotsky** /*Lecciones de Octubre*
19 **León Trotsky** / El testamento de Lenin
20 **León Trotsky** / *El Programa de Transición*
21 **León Trotsky** / *Su Moral y la Nuestra*
22 **León Trotsky** / *Problemas de la vida*
23 **Abraham Leon** / *Concepción materialista de la cuestión judía*